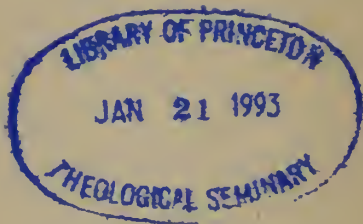


**MIGUEL DE
MOLINOS**



BX 4705 .M6 E6
Entrambasaguas y Pe na,
Joaqu in de, 1904-
Miguel de Molinos, siglo
XVII

J. M. May

BIBLIOTECA DE LA CULTURA ESPAÑOLA

Director: Francisco Vera

ES PROPIEDAD



MIGUEL DE MOLINOS
SIGLO XVII

Retrato al óleo sobre tabla (145 × 170 mm.)
no publicado hasta ahora.

(Colección E. Bosch.—Barcelona.)

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

Catedrático de la Universidad de Murcia.

MIGUEL
DE MOLINOS
SIGLO XVII



M. AGUILAR - EDITOR

Marqués de Urquijo, 43. - Apartado 8.011

MADRID



MIGUEL DE MOLINOS

I

SU VIDA

La biografía de Miguel de Molinos, el célebre místico heterodoxo, autor de la *Guía espiritual*, donde se hallan comentadas las doctrinas quietistas, presenta tres etapas evolutivas curiosas. La primera de ellas atrae poco al biógrafo: vida obscura, vulgar, sin ninguna huella sugerente; en la segunda, casi de repente, aquel personaje carente de personalidad, aunque parezca paradójico, se diviniza en un ambiente apologético; y también, inopinadamente, comienza la tercera cuando se desploma todo el tinglado del triunfo y el protagonista desaparece y es imposible seguirle a través del muro inviolable de la prisión inquisitorial...

* * *

No hay duda ya de que Miguel de Molinos nació en Muniesa, lugar de la diócesis de Zaragoza, perteneciente hoy a la provincia de Teruel,

y fué bautizado en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, el 29 de junio de 1628, por mosén Juan Rayo, acaso pariente suyo, como el clérigo Juan Zuxía, que actuó de padrino.

Sus padres, Pedro de Molinos y María Zuxía, casados en 2 de febrero de 1624, pertenecían a familias vecindadas en Muniesa desde tiempo atrás. Los Molinos figuran como congregantes en diversas hermandades religiosas de aquel lugar, y el propio Miguel, junto con su padre, en la del Santísimo Sacramento, desde 1639.

Nada se sabe de la niñez del futuro dogmatizador quietista, ni aun de cómo siguió su carrera sacerdotal, ni las circunstancias que le impulsaron por este camino.

Tal vez—piensa Dudón con acierto—fueron sus familiares sacerdotes los que le indujeron a ello y acaso también dirigieron sus estudios. En realidad, cuanto le rodeaba habría de impulsarle a la Iglesia. Nacido y criado en un ambiente profundamente religioso, a no dudar, el pequeño Miguel se educaría indiferente y apartado de aquel mundo vital que le rodeaba y se refugiaría no pocas veces en sí mismo, creándose así una interpretación de la vida propicia al quietismo.

El primer dato concreto de ella, posterior al de su bautismo, lo hallamos en 1646, año en que se presentó Molinos al beneficio llamado “de la

Concepción", que había quedado vacante en la iglesia de San Andrés, de Valencia. Había fundado esta capellanía, en 20 de octubre de 1553, el rector de aquella iglesia, D. Bernardo de Murcia, para que se proveyese entre los sacerdotes jóvenes naturales de Muniesa, y parientes suyos, y por concurrir en él esta circunstancia le fué concedida en 11 de julio de 1646 a Miguel de Molinos, que tomó posesión el mismo día por procurador nombrado al efecto.

En aquel año de 1646 se traslada Molinos a Valencia. Allí comienza sus estudios en el Colegio de San Pablo, dirigido por la Compañía de Jesús, y halla ocasión de apoyarle en sus disensiones con la Universidad. Recibe, al fin, las órdenes y es nombrado subdiácono en 18 de diciembre de 1649, diácono en 25 de marzo de 1651 y, por último, presbítero en 21 de diciembre de 1652.

Seis meses antes había muerto su madre, en 12 de junio de 1652, y su padre falleció al año siguiente, en 19 de octubre.

Estaba en su apogeo por entonces el ilustre Colegio del Corpus Christi, o del Señor Patriarca, fundado por aquel arzobispo de Valencia, grande en virtud y sabiduría, más conocido por el Beato Juan de Ribera, y como quedara vacante en dos ocasiones (en noviembre de 1655 y abril de 1660) la plaza de penitenciario de la aludida institución docente, Miguel de Molinos la solicitó, sin éxito

las dos veces, pues fué concedida a otros clérigos, Francisco Pérez y Diego Palau, respectivamente.

En cambio, pudo mostrar sus actividades religiosas como capellán de monjas, y es muy posible que en su ministerio de confesor iniciara ya algunas de las tendencias precursoras del quietismo.

Respecto al grado de doctor de Molinos, aunque él se dió este título siempre, no aparece claro dónde lo consiguió. No existen pruebas de que se graduara en la Universidad de Valencia, y lo más probable es que se doctorase en el mismo Colegio de San Pablo, donde estudió, ya que tenía derecho pontificio para doctorar en Teología, Facultad a la que Molinos perteneció. Por otra parte, él mismo se titulaba discípulo e hijo de la Compañía de Jesús, y hacía promesas fervientes de servirla siempre, en compensación a que a ella debía cuanto había aprendido.

* * *

Pronto había de salir Molinos de esta vida obscura de beneficiado provinciano, para situarse en el primer plano del mundo católico. El humilde clérigo de San Andrés, derrotado en sus intentos de formar parte del Colegio del Patriarca, iba, por azares de la suerte, a mostrar una personalidad singularísima y a erigirse en dueño de Roma,

la ciudad cumbre del catolicismo. Veamos cómo acaecieron los acontecimientos.

Fué en la época del arzobispo Ribera cuando un beneficiado de San Andrés, llamado Francisco Jerónimo Simón de Rojas, asombraba a Valencia entera con su vida y santidad y sacrificio. Muerto en 25 de abril de 1612, a los treinta y tres años, los funerales fueron triunfales. Sus restos, depositados en la iglesia de San Andrés, se veneraron por el pueblo, presidido por el virrey, a la vez que el franciscano descalzo Fray Antonio Sobrino pronunciaba un cálido elogio de las virtudes de aquel santo sacerdote.

Este ambiente impulsó al obispo de Segorbe a comenzar el proceso de beatificación del padre Rojas, y en 7 de diciembre de 1613 el expediente se cursaba al Papa Paulo V. que nombraba ponente al cardenal Lancellotti. Entonces, el piadoso monarca español Felipe III se afana por que avance el proceso, y por medio de su embajador en Roma, D. Fernando de Castro, lo recomienda con anterioridad, y acaba mandando a la Ciudad Eterna a D. Pedro Ferrer y Esteban, capellán real, que había de abreviarlo.

Pero varios obstáculos lo retardan. El Papa pide informes del proceso al nuncio, y éste solicita del obispo de Tortosa su opinión. Y el proceso se detiene definitivamente más tarde, porque, con arreglo a lo acordado por la Iglesia, habían de

pasar cincuenta años desde la muerte hasta la beatificación de quien muriera en olor de santidad.

Es después de este plazo cuando, con fe y constancia maravillosas, se continúa el proceso. Precisa la buena marcha de éste que Valencia nombre un procurador en Roma para que entienda en ello, y, sin que se sepa qué presiones mediaron, es nombrado para cargo tan importante y honroso Miguel de Molinos, en 20 de julio de 1663.

El 3 de octubre del mismo año, y en la Sala Dorada de la Diputación, se otorgaba a Molinos el mandato por el que iría a Roma como delegado de la iglesia de San Andrés y representante de los tres Estados del reino de Valencia. Veintiún días después recibía instrucciones concretas: se partiría al punto, sin esperar las cartas oficiales del rey, el Cabildo y el arzobispo de Valencia, y una vez en Roma, se dirigiría sin perder tiempo al Papa, al cardenal de Aragón, embajador español y a los cardenales de la Congregación de Ritos, exponiéndoles los deseos de toda España y especialmente de Valencia, así como el interés del rey y el clero españoles.

Para mayor facilidad, había de entrevistarse también con Juan Mesegerio, procurador de la causa de canonización de Santo Tomás de Villanueva, y a la sazón encargado también de la del padre Rojas, y antes de partirse de Valencia había de recoger de los archivos cuantos datos cre-

yera necesarios para la mejor marcha del proceso.

Finalmente, todos se sometían a su celo, a su prudencia y buena dirección, por considerarle inteligente y virtuoso a toda satisfacción.

En 26 de octubre del mismo año se le concedieron créditos de 500 libras, y el 13 de noviembre, de otras 218 libras y ocho sueldos más; y, por último, se dirigió por mar a Italia, y llegó a Roma a fines del año 1663.

* * *

Ya en Roma, se instaló Molinos en el Corso, cerca del Arco de Portugal; pero como se cuidara mucho de su salud, y allí había humedad, trasladó su domicilio a la Via della Vite, Junto a San Andrés delle Frate, donde vivió algunos años, hasta que se mudó definitivamente de casa, buscando tranquilidad y retiro, al barrio Dei Monti, próximo a San Lorenzo de Panisperma.

A la vez decía misa en sitios diversos: San Francisco, de Mercedarios españoles; San Claudio, de los Borgoñones, y San Andrés del Quirinal, noviciado de jesuítas. Además, frecuentaba también otros templos: San Pedro, San Silvestre de Monte Cavallo y Nuestra Señora dei Monti.

¿A qué obedecía esta línea de conducta? ¿Qué motivaba estas disimuladas huídas, estas ocultaciones y afanes de borrar la pista?

Dudón ha explicado claramente la causa: Miguel de Molinos, apenas llegado a Roma, era ya quietista perfectamente definido. ¿Cómo se asimiló esta doctrina, que en él había de llegar al máximo apogeo? Probablemente, cuando Molinos salió de Valencia ya llevaba en germen la herejía. Es seguro que influían en él las prácticas de las sectas de *Iluminados* españoles, objeto de varios procesos inquisitoriales ruidosos, muy conocidas y en algunos puntos coincidentes con el quietismo, evidentemente.

El mismo frecuentó desde joven en Valencia algunos conventículos y oratorios de sacerdotes jóvenes, erigidos fuera de la autoridad arzobispal, con fines de ejercicios espirituales y de piedad, pero, sin duda alguna, de iniciación quietista.

Por otra parte, las obras quietistas se habían ya difundido bastante. El mismo Molinos pudo leer—y leyó probablemente, en opinión autorizada de Dudón—la edición de las obras del quietista Juan Falconi, impresa en Valencia en 1662. Este y Gregorio López, con sus escritos, fueron los verdaderos maestros de Molinos.

Faltábale el ambiente favorable, y lo halló en Italia, donde el quietismo estaba ya muy difundido. Había aparecido en el Norte a comienzos del siglo xvii y se había extendido por toda la península. Algunos oratorios quietistas, como el de

Santa Pelagia, llegaron a más de 600 devotos. El conde Mauricio Scarampi fué uno de los propagandistas más acérrimos, junto con sor Julia de Nápoles y Francisco Boni, en Roma. Sólo la orden franciscana luchaba, con escaso éxito, contra la oración de quietud, familiar en Italia a la llegada de Molinos.

Así, pues, declarado éste quietista desde su llegada a Roma, el ejercicio de su doctrina había de resultar anómalo entre los católicos no quietistas, y popular entre éstos. He aquí lo que dice Dudón acerca de las prácticas de Molinos:

Las prácticas especiales del celebrante explican en parte sus emigraciones sucesivas. No porque Molinos apareciera ante el altar con inoportuna desenvoltura. Todo lo contrario. Su actividad, sus gestos, durante el santo sacrificio, eran estudiados y graves. Pero, con el tiempo, tomó la costumbre de dar conferencias espirituales a algunas mujeres devotas, como epílogo de su misa. Al llegar a la iglesia se limitaba a hacer una genuflexión, y pasaba inmediatamente a la sacristía para revestirse con los ornamentos sagrados. Después de la misa, ninguna acción de gracias. Pero este hombre, tan poco expansivo con el Señor, lo era mucho con el tropel de fieles que no tardó en formar en torno de sí.

Las sesiones de conversación con los fieles se prolongaban hasta cerrar la iglesia, y aun después, si se lo consentían, llegando a atraer la atención de los párrocos, que acababan por hacerle algu-

nas observaciones acerca de estas costumbres. Pero entonces prefería cambiar de iglesia a variar de conducta, y continuaba su difusión de la oración quietista.

Mientras vivió en Vite, asistió a una cofradía quietista que aparentaba ser de ascetismo español, llamada *Escuela de Cristo*. La diversidad y carácter de los puntos en que se reunía prueban que no debía de ser ortodoxa, aunque fué adquiriendo prestigio creciente. Primero se congregaba en San Lorenzo in Mesina; luego, sucesivamente, en Santa Ana in Monte Cavallo, cerca de San Marcelo del Corso, en una habitación del palacio del cardenal de Aragón, hasta que la hospedó el padre Juan Pablo de Oliva, general de los jesuítas, en una capilla de la casa profesa. Por último, consiguió local propio en el barrio de la iglesia de San Ildefonso en la Vía Sistina.

En ella, Molinos vino a ser el maestro. Se le escuchaba con arrobamiento y dominaba a las gentes con su palabra. Expulsó de la Congregación de los agustinos descalzos españoles a más de cien hermanos que le mostraban hostilidad y en todo momento se impuso a su albedrío. La propaganda quietista arreció, apuntalada con firmes doctrinas. Los nombres de Juan Falconi y Eugenio López, muertos ya en olor de santidad, no se le caían de los labios y, además, leía sus obras y repartía copias de sus textos más expresivos.

Simultáneamente, seguía Miguel de Molinos ocupándose del proceso de beatificación del padre Rojas. No ponía el mismo amor que en su predicación quietista, y de aquí que tuviera distinto éxito que ésta. Los elegantes discursos que pronunciaba apoyando sus pretensiones con razones circunstanciales, más que inamovibles, caían en el vacío. En vano aducía, en favor de la pronta solución del proceso, la honra que a Valencia le iba en ello, el peligro de defraudar la fe del pueblo, el deseo ardiente del rey... La beatificación del padre Rojas no se lograba, y en Valencia desconfiaban de alcanzarla algún día.

Al fin, la bella ciudad levantina se cansó de esperar, y descargó a Molinos de su misión, nombrando a Juan Bautista Manso.

El heresiarca aragonés se lamentaba, en una carta, de ello, por haberle sustituido un italiano, si bien lo celebraba, por su vanidad, que se le humillara así. Reconocía sus defectos con dudosa sinceridad, juzgándose hombre de escaso talento, falta de habilidad y sobrado de mala suerte, aunque ponía al servicio de su comisión toda la afeción y todo el celo posibles. Aún más: en el fondo, lo ocurrido le satisfacía, pues así no perdería tiempo alguno y podría dedicarse con más actividad que nunca a la propagación de su secta religiosa.

Efectivamente, la carta citada, escrita en Roma, lleva fecha de 12 de enero de 1675, y en este mis-

mo año publica sus dos obras principales, en que se condensa la mística molinosista: la *Guía espiritual* y el *Breve tratado de la comunión cotidiana*, que enseguida fueron traducidas al italiano e impresas sin pérdida de tiempo.

El efecto que produjeron ambas obras entre los católicos de Roma fué indescriptible. El público docto y la masa de creyentes las acogieron con igual entusiasmo. La fama de Molinos llegó a su cumbre y vino a ser el primer personaje de Roma. El ambiente había sido propicio, y los partidarios del quietismo molinosista crecieron y se exaltaron hasta lo inverosímil. Muchos de estos devotos fanáticos pertenecían a la nobleza romana, que le abrió, sin reservas, las puertas de las casas principales. Al arzobispo de Palermo, Jaime Palafox, recomendó la *Guía* a sus diocesanos en una pastoral de 1687, y presentó a su autor a Cristina de Suecia, cuyo ánimo se inclinó a las doctrinas de Molinos desde el primer momento y sostuvo con él largos diálogos. Los políticos mismos se acercaban al heresiarca español por su inmensa influencia, hasta en el Sacro Colegio de Cardenales. Una vez más, la moda tomó parte y completó el triunfo de Molinos entre las mujeres. De sus amistades y su poder daría idea la correspondencia que tuvo con las principales personalidades de su época, integrada por cerca de 12.000 cartas, si bien esta cifra le parecía algo exagerada a Menén-

dez y Pelayo. Su misma política de captación era extraordinariamente hábil: se ofrecía de modo resuelto, pero a poco se retiraba con modestia, para ser solicitado con más afán que nunca. Afectaba estar iluminado por Dios. Si se le requería como director espiritual, daba al devoto el plazo de una semana para reflexionar, y si pasado éste insistía, aceptaba, y contaba así con un adepto más de incondicional fanatismo. En fin, jamás se vió éxito más rápido, exaltado y completo de predicación religiosa por un hombre solo.

* * *

Pero, sin embargo, no iba a tardar mucho en caer por su base, con estruendo, la obra de Molinos, y tan rápidamente como se había logrado.

La *Guía* había tenido la virtud de reunir doctrinas cuya difusión en Roma era ya grande cuando apareció.

Este libro extraño, caótico para Dudón, aunque Menéndez y Pelayo le juzga claro y metódico, es, sin duda alguna, de lectura agradable y atractiva.

Según Dudón, no hay en él plan riguroso, y si obtiene valor es por la insistencia y efusión oratorias. Pero es indudable que, como obra muy meditada, lleva una perfecta correlación ideológica.

Las ideas de Molinos produjeron, tras el éxi-

to, un período de meditación. No todos eran tan exaltados como el editor del libro, Fray Juan de Santa María, cuya amistad y admiración por Molinos le cegaban, sin dejarle juzgar.

Pronto empiezan los contradictores. La Compañía de Jesús, en primer lugar; el clero en general y diversos teólogos se oponen a Molinos. El jesuíta Gottardot Bell'huomo, Alessandro Regio, Francesco Buonavallé y, sobre todo, Paolo Segueri, en su *Concordia*, muy editada y traducida al latín y al castellano, rebatieron los puntos esenciales del molinosismo.

Pero el doctor quietista no se intimida. Inmediatamente prepara una defensa de la *Guía*, y la publica en 1676 con el título de *Cartas escritas a un caballero español desengañado para animarle a tener oración mental, dándole modo para ejercitarla*, fingiendo haberlas compuesto antes de salir de España.

No obstante, queriendo afirmar mejor este terreno, se compuso una *Defensa de la contemplación*, que está manuscrita e inédita en la Biblioteca Vaticana, y pudiera ser de Miguel de Molinos, con grandes probabilidades, según opina Dudón.

Igual fin de defender la *Guía* hay en toda la correspondencia de Molinos con el padre Oliva, general de los jesuitas, en la cual se cita la aludida *Defensa* frecuentemente.

Imposible sería resumir aquí siquiera las con-

troversias que siguieron a la publicación de las obras de Molinos, cuya duración fué de 1676 a 1682 aproximadamente. Hasta hubo una aparente victoria del quietismo por haberse incluido en el índice de libros prohibidos algunos de los escritos contra el heterodoxo aragonés.

Por fin, el cardenal César d'Estrées, enviado de Luis XIV para tratar con la Santa Sede de asuntos religiosos, contribuyó más que nadie a la derrota de Molinos.

Fué su amigo, aunque fingido, y con el único propósito de descubrir sus marañas,

y acabó denunciando la *Guía espiritual* al Santo Oficio de la Inquisición, el cual inmediatamente procesó a su autor.

El día 18 de julio de 1685, la justicia inquisitorial invade con tal rapidez la casa de Molinos, del barrio Dei Monti, en la calle que comunicaba la de las Serpientes con el Esquilino, que le sorprende en su domicilio y no le da tiempo a huir, ni aun a hacer desaparecer los papeles que pueden comprometerle.

Pero el contumaz místico heterodoxo no se amilana. Primero prueba a resistirse, sin conseguirlo, y luego intenta vencer a los esbirros con su elocuencia fascinante; pero al primer grito de entusiasmo, le sujetan. Entonces, pone al cielo por

testigo de su inocencia y pide a Dios el castigo de sus enemigos con tono exaltado y profético.

No obstante, desde su casa a la prisión del Santo Oficio, situada más allá del Tíber, reflexiona y prepara su defensa por otros medios, como se verá.

* * *

Si sensación habían producido en Roma las obras y el éxito de Molinos, no causó menos la noticia de su prisión. La ciudad entera se asustó y se asombró. Durante muchos días no se habló de otra cosa, aunque las gentes fueron tomando actitudes distintas ante el caso.

La muchedumbre de devotos que, siguiéndole, habían ido a vivir en su vecindad, por tenerle cerca, promovieron un formidable escándalo de protesta al enterarse de la detención de su director espiritual; pero bastó una ligera intervención de la justicia para que acallaran sus ánimos.

Cristina de Suecia, a quien, según Villa-Urrutia,

interesaba el quietismo por la novedad que entrañaba para su espíritu inquieto,

cuando, por medio de su amigo el cardenal Azzolino, recibió la noticia de la prisión de su consejero religioso, se impresionó profundamente, quemó las cartas que de él tenía, y en la imposibilidad de

intervenir a su favor, se satisfizo con enviarle alimentos al procesado, y no asistió a su abjuración.

A todo esto, las opiniones pugnaban entre sí. El criado de Molinos decía que éste era digno de los altares, y su secretario aseguraba que, con el tiempo, su aposento vendría a ser un santuario. Por su parte, la dueña de la casa, aterrada del suceso, despidió a dos presbíteros españoles que vivían en ella desde hacía más de quince años y defendían con calor al místico hereje, y no contenta con esto, hizo purificar las estancias con agua bendita, como si hubieran vivido allí demonios.

Hasta el embajador de España en Roma, don Francisco Bernaldo de Quirós, se creyó en el deber de pedir consejo sobre su intervención a favor de Molinos. Aducía haber gozado éste de crédito durante veinte años, y habersele preso de repente, y que si unos decían que había escrito un libro herético de perversas doctrinas, otros, en cambio, achacaban a sus discípulos el haber interpretado mal éstos y juzgaban a Molinos inocente, por lo cual se le libertaría.

Más enterados debían de estar en España que en la Embajada romana de lo que sucedía, cuando Bernaldo de Quirós recibió como respuesta que se abstudiese de intervenir en el proceso, so pena de incurrir en el más profundo desagrado de su majestad el rey Carlos II.

Y no era extraña la desorientación del embaja-

dor español, porque, en realidad, el público no sabía nada concreto ni claro, y se contentaba con mostrar su curiosidad y su extrañeza por la fama que le rodeaba y lo imprevisto de su encarcelamiento.

Lo evidente es que la caída de Molinos fué fatal para sus amigos y seguidores, que le abandonaron en su mayoría, batiéndose en retirada, ante la resonancia que alcanzó no sólo en Roma, sino en Sevilla, París y otros puntos, donde se había popularizado y defendido el molinosismo.

A pesar de todo—escribe Dudón—, el proceso incoado continúa. Tiene una buena dilación, por complicaciones imprevistas. Las culpas de Molinos se agravan a medida que los interrogatorios se multiplican. Su fama se extendía lejos: presbíteros, religiosos, devotos le escribían para que los iluminase en problemas de conciencia. Sus respuestas suministran materia de discusión. El debe explicarse sobre sus consultantes. Se les cita a comparecer, se les pregunta, se les amenaza con añadir al proceso las cartas recibidas. Los pasajes sospechosos fueron extractados. Se pidió al director y a los dirigidos el sentido preciso que atribuían ellos a estas palabras malsonantes. A menudo estas confrontaciones descubrían otros quietistas a quienes se habían dado, de palabra o por escrito, consejos parecidos. El número de los testigos interrogados se acercó a 70. Y a medida que sus declaraciones se enlazaban, ya porque fueran confirmadas por Molinos—como el más frecuente—, ya porque fuesen atenuadas o aun contradichas, se formaba un requisitorio acusador, decisivo.

Sin embargo, todas estas complicaciones—el número de testigos, las declaraciones, las ratificaciones, las discusiones teológicas que surgían por los temas—fueron retardando el proceso durante dos años, en los que Molinos perdió lentamente, casi con dificultad, su prestigio. El mismo Inocencio XI tardó en convencerse del sentido herético del molinosismo.

Al fin quedó esto demostrado por las declaraciones, así como el haberse cometido actos inmorales que no habían de decirse, pero que en el proceso era imposible silenciarlos: besos, abrazos, afeitados y tocamientos impúdicos, seguidos de poluciones, abusos deshonestos con los servidores, paseos por la habitación desnudos completamente, mientras en exaltados discursos se pretendía demostrar no resultar pecado la ejecución de tales actos, a causa de no ser voluntarios, sino cometidos bajo el estado de quietud del espíritu, que no se oponía a nada.

Imposible remover este fétido lodo—añade Dudón—. Bastará con decir que los hechos lúbricos son numerosos; se trata de costumbres que duraron dos años. Se puede conjeturar, por esto y los detalles de las declaraciones, que Molinos era un sensual más o menos anormal. Pero ni las prácticas lujuriosas se pueden poner en duda, ni la responsabilidad moral del que las autorizaba.

La actitud de Molinos durante la substanciación del proceso es por demás expresiva. Primeramen-

te, se defiende y pleitea; pero luego se lamenta, ruega, se arrepiente de sus faltas y desea el castigo sin querer defenderse. Al fin, en marzo de 1687 estaba totalmente sometido a las decisiones del Tribunal.

No se trataba, pues, como quería Rafael Urbano, con fines ajenos por completo a la literatura y a la ciencia, de

un caso de persecución religiosa, de teocracia y fanatismo preponderante,

debido a la incomprensión e intransigencia de los católicos. Sean cuales fuesen las razones del proceso de Molinos, su desarrollo y su veracidad fueron de una legalidad irreprochable.

Al fin, tras de reducir de 263 a 68 las proposiciones heréticas de Molinos, y deliberar los jueces prolijamente, Inocencio XI ordenó que se terminara el proceso, y en 2 de septiembre de 1687 la sentencia se firmó y fué aceptada por el reo, convicto y confeso de cuanto en ella se le condenaba: la Iglesia le perdonaba la vida, pero le obligaba a retractarse públicamente de sus errores y a permanecer en la cárcel hasta su muerte.

* * *

En esto vinieron a parar los triunfos de Molinos. Su vida, tan vulgar en sus comienzos, había

logrado realizarse con una poderosa personalidad en un relámpago de tiempo, para borrarse con igual rapidez. Sólo quedaban sus obras, lo único perenne de su labor, que seguiría difundiéndose más tarde gracias a ellas.

El acto de la abjuración de Molinos se celebró el día 13 de septiembre, en la iglesia de Santa María Sopra Minerva, y revistió carácter de verdadero acontecimiento.

Como a los fieles que asistieron se les concedían indulgencias de quince años a quince cuarentenas, y la malsana curiosidad de las gentes aún podía más que estas promesas, a las ocho de la mañana de aquel día otoñal la iglesia se desbordaba, a pesar de exigirse para entrar en ella pases firmados por el Santo Oficio, y hubo necesidad de acordonarla con esbirros.

Molinos fué en una carroza del Santo Oficio desde la cárcel hasta la iglesia. La gente rodeaba el carruaje con hostilidad, y como al pasar por la calle del Sancto Spiritu se detuviera el cortejo del reo, pudo éste oír las voces enfurecidas del pueblo, que gritaba: “¡Al fuego, al fuego!”

Llegado a la iglesia de la Minerva, pasó a la sacristía, donde había de esperar la ceremonia. Al mediodía las gentes entraban a verle y asistían, curiosas, a su almuerzo.

A las tres de la tarde ya pudo comenzar el acto. Las naves del templo estaban abarrotadas

de fieles, y muchos quedaron en la calle. Bajo el púlpito, y en un estrado, se sentaron los consultores del Santo Oficio de la Inquisición. Enfrente se colocaron, de forma análoga, los cardenales del Sacro Colegio, en número de veintitrés. No asistió el cardenal Petrucci, amigo de Molinos, y luego procesado y retractado también, por dignidad de la Corporación. A la derecha, Molinos, de rodillas y con las manos atadas, sostenía un cirio encendido. A ambos lados del reo estaban dos guardas sentados sobre la alfombra de la iglesia. En la parte delantera de ésta aparecía la nobleza romana, que tanto le había secundado, y, por último, alrededor del templo, en sillones y estrados, estaban situados los embajadores—entre ellos el de España, que asistió al acto—, los príncipes, los prelados, el clero regular y secular y, por último, el pueblo, que se apiñaba impaciente.

Dos horas duró la lectura de la sentencia, en italiano, donde se resumía el proceso, y para ello se relevaron cuatro dominicos de media en media hora.

Conforme se acumulaban las culpas, el pueblo se excitaba y profería exclamaciones condenatorias, y otra vez se oyeron las voces de los que pedían que fuera arrojado al fuego el procesado.

Molinos, mientras tanto, permanecía impasible. Aquel hombre, que había sido el dueño de Roma,

escuchaba las afrentas de ésta con el rostro hermético y los nervios salvaban su orgullo.

Una vez leídas las 78 conclusiones heterodoxas de su doctrina y la sentencia condenándole a no confesar más que tres veces al año—en días de Navidad, Pascua, y Todos los Santos—y a comulgar cuando lo acordara su director espiritual; a rezar diariamente el símbolo de los Apóstoles y el rosario, y a llevar el sambenito continuamente, se procedió a la abjuración.

Descendió el lector del coro, y Molinos se arrojó ante el comisario del Santo Oficio, para retractarse. Inmediatamente le otorgó la absolución, y vestido el reo de un saco amarillo con una cruz roja, le golpeó con la varilla de los penitenciados, enviándole a su sitio. A continuación se levantaron los cardenales y se marcharon, y enseguida, el reo a su celda de la iglesia de la Minerva, y luego, en la carroza que le había traído, a las ocho o nueve de la noche, a la cárcel de la Inquisición.

Pero el pueblo aún no quedó satisfecho. Corrió tras el carruaje inquisitorial con ánimo de atentar contra el reo. Su furia era más la indignación de haber sido engañado que el afán de justicia, y en poco estuvo que tomara ésta por su mano, y a su manera, arrojando al Tíber a Molinos, que, al fin, pudo llegar sano y salvo a su prisión.

La Bula del Papa Inocencio XI, *Caelestis Pastor*, de 20 de noviembre de 1687, concluyó con el molinosismo dentro del recinto ortodoxo, al condenar oficialmente las doctrinas del famoso hereje aragonés.

* * *

Allá en la cárcel, Molinos debió de entregarse a la amarga reflexión de su vida. En su mente quedarían marcados tres nombres llenos de sugereencia para él: Muniesa, Valencia, Roma. El recuerdo de su niñez, piadosa, en el pueblecito aragonés; la emoción inefable de las fiestas religiosas en la iglesia de la Asunción, de aquella hermandad del Santísimo Sacramento en que estuvo inscrito. Lejanos aromas de campo y de incienso... Después, su época de Valencia, de trabajo y de lucha, que siembra la duda y la idea, contorneando con trazos firmes la personalidad... En Roma, el triunfo, el poderío espiritual de la palabra suya sobre el orbe católico, el capelo cardenalicio que estuvo a punto de conseguir, la reforma profunda de toda una religión, comenzada con pleno éxito... Y, por último, la pérdida de aquel mundo, espléndido como un sueño. Todo se esfumó ante la realidad del tiempo, que aplasta a menudo a los taurmaturgos. El director espiritual de Roma, del catolicismo, que iba a cubrirse con el capelo de cardenal, es un vulgar hereje, que a la larga se con-

fundirá con otros, convencido del fracaso de su personalidad... Todo se ha perdido... Hasta él mismo desaparece en la cárcel y se ignora su suerte en adelante...

El quietismo, no obstante, sigue su ruta por otros cauces. El dogmatizador acaba por ser olvidado ante sus doctrinas y sus seguidores, que imprimen en ellas nuevas características... Así, cuando el 21 de diciembre de 1696, el alcaide de la cárcel de la Inquisición comunicó a ésta que el preso Miguel de Molinos había muerto cristianamente, después de recibir los Santos Sacramentos, ni se tuvo por hecho notable, ni trascendió apenas a las gentes. Fué seguramente el acontecimiento menos importante de toda la evolución del quietismo.

II

SUS OBRAS

La producción literaria de Miguel de Molinos es muy reducida. Dedicado a la predicación y, mejor aún, a la conversación captativa para asimilar a los fieles de sus doctrinas, no escribió de éstas más que con un fin puramente popularizador.

De aquí que, como escritor, sea Molinos un verdadero modelo de concisión, elegancia y claridad, en fuerza de condensar y exponer sus ideas sin un afán literario que le hubiera conducido a la ampulosidad barroca absorbente, típica de su época. Por el contrario, más bien parece Molinos un prosista del período anterior, contemporáneo de Cervantes o Quevedo, sobrio y transparente.

Con razón ha escrito Ludwig Pfandl, al tratar de la obra de Molinos, que

el desarrollo de las ideas y el estilo son de meritoria claridad y precisión.

Molinos es, pues, un escritor ocasional. La literatura es para él difusión, no arte, aunque al escri-

bir se encuentre como uno de los mejores prosistas de la Edad de Oro, más interesante e insólito por corresponder a las postrimerías de ella.

Su labor literaria conocida está integrada por tres obras, que publica en el espacio de dos años, y cartas escritas a diversos personajes, perdidas en su mayor parte.

De las tres obras citadas, la más famosa y popular es la *Guía espiritual que desembaraza al alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la paz interior*, impresa en Roma, por Miguel Hércules, en 1675.

La difusión de este libro, "tan breve como bien escrito", según el gran Menéndez y Pelayo, fué tan rápida como extraordinaria. Se reimprimió, en castellano, en Madrid, por Sanz, en 1676; en Zaragoza, por Lanaja, en 1677, y en Sevilla, por López, en 1685.

No he logrado hallar ejemplar de la primera edición, pero sí de la segunda, y como es reimpresión fiel de aquélla, juzgo interesante describirla a continuación para dar una idea de su contenido, ya que se trata de una obra de extraordinaria rareza. El ejemplar a que me refiero es de la Biblioteca Nacional de Madrid (Sig. R/22238), y perteneció anteriormente a los Padres Trinitarios Descalzos de Valladolid, según nota manuscrita de la portada.

Gua / espiritual / que desembaraça / Al alma, y la conduce por el interior ca / mino, para alcançar la perfecta contem / plación, y el rico tesoro de la / interior paz. / Por el Doctor Miguel de / Molinos, Presbytero. / y sacado a luz / por el Reverendo Padre Fray Juan / de Santa Maria, Ministro Provincial de la Provincia / de S. Pedro de Alcantara, del Reyno de Napoles, / de los Religiosos Menores de San / Francisco. / Dedicado / a la Excelentissima Señora Doña / Inés de Fonseca y Zuñiga, Condesa de / Monterrey, G. c. / Con licencia; / En Madrid, por Francisco Sanz, Impresor del / Reyno. Año M. DC. LXX. VI. A costa de Isidoro Cauallero, Librero en la calle de Santiago.

Un vol. en octavo menor; 16 hojas sin numerar de Prels. + 241 págs. de texto e índice + 1 pág. s. n. + 1 hoja s. n. *Contiene:* Portada (v. en h.); dedicatoria de Isidoro Caballero "A la Excelentísima Señora Doña Inés de Fonseca y Zúñiga, Condesa de Monterrey y de Fuentes, Marquesa de Taraçona, Varonesa de Maldangun, Pitem y Colescham, Señora de las Casas y Estados de Viedma y Ulloa, y de las Villas de Berin y Pazos, Oimbra, Bauila-Fuente, Villauela, Cordouilla, Huerta, Moriñigo, Aldea-Rubia, Salmorales, Liñanes, Santo Domingo, Entrala, y Torre del Salinar, y de la Villa y Puerto de Cambados, Pertiguera Mayor de Tierra de Santiago, Patrona del Colegio del Arzobispo, Mayor de la Universidad de Salamanca, y del Mayor y Menor de la Universidad de Santiago, &"; "El que lo saca a luz al lector sincero, la paz que el inquieto mundo dar no puede", prólogo por Fray Juan de Santa María, Ministro Provincial; "Aprobación del Ilustrissimo y Reverendissimo Señor, el Padre Fray Martin Ibañez de Villanueva, de la Sagrada Religión de los Trinitarios Calzados, Calificador de la Santa Inquisición en España, Examinador Sinodal del Arzobispado de Toledo, Doctor laureado

en la Universidad de Alcalá, y Catedrático de Prima de Escoto en la misma Universidad, Obispo que fué de Gaeta, y oy dignísimo Arçobispo de Ríjoles." Roma, 14 de mayo de 1675. "Aprobación del Reverendísimo Padre Fray Francisco Maria de Bolonia, Calificador de la Santa Romana Universal Inquisición, Consultor de otras Congregaciones, y Ministro General de toda la Orden de San Francisco." Roma, 18 de abril de 1675. "Aprobación del Reverendísimo Padre Fray Domingo de la Santísima Trinidad, Calificador y Consultor del Santo Oficio de Malta y Calificador de la Santa Romana Universal Inquisición, General que fué de su Religión de Carmelitas Descalços y oy Definidor General y Rector del Seminario de las Misiones en el Convento de San Pangraccio." Convento de San Pangraccio, 20 de mayo de 1675. "Aprobación del Reverendísimo Padre Fray Francisco Xerez, Predicador de su Magestad Católica, Examinador Sino-dal que fue del Arçobispado de Sevilla, Provincial tres veces de su Sagrada Religión de los Capuchinos en la Provincia de Andalucia y oy Definidor General de toda su Religión." En Roma, Convento de la Inmaculada Concepción, 3 de junio de 1675. "Aprobación del Reverendísimo Padre Martin de Esparza, de la Compañía de Jesus, Catedrático de Teologia de la Universidad de Salamanca y del Colegio Romano, Consultor de la Sagrada Concepción de Ritos, y Consultor y Calificador del Santo Oficio de Valladolid, y Calificador de la Santa Romana Universal Inquisición." Roma, Colegio de la Compañía de Jesús, 16 de mayo de 1675. "Aprobación del Reverendísimo Padre Fray Diego de Jesús, Religioso Descalzo del Orden de la Santísima Trinidad, Redempcion de Cautivos, Procurador General de la familia de España y Ministro del Convento de San Carlos de Roma." Roma, Convento de San Carlos, 26 de abril de 1675. Licencia de impresión (*Imprimatur*). "Aprobación del Padre Fray Alonso de los Santos, definidor que ha sido de la Pro-

vincia de San Joseph de Descalços de Nuestro Padre San Francisco y Guardián del Real Convento de San Gil, de esta Corte." Madrid, Convento de San Gil, 3 de marzo de 1676; "Licencia de los señores del Consejo", dada por Miguel Fernández de Noriega. Madrid, 4 de marzo de 1676; Aprobación del Doctor Don Juan Matheo Lozano, Capellán de Honor, Predicador de Su Majestad y Cura propio de la Iglesia Parroquial de San Miguel, de esta Corte. Madrid. San Miguel, 17 de marzo de 1676; "Licencia del Or[d]inario" el Doctor Don Francisco Forteza y por su mandado Jacinto de Vera. Madrid, 17 de marzo de 1676; "Suma de la Tassa", del Consejo, dada ante Fernández Noriega. Madrid, 22 de abril de 1676. Texto; "Índice de los capítulos contenidos en este libro". Protestación de Ortodoxia; y "Fe de erratas", firmada por el Lic. Don Francisco Focero de Torres. Madrid, 22 de abril de 1676.

La *Guía espiritual* fué traducida al italiano y publicada también en Roma, por Miguel Hércules, en 1675, como la edición castellana original. Se reimprimió en la misma imprenta en 1677 y 1681; en Venecia, Giacomo Hertz publicó la *Guía* en italiano, en 1677, 1678, 1683 y 1685; y en Palermo, Pietro Copula, en 1681.

La traducción francesa de la *Guía* lleva la portada siguiente:

Guide Spirituelle pour degager l'ame des objets sensibles et pour la conduire par le chemin intérieur a la contemplation parfaite, et a la Paix intérieure, par Michel de Molinos, Prêtre et Docteur en Théologie. Traduite sur la dernière édition italienne, imprimée a Venise avec Ap-

probation et Privilége. Amsterdam, chez A. Wolfgang... et chez P. Savouret, 1688.

En este mismo año se publicaron las traducciones holandesa e inglesa en Rotterdam y Londres, respectivamente, y en el de 1699, la alemana de Francfort.

La *Guía* fué traducida al latín, y publicada en Leipzig en 1687 con la portada que copio a continuación, como curiosidad bibliográfica:

D. Michaelis de Molinos, / sacerdotis, / Mauductio / spiritualis, / extricans animam, eamque per viam / interiorem ad aquirendam contemplationis / perfectionem, an divitem pacis inte/rioris, thesaurum dedu/cens, / una cum / tractatu ejusdem / se / quotidiana / communionem, / Fideliter & stylo Mysticorum conformi / ter in latinam linguam translata/a/M. Ang. Hermano / Franckio. /—/ Liber, in quo praecipua Eomm, / qui vulgo declarantur. /—/ Sultzbaci, / Sumpt. Reinhardi Waechtler, haetenus Arg. nunc. Lips. Bibliopol. /—/ M DC LXXXVIII.

Por último, se han reimpresso en nuestros días las diversas versiones de la *Guía*, y su original castellano, en Barcelona, 1906, por Rafael Urbano, tomando como base la edición de Madrid de 1676. Unas y otras responden a fines protestantes, teológicos o teosóficos más que literarios.

La segunda obra de Miguel de Molinos es su *Breve tratado de la comunión cuotidiana*, impreso en Roma, por Miguel Hércules, en 1675, casi a la vez que la *Guía espiritual*.

El *Breve tratado* no alcanzó la popularidad de aquélla, aunque se tradujo al italiano y se imprimió, simultáneamente, al original español en la misma imprenta e igual año, y en 1677 también, y por Giacomo Hertz, en Venecia, en 1683 y 1685.

La otra obra de Miguel de Molinos es las *Cartas, escritas a un caballero español desengañado, para animarle a tener oración mental, dándole modo para ejercitarla*.

Se imprimieron también en Roma por Miguel Hércules, en castellano e italiano, en 1676, y reimprimió la traducción italiana Giacomo Hertz, en Venecia, en 1683.

De estas dos últimas obras de Molinos hay asimismo versiones francesa, holandesa, inglesa, alemana y latina, insertas corrientemente en las ediciones de la *Guía espiritual*, a continuación de ésta.

Respecto del epistolario de Molinos, hay que lamentar su pérdida casi total. Sólo se conocen, y se han publicado, sus cartas al padre Oliva, editadas por Martín Robles en su trabajo *Del epistolario de Molinos* (en *Escuela Española de Arqueología*, cuaderno I, 1912). Otras cartas suyas, referentes a la beatificación del padre Simón de Rojas, e inéditas, no se han estudiado, que yo sepa, ni a mí me ha sido posible publicarlas aquí, como deseaba, por causas ajenas a que aludo en la *Bibliografía*.

III

SU IDEARIO

La ideología de Miguel de Molinos, como la de todos los que sólo derivan hacia un fin único y por un solo cauce, muestra cohesión y unidad completas.

En puridad, su ideario no es sino una doctrina a la que él mismo se somete. Ni hay en sus pensamientos contradicciones, ni los fructifica con la reflexión. Un solo pensamiento, mejor dicho, es el ideario de Molinos: la salvación del alma. El resto son los distintos aspectos, las etapas mentales por los que se llega a esta conclusión. Y al margen, es raro hallar opiniones o juicios sobre temas que nos conduzcan o deriven de la idea medular de su obra.

No se trata, pues, de una ideología plena. No es un hombre que interpreta y juzga el mundo que le rodea. Por el contrario, es indiferente a todo aquello que no coadyuve a su fin esencial. Asimismo, el peculiar carácter negativo de su pen-

samiento tampoco propende a que se expandiese en facetas diversas, ni a que se proyecte sobre la vida humana. No han de hallarse en Molinos ni interpretaciones de la época, ni interés alguno por el ambiente que hay en torno a él, salvo cuando hay interferencias entre éste y el propósito ideal que anima su pluma, como intérprete difusor de sus teorías.

No ha de olvidarse tampoco que se enfrenta uno con la más sutil de las ideologías heréticas. La mística, no interpretada desde un punto de vista meramente literario, es tema de crítica harto vidrioso, y no juzgo lícito emitir juicios sobre él, ni aun adoptando una posición sincera y definida, sin penumbras eclécticas, que haría de este libro una obra tendenciosa, unilateral, no útil más que para aquel grupo de lectores que participaran de las mismas ideas así expuestas, y odiosa para el resto. Si a lo dicho añadimos que por su carácter heterodoxo conduciría esto a apreciaciones peculiares de amplísima y complicada discusión, se comprende la necesidad de mantenerse al margen de la crítica directa de los problemas que suscita.

Por lo indicado, me limitaré a resumir y exponer con la mayor claridad posible la ideología de Miguel de Molinos dentro de la evolución del quietismo, absteniéndome en absoluto de aquella crítica que tenga puntos de contacto con el problema religioso de la mística, tan llevado y traído en

estos últimos tiempos de unos extremos a otros, sin que, realmente, se haya logrado con ello una serena posición comprensiva.

* * *

Calando un poco hondo en el concepto místico del quietismo, es fácil ver en éste una interpretación peculiar de la vida humana y la extraterrena.

El hombre, que posee el concepto bipartito de la vida terrenal y el afán de consecución de la eternidad espiritual, puede tomar dos actitudes al enfocar su solución, sin necesidad de tener tales o cuales características religiosas. Por el contrario, en la época en que el quietismo aparece en la evolución religiosa de Europa, podría atribuirse, acaso, a un exceso de autodidactismo que se plantea problemas ya resueltos. Nótese que Molinos mismo supone que el conocimiento de la mística o *ciencia del sentimiento* se adquiere por *infusión del espíritu divino*, no por la certeza de los libros ni de la sabiduría humana, lo cual no deja de responder a esta idea.

Estas dos actitudes del hombre ante ambas vidas terrena y extraterrena son contrarias. Una, positiva, de lucha, de depuración del alma, de templar el espíritu, de vencer el mal hasta conseguir el triunfo sobre él. Otra, negativa, de sumisión, de replegar el alma para que apenas roce la vida,

de aniquilar el espíritu para que no sugiera ningún deseo de esquivar el mal, dejándole pasar sin oponerle resistencia, es decir, sin percibirlo siquiera. De ambas actitudes, esta última ha de conducir inevitablemente al quietismo.

En el *Nirvana* búdhico—comentaba Menéndez y Pelayo—la filosofía de la aniquilación y de la muerte, la condenación de la actividad y de la ciencia; el *nihilismo*, en suma, al cual vienen a parar, por diferente camino, los modernos pesimistas y filósofos de *lo inconsciente*. Eso es el quietismo, y hoy le volvemos a tener en moda, arreado con los cascabeles germánicos de Schopenhauer y de Hartmann. De un modo más idealista y espiritual en Molinos, más grosero y material en los modernos, y la cesación y muerte de la conciencia individual es el paradero de ambos sistemas: la felicidad está en la nada.

Y añadía, hablando de los antecedentes del quietismo:

La genealogía de Molinos se remonta mucho más y no para hasta Sakya-Muni y los budhistas indios, y que desde ellos desciende, pasando por la escuela de Alejandría y por los gnósticos, hasta los Begardos y los Fratricellos y los místicos alemanes del siglo XIV.

En las palabras del gran sabio español quedó, como siempre, el juicio claro, definitivo. El molinosismo, o sea la modalidad, la depuración del quietismo por Miguel de Molinos, es la idealización más perfecta.

La proclamación más elocuente que se ha hecho nunca del *nihilismo estático*.

Este es el valor positivo del extraordinario heterodoxo español.

El padre Dudón ha dicho, buscando los precedentes inmediatos del quietismo molinosista:

En sus obras, Falconi insiste en la necesidad y la facilidad de la oración para todos; si no hay potencia para meditar, se puede reunir siempre al acto de fe, que abraza todo; la imposibilidad de meditar, por otra parte, puede ser un signo de que el alma es llamada a la contemplación; y en todo caso, el solo recuerdo de Jesucristo, con el afán de satisfacer su deseo, es una oración excelente; si sobrevienen distracciones, no preocuparse; esta ociosidad no es más que aparente; la resignación perfecta a la voluntad de Dios suple todos los razonamientos.

Evidentemente, Molinos, lector de Falconi, tuvo muy presentes estas ideas y las de Eugenio López, propugnador por la oración perpetua, cuya conclusión era la frase *Pater: fiat voluntas tua*, en que el autor de la *Guía espiritual* fundamenta gran parte de su teoría.

En esta obra se resumieron los fundamentos del quietismo y se edificó toda la creación molinosista.

Miguel de Molinos sabía que su libro habría de ser arma de combate, e intentó hacer imposible la batalla, o al menos ganarla fácilmente, asentando varias razones inamovibles en los preliminares, cuya sutilidad se quiebra a veces.

Existen dos caminos para llegar a Dios—razona—: uno, la meditación, y el otro, la contemplación. Pero a no ser que se carezca de finalidad, el primero de ambos ha de conducir al segundo.

La meditación viene a ser una siembra espiritual, que la contemplación debe recoger. Así, cuando la meditación busca, la contemplación encuentra; la meditación tritura los alimentos espirituales que la contemplación saboreará nutriéndose con ellos.

Pero la contemplación puede ser de dos orígenes: ser un don de Dios, imposible de adquirir voluntariamente, o ser fruto de la industria humana sostenida por la gracia divina, y en este segundo caso, el Ser supremo hace saber a los demás, por ciertos signos previos, que son llamados a esta forma de oración.

Ahora bien: toda la doctrina de Molinos expuesta en su *Guía* consiste en adiestrar a las almas a adaptarse, sin resistencia, a la gracia divina, y para ello ataca o defiende aquello que convenga para allanar su camino.

El alma puede sentir alguna vez los signos previos ya aludidos: incapacidad para la meditación, atracción por la soledad, hastío de los libros espirituales, deseo ardiente de oración cristiana, horror extremo al pecado y profundo respeto divino. Entonces, cuando el alma siente estos signos, debe entregarse a la contemplación; pero para ello es

preciso que logre una calma perfecta e inmutable, que esté *quieta*.

La naturaleza del hombre, los malos ejemplos recíprocos y las sugerencias diabólicas, le empujan al mal irremediamente.

La oración no es eficiente para someter a la reflexión y el razonamiento, y gozar de la divinidad. El horizonte que da a nuestra alma carece de amplitud y humanidad. Pero, aun así y todo, es preciso conservar el alma tranquila, acomodándose al impulso de la sabiduría divina, que mueve todo.

Como obrar es una demostración del amor propio, simplemente, la actitud del alma ha de ser resistir resignada el impulso de realización. Cuando alcanza esta fe pura y este abandono total, el alma está propicia al recogimiento.

Tal estado del alma es una excelente oración: la contemplación perfecta, que sólo puede alterar e interrumpir un grave pecado que la aparte de Dios.

Porque aun cuando el alma se sienta seca y obscura, no debe afligirse ni abandonar la oración contemplativa, sino perseverar en ella, dejando que Dios haga lo restante.

La devoción sensible es peligrosa y debe despreciarse, y la mortificación no satisface más que una vana complacencia. Solamente Dios puede purificar e iluminar las almas, y si las llama al reco-

gimimiento interior, no necesitan meditar sobre el Evangelio.

Dios infundirá en el espíritu lo que quiera. Ni el alma debe obrar en favor de ello, ni inquietarse por las tentaciones que la rodeen, pues la mayor de todas es no tenerlas.

La fe deberá ser pura, libre de concreciones imaginativas que conduzcan al razonamiento. No pensar en nada, y sobre todo, nunca en sí misma, pues aunque surjan mil pensamientos, si no se consiente en ellos, no impiden la contemplación, como tampoco la interrumpen los trabajos y necesidades cotidianas, siempre que exista previamente el propósito de integrarse a Dios.

La quietud, el silencio, el aniquilamiento, frente a los atributos divinos siempre presentes en el alma, son la seguridad absoluta de ésta para su perfecta unión con Dios.

Empero, es imprescindible en todo momento la consulta de un buen director espiritual que tenga verdadera vocación divina.

A muchos les falta el recogimiento y la quietud necesarias. Se dejan llevar de un celo exagerado e inútil.

Pero, en todo caso, la obediencia de director espiritual será absoluta, pues de ella dependen la serenidad y la quietud del alma.

Muy eficaz le parece a Molinos, con estos fines, la comunión diaria, y a ello dedicó su *Breve tra-*

tado, con exclusión de toda oratoria y aparato escolástico.

La comunión no debe rehusarse jamás a aquellas almas que estén exentas de pecado mortal, ya sean de sacerdotes o seglares, so pena de privarles indebidamente de los ópimos frutos de la Eucaristía.

Se puede comulgar diariamente, porque cualquier comunión en estado de gracia es fructífera, sea como sea la condición social del comulgante, aparte de la religiosa: hombre de trabajo o de ocio, casado o soltero, etc..., y el sacerdote debe ofrecer la Sagrada Forma a todo aquel que esté en estado de gracia, sea quien quiere, respondiendo ante Dios de no hacerlo así.

En cuanto a las almas, no deberán dejar de acercarse a la santa mesa, aunque su frialdad y sequedad las tengan faltas de devoción y fervor. Basta que tengan propósito de no pecar.

Las penitencias interiores son preferibles a las exteriores, y éstas, si son excesivas, tienen el peligro de fomentar el amor propio y la dureza y virtud para con los semejantes.

Las faltas ordinarias no son bastantes a quitar la paz ni la quietud, porque deben considerarse inevitables y aun ayudarán a la enmienda. Es suficiente pedir perdón a Dios con confianza y ver la tristeza de la propia miseria.

Por ello habrá de resignarse todo en manos de

Dios y conformarse con las desgracias, angustias y tentaciones del alma, sin lo cual nunca será posible la unión con El.

Hay que conseguir la soledad interior, que abre el camino de la paz interior, para poder llegar a la suprema sabiduría, la contemplación.

Entonces se habrá logrado la perfecta comprensión de lo humano y lo divino. Sintiendo el desprecio que merece lo uno y la gran estima a que se hace acreedor lo otro, se llega al aniquilamiento, a la *nada*, percibida y plena, y el alma obtiene la paz íntegra y se llega a la felicidad inefable, que nada puede torturar, y a la completa unión con el Sumo Bien, que la llena de luz y amor.

* * *

El ideario religioso de Molinos apenas tuvo eco en España; pero en Francia influyó en la doctrina del amor puro. En la corte de Luis XIV, y a la sombra de madame de Maintenon, hubo una exaltación devota. Se leyeron y difundieron los grandes místicos españoles, y junto a ellos se introdujo la herejía molinosista.

Una mujer de mundo y de alto nacimiento, hermosa, elegante y tan conocida en los salones como en las iglesias—dice el insigne Menéndez y Pelayo—, esto es, Juana de la Mothe Guyon, viuda, joven, rica y muy bien

comportada, cuyo púlpito o academia fué el hotel Beauvilliers.

Siguió las doctrinas molinosistas, sin haber leído a su autor directamente: desdeñaba la oración vocal y era partidaria de la contemplación interior, de la quietud y el aniquilamiento. Sus doctrinas, expresadas en numerosas obras, llenas de pedantería y vanidad extraordinarias, influyeron en el padre Le Combe y Fénelon.

En cuanto a España, hay que reconocer con Pfandl que la influencia de Molinos fué casi nula, como ya indicó Menéndez y Pelayo. No obstante, ¡qué bien se compasa la *Guía espiritual* con la época en que se escribe! Michelet ha exclamado agudamente, aunque ello pareciera a Rafael Urbano un “juicio desdichadísimo, que ha prevalecido”, y juzgue alarmantes sus palabras:

Espinosa, Hobbes, Molinos, la muerte en metafísica, la muerte en política, la muerte en moral. ¡Qué cosa tan lúgubre! Acordes sin conocerse, sin verse, parece que se responden mutuamente de uno a otro extremo de Europa.

Y es verdad. En España misma, la vida social va reduciéndose a nihilismo a finales del siglo XVII. Ya no se desea nada, y cuando hay quietud, es la quietud de los sepulcros. Imposible reconocer en este místico hereje y negativo, que se somete a lo fatal, que busca la salvación en la inercia, a los

grandes místicos ortodoxos, llenos de fuerza espiritual, impacientes y rebeldes por vencer la apatía que les rodea, continuamente luchando por un ideal religioso. Imposible hallar reflejo en la soledad y el aniquilamiento de Miguel de Molinos, de la creación de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz, que atraviesan España dando alertas a las almas. Tan imposible como reconocer en la sombra real de Carlos II un sucesor del inmortal monarca de Lepanto y El Escorial.

IV

BIBLIOGRAFIA

En la bibliografía molinosista que sigue se han ampliado y depurado hasta el día, con nuevas aportaciones, todas las anteriores. He preferido la ordenación alfabética, para mayor facilidad de consulta, a la disposición cronológica, o por materias, tal vez más científicas, pero menos claras para quienes no estén habituados a ellas. Por último, me ha parecido indispensable reunir las indicaciones bibliográficas en dos grupos fundamentales, de impresos y manuscritos, con exclusión de las obras de carácter tan excesivamente general, que harían interminable esta bibliografía, sin dar ventajas al lector. Véanse a continuación los textos que pueden consultarse, con fruto, para ampliar este trabajo, al que han servido de base en su parte esencial:

IMPRESOS

ANTONIO (Nicolás): *Bibliotheca Hispanica nova*. Tomo I, p. 148.

ARBIOL (Antonio): *Desengaños místicos*. Zaragoza, 1705 y 1712.

BASSIBEY (R.): *M. Trouson et le livre des maximes des saints*. Burdeos, 1913.

BELL'HUOMO (Gottardo): *Il pregio e l'ordine dell' orationi ordinarie e mistiche*. Módena, 1678.

BERNINI (Domenico): *Historia di tutte le eresie*. Roma, 1709.

BOSSUET: *Instruction sur les états d'oraison*. París, 1697.

— *Deuxième instruction sur les états d'oraison*. Edición M. Levesque. París, 1897.

— *Préface sur l'instruction pastorale de M. de C.* París, 1697.

— *Summa doctrinae*. París, 1697.

— *Les passages éclaircis*. París, 1698.

— *Relation sur le quiétisme*. París, 1698.

— *Remarques sur la Réponse de M. l'archevêque de Cambrai*. París, 1698.

— *Schola in tuto. Mystici in tuto. Quietismus redivivus*. París, 1698.

— *Actes de la condensation des quietistes*. (Oeuvres, XXVII. Versailles, 1817.)

BUONAVALLE (Francesco): *Ristretto della dottrina de' moderni quietisti con una censura delle medesime*. Venecia, 1685.

BREMOND (H.): *Apologie pour Fénelon*. París, 1910.

CALATAYUD (Vicente): *Divus Thomas, cum patribus et prophetis locutus, priseorum et recentiorum euorum spurcissimas tenebras nupticam theologiam obseurase molientes, angelice dissipans*. Valencia, 1744.

CANTU (César): *Gli eretici d'Italia*. Turín, 1865.

CARNAUD DE LA CROZE (Jean): *Recueil de diverses piè-*

ces concernant le quiétisme et les quiétistes. Amsterdam, 1688.

CROUSLÉ (L.): *Fénelon et Bossuet.* Paris, 1894.

CHAILLOT (M.): *Principes de théologie mystique.* Paris, 1866.

CHÉCOT (Henri): *Autour de Bossuet. Le quiétisme en Bourgogne et á Paris en 1698.* Paris, 1901.

DASSY (Abate): *Malaval, aveugle de Marseille.* Marsella, 1869.

DELACROIX (H.): *Etudes d'histoire et de psychologie du mysticisme.* Paris, 1908.

DUDÓN (Paul): *L'edition originale de la "Guide" de Molinos.* (En *Recherches des sciences religieuses*, julio, 1911.)

— *Le "Breve tratado" de Molinos sur la comunión quotidienne.* (En *Recherches des sciences religieuses*, septiembre 1911.)

— *Les éditions françaises et italiennes de la "Practique facile" de Malaval.* (En *Recherches des sciences religieuses*, enero 1912.)

— *Le premier livre d'un jésuite contre la "Guide". Correspondance entre Molinos et le P. Jean-Paul Oliva.* (En *Recherches des sciences religieuses*, mayo 1912.)

— *Quatre écrits de Segueri.* (En *Recherches des sciences religieuses*, septiembre 1912.)

— *Mémoire d'Albizzi, circulaire du Saint Office, démarches de François Maschese.* (En *Recherches des sciences religieuses*, marzo 1913.)

— *Bibliographie des oeuvres de Petrucci.* (En *Recherches des sciences religieuses*, mayo 1913.)

— *Biographie du cardinal Petrucci.* (En *Recherches des sciences religieuses*, julio 1913.)

— *La controverse antiquietiste hors de la Compagnie de Jesus.* (En *Recherches des sciences religieuses*, enero 1914.)

— *Le lieu et la date de la naissance de Molinos.* (En *Recherches de sciences religieuses*, enero 1916.)

— *Le Procès de Molinos.* (En *Revue d'ascétique et de mystique*, enero 1919.)

— *La Combe et Molinos.* (En *Recherches des sciences religieuses*, mayo-agosto 1920.)

— *Les leçon d'oraison du P. Balthasar Alvarez.* (En *Revue d'ascétique et de mystique*, enero 1921.)

— *Le quietiste espagnol Michel Molinos (1628-1696).* París, 1921.

EXIMENIC (Vicente): *Escritores del reyno de Valencia.* Tomo II, p. 113.

FÉNELON: *Réponse de M. l'archevêque da Cambrai aux Remarques de M. de Meaux.* S. l. n. a.

— *Réponse inédite à Bossuet.* Ed. de X. París, 1901.

— *Réponse de M. l'archevêque de Cambrai à l'écrit de M. de Meaux, intitulé Relation sur le quietisme.* S. l. n. a.

— *Apologie des maximes.* Edición M. Griselle. (En *Revue Fénelon*, julio-octubre 1911.)

— *Explication des maximes des Saints.* Edición M. Chesel. París, 1911.

— *Examen des principales questions agitées par les Conférences d'Issy.* Edition M. Levesque. (En *Revue des Facultés catholiques de l'Oues*, 1917.)

GENNAZI (Cardenal): *Del falso misticismo.* Roma, 1907.

GEPPE (H.): *Geschichte der quietistischen Mystik.* Berlín, 1875.

GONZÁLEZ VILLALÓN (Francisco): *Der geistliche Wegweiser von M. de Molinos, übersetzt, zuzamust des Autoris Lebens-Land.* Francfort, 1699.

GRIVEAU (Algar): *Etude sur la condamnation du livre des Maximes des saints.* París, 1878.

GICENIES (L.): *Madame Guyon*. París, 1881.

HORENT (Stéphane): *A propos de Fénelon. La question de l'amour pur*. (En *Etudes*, 20 abril y 5 y 10 de mayo de 1911.)

HEPPE (Henry): *Geschichte der quietistischen Mystik in der Katholischen Kirche*. Berlín, 1875.

HÜGEL (Barón F. de): *The mystical element of religion*. Londres, 1908.

[JURIEN]: *Traité historique contenant le jugement d'un protestant sur la theologie mystique* (2.^o édit.). S. 1. 1700.

LA COMBE (P.): *Apologie*. Edición M. Urbain. (En *Revue Fénelon*, septiembre y diciembre de 1910.)

LATASSA-GÓMEZ: *Biblioteca Antigua y Moderna de Escritores Aragoneses*. Tomo II. Zaragoza, 1885.

LEA (H. Ch.): *Molinos and the Italian Mystiques*. (En *The American Historical Review*, vol. II (1906), página 243.)

LE MASSON (Innocent): *Vie de Mgr. Jean d'Arenthou d'Alex*. Lyon, 1697.

— *Eclaircissements sur le vie de Mgr. d'Arenthou d'Alex*. Chambéry, 1699.

LETTRES écrites de Rome, touchant l'affaire de Molinos et des quietistes. Amsterdam, 1696.

LÓPEZ ESQUERRA (José): *Lucerna mística*. Zaragoza, 1691.

MANMIGNY (René de): *La Grande Retraite*. París, 1916.

MARIOTTI (Camilo): *Il Cardinale Pier Matteo Petrucci*. Jesi, 1908.

MARTÍN ROBLES (P. A.): *Del Epistolario de Molinos*. (En *Escuela española de Arqueología e Historia en Roma*. Cuadernos de trabajos, vol. I. Madrid, 1912, pág. 61.)

MASSON (Maurice): *Fénelon et Madame Guyon*. París, 1907.

MASSOULIÉ (Antonio): *Traité de la véritable oraison*. París, 1699.

MATTER: *Le Mysticisme en France, au temps de Fénelon*. París, 1866.

MATTEUCI (Agostino): *Observationes doctrinales adversus quietistarum errores*. Venecia, 1711.

MENÉNDEZ Y PELAYO (M.): *Historia de los heterodoxos españoles. Segunda edición refundida*. Madrid, 1928, t. V, págs. 248-280.

MICHAUD (E.): *Louis XIV et la Saint-Siège*. París, 1883.

MICHELET: *El cura, la mujer y la familia* (I.^a parte, cap. VII).

MISSOU (Maximiliano): *Nouveau voyage a l'Italie*. Tomo II, vol. 37.

NAVATEL (Abate): *Fénelon. La confrérie secrète du pur amour*. París, 1914.

NICOLE (Pierre): *Réfutation des principales erreurs des quiétistes*. París, 1695.

— *Traité de l'oraison et de la prière*. París, 1679.

PAQUIER (Jerónimo): *Qui est-ce que le quiétisme?* París, 1910.

FFANDL (Ludwig): *Historia de la literatura nacional española en la edad de oro*. Trad. de Rubió Balaguer. Barcelona, 1933 (págs. 54 y 586).

[PHÉLIPEAUX]: *Relation de l'origine, du prognès et de la condamnation du quiétisme en France*. S. C. 1732.

POSADAS (Francisco): *Triumphos de la castidad contra la lujuria diabólica de Molinos*. Córdoba, 1698.

POULAIN (Augusto): *Des grâces d'oraison*. París, 1909.

REGIO (Alessandro): *Clavis aurea qua aperiuntur errores Michaelis de Molinos*. Venecia, 1682.

REUSCH (Heinrich): *Der Index des verbotenen Bücher*. Bonn, 1885.

RICCI (Dominico): *Homo interior, juxta Doctoris Angelici doctrinam necuan Sanctorum Patrum expositus, ad explanandas errores Michaelis de Molinos*. Nápoles, 1709.

RISPOSTA *dell'amico alla lettera scritta dal' abbate Verneuil*. S. l. n. a.

SAINT-HILAIRE (Barthelemy): *L'Ecole d'Alexandrie*.

SANDREAU (Augusto): *Les degrés de la vie spirituelle*. París, 1897.

— *La vie d'union à Dieu*. París, 1900.

— *L'Etat Mystique*. París 1903.

SEILLIERE (E.): *Madame Guyon et Fénelon*. París, 1918.

SCHARLING (Carl Emile): *Michael de Molinos ein Bild aus der Kirchengeschichte des 17. Jahrhunderts*. Gotha, 1885. (En *Zeitschrift für geschichte theologische*, 1854-1855, vols. XXIV y XXV.)

SEGUERI (Paolo): *Lettera di risposta al Signor Ignazio Bartolini sopra l'eccezioni che da un defensore de' moderni quietisti a chi ha impugnate le loro leggi in orare*. Venecia, 1681.

— *Farcetto di varii dubii intorno de l'oratione oggi detta di pura fede, di fede nuda, di fede semplice o pur di quiete, con la soluzione a ciascuno dessi*. Venecia, 1682.

— *I sette principii su cui si fonda la nuova oratione di quiete*. Venecia, 1682.

— *Concordia tra la fatica e la quiete nell'oratione*. Florencia, 1680. *Traducción española*. Barcelona, 1688.

STERN (E.): *Molinos*. (En *Encyclopedie des sciences religieuses*, t. IX. París, 1880.)

TACCHI VENTURI (Pietro): *Lettere enédite di Paolo Segueri Cosmo III et di Giuseppe Agueli intorno la*

condamna dell'opera la Concordia. (En *Archivio Storico Italiano*, 1904.)

TERZAGO (Nicolo): *Theologia historico-mystica.* Venecia, 1764.

URBANO (Rafael): *Miguel de Molinos.* Prólogo de la edición de la *Guía espiritual.* Barcelona, [1906].

VALERY (M.): *Correspondence inédite de Mabillon et de Montfaucon avec l'Italie.* París, 1846.

VAUCEL (Paul du): *Breves considerationes in doctrinam Michaelis de Molinos et aliorum quietistorum, cum bulla summi Pontificis et decreto contra eosdem.* Colonia, 1688.

VERNEUIL (Abate): *Lettera seritta ad un amico a Marsiglia sopra le dottrine del maestro della nuova scuola di orazione di quiete o di pura fede.* Padua, s. f.

— *Replica alla Risposta dell' amico sopra la dottrina del C. P.*

VILLA-URRUTIA (Marqués de): *Cristina de Suecia,* Madrid, 1933.

X: *Relation des actes et délibérations concernant la Constitution en forme de bref de S. S. le Pape Innocent XII, du douzième mars 1699.* París, 1700.

ZARCO CUEVAS (Julián): *España y la comunión frecuente y diaria en los siglos XVI y XVII.* El Escorial, 1913.

MANUSCRITOS

En el citado libro de Dudón, *Le quiétiste espagnol Michel Molinos* (págs. XIX-XXI), hay una lista sucinta de los manuscritos relacionados con el famoso heterodoxo español, que se conservan en los archivos y bibliotecas siguientes:

Biblioteca Angélica, Biblioteca Casanatense, Biblioteca Vallicelliana, Biblioteca Vaticana, Biblioteca Vittorio Emmanuele, Archivo Vaticano, Archivo de la Embajada de España en el Vaticano, Archivo General de Simancas, Archivo del Arzobispado de Valencia, Archivo Regional de Valencia, Archivo del Colegio del "Corpus Christi", de Valencia; Archivo de la Iglesia Colegial de San Andrés, de Valencia; Archivo del Arzobispado de Sevilla, Archivo Histórico Nacional de Madrid, Archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros de París, Biblioteca Nacional de París, Biblioteca de Santa Genoveva, Biblioteca del Seminario de San Sulpicio y Biblioteca Municipal de Lyon.

A las indicaciones de dicha lista remito al lector que desee ampliar esta parte de la bibliografía de Molinos y su doctrina. Pero, además, creo útil reseñar a continuación unos cuantos manuscritos que no figuran en la obra de Dudón, y tiene también interés primordial:

Biblioteca Nacional de Madrid:

Ms. 120: *Miguel de Molinos. Proceso y causa, y Bula de Inocencio XI condenando sus proposiciones; y otros papeles.*

Ms. 9.721: *Miguel de Molinos. Compendio de su proceso, su sentencia y cartas del P. Paulo de Oliva.*

Ms. 10.886: *Carta de don Juan de Palafox a Inocencio XI, sobre la herejía de Molinos, 7 de octubre de 1687. (Copia del siglo XVIII.)*

Ms. 11.259-45: *Papeles referentes a Molinos. Año 1731.*

Ms. 18.735-12: *Sentencia del Papa contra Miguel de Molinos. 1687, p. u. 17.*

Ms. 19.108 (fol. 184): *Cartas de Miguel de Molinos sobre la beatificación del Padre Simón de Rojas. 1678. (Me ha sido imposible consultar estas curiosas cartas, inéditas, sin duda alguna, a causa de un lamentable error existente entre la signatura con que figura en el fichero el manuscrito y la colocación de éste en la Biblioteca.*

Solamente podría deshacerlo una revisión total del índice topográfico, con la que no ha de contarse por ahora.)

Biblioteca Menéndez y Pelayo, de Santander:

Ms. 22: *Vida y refutación de Miguel de Molinos.*

Ms. 23: *Proposiciones de Miguel de Molinos, condenadas por la Inquisición.*

Ms. 334 (fol. 1.472): *Copia della sentenza del Santo Tribunale dell' Inquisitione contro Michele Molinos, Aragonese.*

Biblioteca Ambrosiana, de Milán:

Ms. P. 241 Sup.: *Ristretto de' Processi fatti in Roma... contra Michele Molinos, Antonio María e Simone Leoni, eretici quietiste l'anno 1687.*

Biblioteca Nacional de Munich:

Cód. ital. 185, págs. 29-124: Diversos papeles relativos a Molinos.

Cód. ital. 209, fol. 104: Retrato de Miguel de Molinos.

V

ANTOLOGIA

Como las doctrinas místicas de Molinos se hallan reunidas conjuntamente en la *Guía espiritual*, y sus otras dos obras y las cartas no contienen más que un interés polemista muy relativo, he juzgado más útil dar el texto íntegro del famoso libro, esencia del quietismo heterodoxo. Para ello, reproduzco fielmente, como hasta ahora no se había hecho, la edición de la *Guía espiritual*, de Madrid, 1676, sin suprimir absolutamente ninguno de los elementos que la integran, e intercalando de forma perfectamente inconfundible los indispensables comentarios explicativos de una obra de esta índole, que trata de vulgarizarse en la presente edición. He aquí a continuación la portada de la obra y los preliminares. El título, complicado, sinuoso, revela ya el completo triunfo de lo barroco en la literatura española. El nombre y títulos del prologuista o editor y la dedicatoria misma a la condesa de Monterrey, eran un prestigio más para el autor del libro en España.

GUIA ESPIRITUAL

QUE DESEMBARACA
al alma, y la conduce por el interior ca-
mino: para alcanzar la perfecta contem-
placion, y el rico tesoro de la
interior paz.

POR EL DOCTOR MIGUEL DE
Molinos, Prèsbitero.

Y SACADO A LUZ
POR EL REVERENDO PADRE FRAY IVAN
de Santa Maria, Ministro Provincial de la Provi-
de S. Pedro de Alcantara, del Reyno de Napoles,
de los Religiosos Menores de San
Francisco.

DEDICADO
A LA EXCELENTISSIMA SEÑORA DOÑA
Ines de Fonseca y Zuñiga, Condesa de
Monterrey, &c.

CON LICENCIA;
En Madrid, por Francisco Sanz, Impresor del
Reyno. Año M.DC.LXX.VI.

A costa de Isidoro Canallero, Librero en la calle
de Santiago.

En la libreria de Isidoro Canallero en la calle de Santiago.

A la Excelentísima Señora Doña Inés de Fonseca y Zúñiga, Condesa de Monterrey y de Fuentes, Marquesa de Taraçona, Varonesa de Maldegem, Pitem, y Colescham, Señora de las Casas y Estados de Viedma y Ulloa, y de las Villas de Berín, y Pazos, Oimbra, Babila-Fuente, Villoruela, Cordobilla, Huerta, Moriñigo, Aldea-Rubia, Salmorales, Liñares, Santo Domingo, Entrala y Torre del Salinar y de la Villa, y Puerto de Gambados, Pertiguera Mayor de la Tierra de Santiago, Patrona del Colegio del Arçobispo Mayor de la Universidad de Salamanca y del Mayor y Menor de la Universidad de Santiago, &c.

Excma. Señora:

La *Guía espiritual* que escribió el Doctor Miguel de Molinos, sacerdote contemplativo, apreciada por tesoro de tantos varones de la Curia Romana, y impresa en ella, he determinado publicar de nuevo en esta Curia Real y Catolica, y para acrecentarle la autoridad que trae de Roma, consagrada al nombre de V. Ex. cuyos pasos caminan por el mismo espíritu, que pisó la pluma de quien nos dió esta *Guía*. Enseñamos a caminar a la union con Dios, y con su voluntad, en que consiste toda la humana perfeccion, y aunque promete su título desembaraçar de tropiezos el camino, y lo prometían sus documentos, advierte su contexto que aun en la vereda mas encumbrada no faltan estorbos, tentaciones y adversidad. Parece fábula la que se cuenta del monte Olimpo en Macedonia, cuya altura (fingen) que excede la Region del aire y esta exempta de sus impulsos. Sola la conciencia celestial blasona este privilegio: y aun en ella halló despeño el Angel, porque se apartó de Dios, y le impelió el huracan de la soberbia. La Humanidad de Christo halló tentaciones en un escelso monte; pero unida con Dios no pudo despeñarse. Solo en Dios se halla segura

paz: no hay altura (si no es en el) que la consiga. Grande es la altura de V. Ex. ¿Quién mas excelsa en sangre, en insignes, y Heroicos Progenitores, Coronados de lucidísimos servicios de su Religión, de su Rey y de su Patria? Dueña y señora de tantos estados y de vasallos no numerables. Casada con un heroe, que se eleva sobre toda alabanza. Ambos excelentes en otra altura mejor, que es la de la virtud, piedad y exemplo. Y tantas alturas y tan nobles, que exceden la del Olimpo celebrado, que presumió tener nombre de Cielo, no han podido dexar de sentir las mociones de los vientos y talar tropiezos en el camino mas igual, mas liso de sus acciones. ¿Que mucho? Pues aun en esta via unitiva el que mas se eleva en la contemplación, y union Divina, halla no pocos abrojos de sequedad, adversidad en su espíritu y mociones peligrosas de precipicios: porque el oro no tocado en piedra, no ha probado que no es adulterino. Véncelo todo la Fe, la confianza y uniformidad con el querer divino. Esta doctrina enseña esta obra; y esta practica V. E. con sumo cuidado. De que no se puede dudar, que cantará la victoria, quedando más excelsa de cada día en la altura temporal, y en la de su espíritu (que en su acertado uso se hermanan, no se oponen) hasta coronarse con la eterna. Entre tanto deseo que guarde Dios a V. Exc. muchos años, para exemplo, y guia, cuyos pies besa su menor criado.—Excma. Señora, B. L. P. de V. Ex.—Su criado *Isidoro Caballero*.

Entre todos los preliminares destaca, por su ardor, el prólogo de Fray Juan de Santa María, tan elegantemente escrito como exaltado de entusiasmo fanático por las heréticas doctrinas del místico aragonés.

EL QUE LO SACA A LUZ AL LECTOR SINCERO, LA PAZ QUE EL
INQUIETO MUNDO DAR NO PUEDE

Hæc verba fidelissima sunt et vera.

(APOC. XXII.)

Palabras fidelísimas y verdaderas son, lector sincero, las que en este pequeño libro rebosó (inspirado, y aun impelido del Padre de los eternos resplandores) el corazón profundo y lleno de luz de un varón bueno. Palabras, vuelvo a decir, son fidelísimas y verdaderas; palabras de vida y de luz, las cuales, si deseas caminar derecho y seguro por el camino de la abundante justicia y equidad, serán antorcha inextinguible a tus pies y fanal siempre ardiente a tus pisadas.

No la vana ambición de la vanísima alabanza de los hombres, ni algún otro humano motivo, o terreno respeto, tuvieron parte en la composición de esta obra, o la tienen en la publicación: sólo el puro amor del aumento de la divina gloria, el limpio y ardiente deseo de promover la perfección cristiana, movieron a quien escribió estas altas verdades a escribirlas, y mueven a quien las publica a publicarlas.

Porque su autor (continuamente ocupado en el consuelo y gobierno de almas sin número, que Dios le fía, sin buscarse ninguna por estarse en su soledad y despego, que es el que anhela) escribió con pluma velocísima este tratado, sin más enseñanza que la de la santa oración; sin más lección y estudio que el interior tormento, que es la oficina donde se labra la verdadera sabiduría; sin más artificio que el interior impulso; y sin más reflexión e intento que el corresponder al eterno beneplácito y divina inspiración, y no ofendería la verdad si dijese violencia. Deseando, pues, que este libro saliese a la pública luz para común utilidad y guía de las dichosas almas, que

por la derecha senda de la negación de sí mismas caminan a las felicísimas y serenas alturas de la mística perfección, intenté repetidas veces con su autor me lo entregase, y no pudiendo conseguirlo, me valí de su espiritual guía, el cual, habiéndoselo pedido y leído, me lo entregó.

Yo he solicitado la impresión y he allanado algunas dificultades que en ella se han ofrecido, pareciéndome que se complace de esto aquel gran Padre de familias, que no enciende tales antorchas para que estén inútilmente escondidas, sino para que ardan en su místico candelero; y también por saber el útil que de esto ha de resultar a los verdaderos espirituales y puramente místicos; porque no basta escribir de la divina influencia, y de la pasiva e interior comunicación, como muchos altamente hasta ahora han escrito, si no se desembaraza el camino y se le descubren al alma las dificultades que pasan dentro de sí misma, y la impiden la subida a este sublime estado. Este sólo ha sido el intento del autor, y parece que con singular acierto lo ha conseguido. Porque su doctrina es práctica, su luz es pura, su estilo es sencillez, elevado, y su inteligencia, clara, aunque profunda.

Lee, pues, lector caro, con toda seguridad y alegría santa, mas juntamente con atención y consideración devota, este práctico libro de la interior vida, en el cual hallarás el maná escondido de la divina sabiduría y dulzura; el nombre y asunto nuevo de la interior paz, congrua y altamente explicado. Aquí hallarás la diferencia que hay de la meditación a la contemplación, de la adquirida a la infusa. Aquí se descubren las miserias del alma, las tentaciones del enemigo, sus astucias, enredos y sutilezas. Y aquí, finalmente, hallarás las secretas sendas para alcanzar todas las virtudes y subir al alto monte de la contemplación, de la aniquilación, de la transformación e interior paz.

Si eres oveja cándida y no errante del Pastor divino, y fielmente sigues su amoroso silbo conducido de esta es-

piritual guía, entrarás en los suavísimos pastos de la bienaventurada, tranquilísima y amenísima suavidad interior, regada con los cristalinos torrentes de la indeficiente y divina luz que rebosa en este libro; y no sólo iluminará tu entendimiento, sino que también inflamará tu voluntad, y llenando de espiritual gordura su alma, la dejará con ardientes deseos de reformarse y ser conformada a la imagen resplandeciente de la eterna voluntad.

Entra, entra, lector amantísimo, en este dichoso camino que te enseña esta fiel y luminosa guía. Este es el camino de equidad, de juicio y de justicia. Camino de bendición, santificación y verdad. Camino de sabiduría, paz y fortaleza. Camino de quietud, luz y consejo. Estrecho solamente en las entradas, ancho en medio, y en el progreso y fin espaciosísimo.

Este es el camino de la verdadera latitud del corazón y de la real libertad de los hijos de Dios, fuera del cual toda anchura es estrechez; toda libertad, esclavitud; todo descanso, trabajo; toda paz, guerra; toda quietud, inquietud; toda alegría, falsa; toda felicidad, angustia; toda grandeza, vanidad; y todo alivio, aflicción del espíritu. Este es el santo e inmaculado camino que seguro y derechamente conduce a la vida eterna; y sin peligros y embarazos, ni ofensas, guía a las altas y serenas cumbres del monte de la cristiana perfección. Monte todo bienaventurado y pacífico, todo tranquilo y luminoso, adonde no llegan las nubes de las humanas ceguedades y apetitos; ni las inquietudes de las terrenas pasiones, ni los vientos y tempestades de las humanas variaciones e inconstancias o de los temporales accidentes y sucesiones. A este bienaventurado término te conduce esta espiritual guía. Mira cuántas y cuán grandes cosas se contienen en este pequeño libro. Dichoso tú, devoto lector, si no solamente lees, mas juntamente haces lo que en él leas.—*Vale.*

Tu hermano y siervo en J. C. crucificado.

FRAY JUAN DE SANTA MARÍA.

Las relevantes autoridades eclesiásticas que suscriben las aprobaciones y censuras que van a continuación contribuyeron, con el prestigio de su crítica, a la aceptación y popularidad de la *Guía de Molinos*.

Aprobación del ilustrísimo y reverendísimo señor el Padre Fray Martín Ibáñez de Villanueva, de la Sagrada Religión de los Trinitarios descalzos, calificador de la Santa Inquisición en España, examinador sinodal del arzobispado de Toledo, doctor laureado en la Universidad de Alcalá y catedrático de Prima de Scoto en la misma Universidad, y hoy dignísimo arzobispo de Ríjoles.

He visto y leído, y con toda aplicación de la mente, he considerado el libro compuesto en castellano idioma, trabajado por el doctor Miguel de Molinos, sacerdote, cuyo título es *Guía espiritual que desembaraza al alma para alcanzar la perfecta contemplación*, etc., de la cual, sin la guía de la anterior experiencia, es muy dificultoso hacer propio juicio. Trata, pues, de los escondidos misterios de la contemplación altísima y discurre sobre los secretos de la Teología mística, que se huyen a los ojos de las comunes ciencias; pero aunque estos soberanos secretos son muy elevados sobre todo humano discurso, con todo eso, no sólo no son disonantes al recto dictamen de la razón, pero en todo son a ella conformes.

Abraza, pues, la doctrina, conforme al sentir de los Santos Padres, y muy común a los místicos. No habla por propio capricho, porque sigue las pisadas de los antiguos, apoyado siempre en sus principios y espirituales fundamentos, los cuales reduce a un recto y claro método *de thesauro suo nova, et vetera profluens*.

El estilo es claro en lo más obscuro; fácil, en lo más

arduo; llano, en lo más alto; lleno con prudente celo; rico con reverencia sencilla, y eficaz con religioso fervor. No se aparta de los testimonios de las Escrituras Sagradas, de las doctrinas de los Santos Padres, de los decretos de los concilios y de la integridad de las costumbres. Por lo cual, juzgué era una obra utilísima para la edificación espiritual de los fieles, y por eso, muy digna de que se dé a la estampa.—En Roma a 14 de mayo de 1675.
DON MARTÍN, ARZOBISPO DE RIJOLEs.

* * *

Aprobación del reverendísimo padre Fray Francisco María de Bolonia, calificador de la Santa Romana Universal Inquisición, consultor de otras Congregaciones y ministro general de toda la Orden de San Francisco.

El libro, cuyo título *Guía espiritual, etc.*, su autor, el doctor Miguel de Molinos, declara doctrina sana, y conforme a los dichos de los santos, realza con espirituales reglas la ciencia mística; y lo que con especialidad parece más digno de alabanza es que, con un estilo y método sencillo, toca el ápice de la contemplación. Por lo cual juzgo con sencillez, que no es menos digno de aprobación, que será de provecho a los que caminan por la vía del espíritu.—En el convento de Araceli de los Religiosos menores de N. S. P. San Francisco.—Roma, 18 de abril de 1675.—FRAY FRANCISCO MARÍA, MINISTRO GENERAL DE TODO EL ORDEN DE NUESTRO PADRE SAN FRANCISCO.

* * *

Aprobación del reverendísimo padre Fray Domingo de la Santísima Trinidad, calificador y consultor del Santo Oficio de Malta, y calificador de la Santa Romana Uni-

versal Inquisición, general que fué de su religión de Carmelitas descalzos, y hoy definidor general y rector del Seminario de las Misiones en el convento de San Pangracio.

Jesús María.

Yo, el infrascrito, he leído con atención un contrato intitulado: *Guía espiritual, que desembaraza al alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la anterior paz*, compuesto por el doctor Miguel de Molinos, sacerdote, en el cual no he hallado cosa alguna contraria a la fe ni a las buenas costumbres; antes hay bellísimos documentos espirituales, proporcionados al precioso fin del autor, que es conducir al alma devota por medio de la negación de las cosas terrenas, y de la aniquilación de sí misma a la perfecta contemplación y al inestimable gozo de la paz interior, que proviene de la amorosa unión con Dios. Por lo cual lo juzgo muy digno de la estampa, mayormente para el provecho de las almas que aspiran a tan gran bien.—De nuestro convento de San Pangracio a 20 de mayo de 1675.—FRAY DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, DEFINIDOR GENERAL Y RECTOR DEL SEMINARIO DE LAS MISIONES EN EL DICHO CONVENTO.

* * *

Aprobación del reverendísimo padre Fray Francisco Xérez, predicador de Su Majestad Católica, examinador sinodal que fué del arzobispo de Sevilla, provincial tres veces de su sagrada religión de los capuchinos en la provincia de Andalucía, y hoy definidor general de toda su religión.

Esta obra fué repartida en tres libros, con el título *Guía espiritual, que desembaraza al alma y la conduce*

por el interior camino, para alcanzar la perfecta contemplación y tesoro de la paz; compuesta por el doctor Miguel de Molinos, he leído con toda aplicación, y no sólo no hallo en ella cosa censurable, sino sólida y utilísima doctrina, muy conforme a la de los santos padres y doctores sacros, y tan digna de aprecio y estimación como manifiesta la interior eficacia del espíritu, con que enseña el camino espiritual, arduo, secreto y conocido de pocos; y el ardiente celo con que enseña y persuade su segura dirección, suministrando avisos tan oportunos, documentos tan necesarios y reglas tan seguras, que el alma que las practicare subirá sin riesgo al sagrado monte de la divina contemplación, más con vuelos angélicos que con pasos humanos: Donde superior a sí misma, en su total abnegación, transportándose en la admiración del sumo bien que contempla, encontrará aquella suma tranquilidad, que enseña a ignorar dichosamente todo aquello que no es Dios: en quien sólo vive por excesivo amor, experimentando en esta familiaridad el tesoro inestimable de la paz interior, vinculada en una perfectísima unión y resignación total de sí misma, que es la cumbre de la perfección a que puede aspirar el deseo, y a que camina felizmente, lo que con tanto acierto discurre en esta obra su autor. En confirmación de lo cual dice el seráfico doctor San Buenaventura: *Si autem quæris quomodo hæc, fiant? Interroga gratiam, non doctrinam, desiderium, non intellectum, gemitum orationis, non stadium lectionis, sponsum, non magistrum, Deum, non hominem, caliginem non claritatem, non lucem, sed ignem totaliter inflammantem, et in Deum excessivis unionibus, et ardentissimis affectionibus transfferentem* (In Itenera, mente, in Deum, capítulo VII). Y así juzgo esta obra, muy digna de la imprenta, y doy la razón, usando de las palabras mismas del doctor seráfico en el prólogo de *Mística Teología*: Para que aprenda toda ánima racional del nuevo y eterno doctor a adquirir la ciencia en la cual toda razón y

entendimiento humano desfallece, y el afecto dispuesto por el amor, adelantándose a toda humana inteligencia, triunfa únicamente con la regla del amor unitivo a aquel Señor que es fuente de toda bondad, y quien dirige el espíritu. Así lo siento *salva in omnibus, etc.*—En este convento romano de la Inmaculada Concepción de la Virgen María Nuestra Señora de los Frailes Menores Capuchinos de Nuestro Seráfico Padre San Francisco a 3 de junio de 1675.—FRAY FRANCISCO XEREZ.



Aprobación del Reverendísimo Padre Martín de Esparza, de la Compañía de Jesús, catedrático de Teología de la Universidad de Salamanca y del Colegio Romano, consultor de la Sagrada Congregación de Ritos y consultor y calificador del Santo Oficio de Valladolid, y calificador de la Santa Romana Universal Inquisición.

En el libro, cuyo título es *Guía espiritual*, autor el doctor Miguel de Molinos, y trata de dirigir las almas en la vía contemplativa, no hallo cosa contraria a la sana doctrina y a los sentimientos comunes de los Santos Padres y demás escritores píos, ni a la santidad y perfección de las costumbres. Siendo muy cierto que el ejercicio de la contemplación divina es muy arduo y difícil, por razón de la vehemente resistencia contra ella de todas las potencias naturales, según su innata inclinación, no es menos claro que es también difícil sobre modo y singularmente recóndita la consideración refleja y la dirección de la misma contemplación, por razón de la pesada debilidad del entendimiento humano, especialmente donde se halla destituido del apoyo de la fantasía, la cual ciertamente le desampara en dicha consideración y dirección refleja, tanto y aun mucho más que el mismo

acto de la contemplación. Por lo cual me parece muy loable y digno de singular estima el conato de este libro, como empleado en la trabajosa y profunda explicación de la contemplación divina, y porque encamina a ella hasta su cumbre y última perfección—según lo poco que a mí se me alcanza—muy acertadamente. Será de mucha utilidad y provecho de las almas salga a luz pública y se comuniqué a todos.—Dado en el Colegio Romano de la Compañía de Jesús a 16 de mayo de 1675.—MARTÍN DE ESPARZA.

* * *

Aprobación del Reverendísimo Padre Fray Diego de Jesús, religioso descalzo de la Orden de la Santísima Trinidad; redención de cautivos, procurador general de la familia de España y ministro del convento de San Carlos de Roma.

Reverendísimo Padre:

Con singular gusto y edificación he leído este libro intitulado *Guía espiritual que desembaraza al alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz*. Su autor, el doctor Miguel de Molinos, presbítero, y no hallo en él cosa alguna que se oponga a nuestra santa fe católica o a las buenas costumbres; antes bien contiene doctrina sana y segura, que servirá de guía a muchas almas que por la senda estrecha de la perfección cristiana buscan sedientas a Dios, que es la fuente viva. Por lo cual puede V. Reverendísima permitir se dé estampa. Así lo siento, salvo, etc.—En este convento de San Carlos de Roma del Orden de Trinitarios descalzos españoles, reventores de cautivos, a 26 de abril de 1675.—FRAY DIEGO DE JESÚS, PROCURADOR GENERAL Y MINISTRO.

Imprimatur, si videbitur Reverendisim P. Mag. Sac. Ap. Pal.

Imprimatur.

I. de Aug. Archiep Urb. Vicesg.

Fr. Raymundus Copisnecus Ordin. Praed. Magister Sacri Apostolici Palatii.

* * *

Aprobación del Padre Fray Alonso de los Santos, defensor que ha sido de la provincia de San José de descalzos de nuestro Padre San Francisco, y guardián del Real convento de San Gil, de esta corte.

M. P. S.

Por mandato de V. A. he visto el tratado que se intitula *Guía espiritual*, que compuso el doctor Miguel de Molinos, presbítero, y dividió en tres libros, en que se propone los más seguros medios para llegar al alma al más heroico y alto fin de la contemplación y unión de Dios, dando en ellas claras noticias de los estorbos que en esta empresa se ofrecen comúnmente para desalentar las almas en la prosecución de ella; da también enseñanza para desvanecer estos estorbos y de las calidades que ha de tener la luz, confesor y maestro que ha de escoger para que la encamine, rindiéndose con toda seguridad a su obediencia; y justamente de las señas que ha de tomar el alma para reconocer en sí el aprovechamiento espiritual en que se halla, y si ha llegado al fin de esta jornada en consumada perfección, que es todo lo que conduce para el mejor acierto en ella.

He visto—como digo—este tratado, y le he leído una y segunda vez, y siempre me deja más gustoso; porque

si (como dice Hugo Cardenal) entonces es fastidiosa la lección y congojosa al espíritu, cuanto en la cualidad y en la cantidad es dilatada y prolija: *Lectio duobus modis fastidiam ingerere solet, et affligere spiritum, qualitate, videlicet, si obscurior est, et quantitate, si proligior stiterit.* He descubiero en esta obra que, siendo muy obscura y dificultosa de suyo, el autor la trata con tanta claridad, que el más rudo la puede percibir y aprovecharse mucho en la leyenda de ella; y siendo materia que pide dilatados tratados, la abrevia y la recoge con toda distinción en pequeño volumen, adornado con las más autorizadas sentencias y pareceres de los santos y doctores que han escrito cerca de esta materia, ciñendo y ajustando con toda propiedad los lugares de escritura que trae para su apoyo, excusando la demasía y superficialidad en las palabras y cargando el cuidado en lo substancial y sentencioso de las suyas, que es lo que se ha de atender en las materias que se tratan, aun no de tanto peso e importancia como ésta, en que se ajusta con lo que dijo Quintiliano: *Ubi maxima verum momenta versantur, non debet quisquam de verbis esse solitum* (VIII. Inst. 3); con que cuanto dijo este autor escogidísimo y purísimo grano con que las almas se alimentan, es luz que los despierta y enseña el camino más cierto y seguro para llegarse a Dios en toda perfección, y centellas que a los tibios encienden para la empresa de ella, y a los ya aprovechados los mejora y anima para que con nuevas ansias prosigan hasta el fin; por esto y por la conformidad con nuestra fe católica, autoridades de los santos y sagrados concilios con que se ajusta cuanto esta obra contiene, es mi parecer que será del agrado y servicio de Dios sacarla a la publicidad, mandando que se imprima. Este es mi sentir en este convento de San Gil el Real, de Madrid, y marzo a 3 de 1676.—FRAY ALONSO DE LOS SANTOS.

Licencia de los señores del Consejo.

Miguel Fernández de Noriega, secretario del Rey nuestro señor y escribano de Cámara más antiguo del Consejo, certifico, que por los señores del, se ha dado licencia a Isidoro Caballero, Librero para que por una vez pueda imprimir y vender un libro, intitulado *Guía espiritual*, compuesto por el Doctor Miguel de Molinos, por el que se ha impreso antes de ahora, que va rubricado y firmado al fin de mi firma; con que antes que se venda se traiga al Consejo, juntamente con su original, y certificación del Corrector, de estar impreso conforme a él, y se tase el precio a que se ha de vender, guardando en la impresión lo dispuesto por las leyes y pragmáticas destes Reynos; y para que conste, lo firmé en Madrid a quatro dias del mes de Março de mil y seiscientos setenta y seis años.

MIGUEL FERNÁNDEZ DE NORIEGA.

* * *

Aprobación del doctor D. Juan Mateo Lozano, capellán de honor, predicador de Su Majestad y cura propio de la iglesia parroquial de San Miguel, de esta corte.

Por mandato del Ilmo. Sr. D. Francisco Forteza, vicario de esta corte, electo obispo de Zaragoza en el reino de Sicilia, he visto el libro intitulado *Guía espiritual*, compuesto por el doctor Miguel de Molinos, el cual, sobre la seguridad de su doctrina, conforme en todo a la de los santos padres, decretos de los concilios y de la integridad de las costumbres, se halla calificado con las censuras de los más autorizados sujetos de la Corte Romana, donde se dió a luz la primera vez el año pasado de setenta y cinco. Y así, me parece que será de mucho

aprovechamiento para los que tratan de espíritu, y por eso muy digno de que se dé segunda vez al molde. Así lo siento en San Miguel de Madrid a 17 de marzo de 1676.—
EL DOCTOR DON JUAN MATEO LOZANO.

Licencia del or[d]inario.

Yo el Doctor Don Francisco Forteza, electo obispo de Zaragoza, Reyno de Sicilia y Vicario desta villa de Madrid, y su Partido: por el presente, y por lo que a Nos toca, damos licencia para que se imprima el libro intitulado *Guía espiritual*, escrito por el Doctor Miguel Molinos Presbitero: atento por la censura de arriba consta no hay en él cosa contra nuestra Santa Fe Catolica, y buenas costumbres. Dada en Madrid, a diez y siete días del mes de Março de mil y seis cientos y setenta y seis años.

DOCTOR DON FRANCISCO FORTEZA.

Por su mandado,
JACINTO DE VERA.

En las páginas que siguen comienza el texto de la *Guía espiritual*, de Molinos. Este prólogo al lector, donde el autor se cura en salud de lo que pudiera objetársele, había de ser la justificación de publicar el libro. Algo puede leerse entre líneas, apuntando a explayar sus doctrinas más adelante.

Así se comprende la acogida que recibió hasta de los más altos eclesiásticos y teólogos. Pero un análisis del pensamiento, una meditación sobre el lenguaje—tan exacto, tan apretado de significados—llevan a deducciones lógicas irrefutables, y

el sentido herético de las palabras de Molinos aparece transparente y atrevido, sin recato, con una valentía de pensamiento insospechada en la época.

GUIA ESPIRITUAL

QUE DESEMBARAZA AL ALMA Y LA CONDUCE POR EL INTERIOR CAMINO PARA ALCANZAR LA PERFECTA CONTEMPLACIÓN Y EL RICO TESORO DE LA INTERIOR PAZ

AL QUE LEYERE

No hay cosa más difícil en el mundo que agradar a todos, ni más fácil y usada que censurar los libros que salen a la luz pública. Al común riesgo de entrambos daños salen sujetas todas las obras que se publican, sin excepción de ninguna, aunque amparadas de la mayor protección. ¿Qué será de este pequeño librito sin patrocinio, cuyo manjar, por místico y mal guisado, lleva consigo la común censura y el desabrimiento? Si no lo entiendes, lector amigo, no por eso le censes.

Oirá y leerá el hombre racional estas espirituales materias, pero no llegará, dice San Pablo, a comprenderlas: *Animalis homo non percipit ea, quæ sunt spiritus*. (Ad. Cor. I. 2.) Si las condenas, te condenas al número de los sabios de este siglo, de quienes dice San Dionisio que no les comunica Dios esta sabiduría como a los sencillos y humildes, aunque en el concepto del mundo sean ignorantes.

La ciencia mística no es de ingenio, sino de experiencia; no es inventada, sino probada; no leída, sino recibida, y así es segurísima y eficaz, de gran ayuda y colmado fruto.

No entra la ciencia mística en el alma por los oídos, ni por la continua lección de los libros, sino por la liberal infusión del Divino Espíritu, cuya gracia se comunica con regaladísima intimidad a los sencillos y pequeños (Math. II).

Hay algunos doctos que no han leído jamás estas materias, y algunos espirituales que hasta ahora no las han gustado, y por esto los unos y los otros las condenan; aquéllos por ignorancia y éstos por falta de experiencia.

Es cierto que a quien le falta la experiencia de esta dulzura no podrá juzgar de estos misterios secretos; antes bien, se escandalizará, como hacen muchos, de oír las maravillas que usa el amor divino con las almas, por no ver en las suyas esas finezas.

¿Quién pondrá tasa a la bondad divina, cuya mano no está abreviada para hacer lo que en otros tiempos? No llama Dios por mérito al más fuerte, sino al más flaco y miserable, para que resplandezca su infinita misericordia.

No es esta ciencia de teórica, sino de práctica, en donde sobrepuja la grandísima ventaja, la experiencia, a la más avisada y despierta especulativa; y como los sabios puramente escolásticos no la experimentan, la condenan: *Hi autem quæ aunque ignorant blasphemant* (Judæ I). Por eso advirtió la bienaventurada madre Santa Teresa de Jesús a su padre espiritual que no tratase las materias espirituales sino con hombres que lo fuesen; *Porque si no saben—dice—más de un camino, o se han quedado en el medio, no podrán así atinar.* (Vida, capítulo XII.)

Bien se conocerá que no tiene experiencia de esta práctica y mística ciencia el que condene la doctrina de este libro, y que no ha visto a San Dionisio, San Agustín, San Gregorio, San Bernardo, Santo Tomás, San Buenaventura y otros muchos santos y doctores aprobados

por la Iglesia, que aprueban, califican y enseñan, como experimentados, la práctica de esta doctrina.

Debe advertirse que la doctrina de este libro no instruye a todo género de personas, sino solamente a aquellas que tienen bien modificados los sentidos y pasiones, y que están ya aprovechados y encaminados en la oración, y llamados de Dios al interior camino, a los cuales alienta y guía, quitándoles los impedimentos que embarazan el paso a la perfecta contemplación.

He procurado que el estilo de este libro sea devoto, casto y provechoso, sin exornación de pulidas frases, sin ostentación de elocuencia ni sutilezas teológicas. Sólo he atendido a enseñar la verdad desnuda con humildad, sencillez y claridad.

No se admire ver salir cada día a la luz del mundo nuevos libros espirituales, porque Dios tiene siempre que comunicar nuevas luces, y las almas tienen siempre necesidad de estas instrucciones. Ni todo está dicho, ni todo está escrito; y así, habrá siempre que escribir hasta el fin del mundo. Admirables fueron las luces que Dios comunicó a su Iglesia por medio del doctor angélico Santo Tomás, y en la hora de su muerte dijo él mismo que le había comunicado Su Majestad tanta luz en aquel instante, que era nada cuanto hasta entonces había escrito. Luego tiene y tendrá siempre Dios nuevas luces que comunicar, sin que se agote su infinito saber.

No deben acobardar las muchas y grandes penas del interior camino, porque lo que mucho vale, razón es que cueste. Ten buen ánimo, que no sólo las que aquí se presenten, sino muchas más, vencerán con la divina gracia e interior fortaleza.

No ha sido jamás mi intento tratar de la contemplación ni de su defensa, como muchos que docta y especulativamente han publicado enteros libros llenos de eficaces razones, de doctrinas y autoridades de los santos y de la Sagrada Escritura, para desvanecer la opinión de

los que la han condenado y condenan por no haberla experimentado ni aun especulativamente entendido.

La experiencia de largos años—por las muchas almas que se han fiado de mi influencia para la conducción del interior camino a que han sido llamadas—me ha enseñado la grande necesidad que hay de quitarlas embarazos, inclinaciones, afectos y apegos, que totalmente les impiden el paso y el camino a la perfecta contemplación.

Todo este práctico libro se dirige a este principal intento; porque no basta asegurar el anterior camino de la contemplación contra los que la contradicen, si no se les quita a las almas llamadas y aseguradas los embarazos que la estorban el paso y el espiritual vuelo, para cuyo fin me he valido más de lo que Dios por su infinita misericordia me ha inspirado y enseñado, que no la especulativa lección de los libros me ha administrado e instruído.

Tal vez—aunque poco—cita alguna autoridad de autor práctico y experimentado para que se entienda que no es singular y rara la doctrina que aquí se enseña. Este, pues, ha sido mi primer blanco: no asegurar el interior camino, sino desembarazarlo. El segundo, instruir a los directores para que no estorben el curso a las almas llamadas por estas secretas sendas a la interior paz y suma felicidad. Quiera Dios, por su infinita misericordia, se consiga lo que tanto se desea.

Ya sé que muchos, por falta de experiencia, han de censurar lo que aquí se enseña; pero fío en Dios se han de aprovechar algunas almas de las que Su Majestad llama a esta ciencia, por cuyo fruto daré bien empleado mi desvelo. Este ha sido el blanco único de mi deseo, y si Dios, como es constante, acepta y se sirve de estos puros deseos, quedaré contento, aunque rígidamente censurado.—*Vale.*

En el *Proemio* que sigue, Molinos, con un método perfecto de exposición, revela en las cuatro advertencias los fundamentos en que ha de apoyarse la *Guía*. El lector iniciado por completo en la teoría del quietismo podrá seguir su intenso desarrollo en las páginas posteriores. La simiente heterodoxa está ya arrojada; sólo falta que fructifique en el razonamiento didáctico y justificativo que va a continuación. Aparentemente, Molinos no se desvía de los cauces ortodoxos de la mística para un lector superficial. Casi podría suponerse que este libro era uno de tantos—mejor escrito que la mayoría, eso sí—de los publicados durante el siglo XVII.

PROEMIO

ADVERTENCIA I.

De dos modos se puede ir a Dios: el primero, por meditación y discurso; el segundo, por pura fe y contemplación.

1. Dos modos hay de ir a Dios: uno por consideración y discurso, y otro por pureza de fe, noticia indistinta, general y confusa. El primero se llama meditación; el segundo, recogimiento interior o adquirida contemplación. Es el primero de principales; el segundo, de aprovechados; el primero es sensible y material; el segundo es más desnudo, puro e interior.

2. Cuando el alma está ya habituada a discurrir en los misterios, juntándose con la imaginativa y usando

ed imágenes corporales, siendo traída de criatura en criatura y de noticia en noticia (teniéndola muy corta de la que se desea) y de éstas al Creador, entonces la suele coger Dios de la mano—si no es que la llama a los principios y la introduzca sin discurso por el camino de la pura fe—, y haciendo que se deje atrás el entendimiento todas las consideraciones y discursos, la adelante y saca de aquel estado sensible y material, y hace que debajo de una simple y obscura noticia de fe aspire sólo con las alas del amor a su Esposo, sin que tenga ya necesidad para amarle de persuaciones e informaciones del entendimiento, porque de ese modo sería muy costoso su amor, muy pendiente de las criaturas, muy a gotas, esas caídas a pausas, despacio.

3. Cuanto menos pendiere de criaturas y más estribare sólo en Dios y su secreta enseñanza, mediante la fe pura, más firme, durable y fuerte será el amor. Después que ya el alma ha adquirido la noticia que la pueden dar todas las meditaciones e imágenes corporales de las criaturas, si ya el Señor la saca de ese estado, privándola del discurso, dejándola en la divina tiniebla para que camine por el camino derecho y fe pura, déjese guiar y no quiera amor con la escasez y cortedad que ellas le informan, sino suponga que es nada cuanto todo el mundo y los más delicados conceptos de los entendimientos más sabios la puedan decir, y que la bondad y hermosura de su amado excede infinitamente a todo su saber, persuadiéndose que todas las criaturas son muy bozales para informarla y traerla al verdadero conocimiento de su Dios.

4. Debe, pues, pasar adelante con su amor, dejándose atrás todo su entender. Ame a Dios como es en sí y no como se lo dice y forma su imaginación; y si no lo puede conocer como es en sí, ámelo sin conocerlo debajo de los velos oscuros de la fe, de la manera que un hijo que nunca ha visto a su padre, por lo que de él le han infor-

mado, a quien da todo crédito, le ama como si ya le hubiera visto.

5. El alma, a quien se le ha quitado el discurso, debe no violentarse ni buscar por fuerza noticia más clara o particular, sino sin yugos ni arrimos de consuelos o noticias sensibles, con pobreza de espíritu y vacío de todo lo que su apetito natural le pide, estar quieta, firme y constante, dejando obrar al Señor, aunque se vea sola, seca y llena de tinieblas, que si bien le pareciera ociosidad, es sólo de su sencillez y material actividad, no de la de Dios, el cual está obrando en ella la ciencia verdadera. Finalmente, cuanto más sabe el espíritu, tanto más se desarrima de lo posible. Muchas son las almas que han llegado y llegan a esta puerta; pero pocas las que han pasado y pasan por falta de experimentada guía: y las que tienen y han tenido, por no sujetarse con verdadero y total rendimiento.

6. Dirán que no amaré la voluntad, sino que estará ociosa, si el entendimiento no entiende distinta y claramente; porque es asentado principio que no se puede amar sino lo que se conoce. A esto se responde que aunque el entendimiento no conoce distintamente, por discurso, imágenes y consideraciones, entiende y conoce por la fe obscura, general y confusa, cuyo conocimiento, aunque tan obscuro, indistinto y general, como es sobrenatural, es más claro y más perfecto conocimiento de Dios que cualquiera noticia sensible y particular que en esta vida se pueda formar, porque toda imagen corporal y sensible dista de Dios infinitamente.

7. *Más perfectamente*—dice San Dionisio—*conocemos a Dios por negaciones que por afirmaciones. Más altamente sentimos a Dios conociendo que es incomprendible, y sobre todo nuestro entender, que concibiéndole debajo de alguna imagen y hermosura creada, que entendiéndole a nuestro tosco modo.* (Mística Theológ., ca-

pítulo I, § 2.) Luego más estima y amor se engendra de este modo confuso, obscuro y negativo que de cualquiera sensible y distinto; porque aquél es más propio de Dios y desnudo de criaturas, y éste, por el contrario, cuanto más depende de criaturas, tanto menos tiene de Dios.

ADVERTENCIA II.

En qué se diferencia la meditación de la contemplación.

Nos hallamos ante uno de los pasajes de más hábil técnica molinosista. Se trata, como se verá, de interpretar, con prejuicios y fines interesados en el del autor, textos auténticos. Molinos es maestro en escamotear los conceptos, cubriendo su juego con un sutil y bello encaje semántico.

8. Dice San Juan Damasceno (*de Fide*, lib. III, c. 24) y otros santos que la oración *es una subida o levantamiento del entendimiento hacia Dios*. Es Dios superior a todas las criaturas, y no puede el alma mirarle y tratar con él sino levantándose sobre todas ellas. Este amigable trato que el alma tiene con Dios, que es la oración, se divide en meditación y contemplación.

9. Cuando el entendimiento considera los misterios de nuestra santa fe con atención para conocer sus verdades, discurriendo sus particularidades y ponderando sus circunstancias para mover los efectos en la voluntad, este discurso y piadoso afecto se llama propiamente meditación.

10. Cuando ya el alma conoce la verdad, sea por el hábito que ha adquirido con los discursos o porque el Señor le ha dado particular luz y tiene fijos los ojos en

el entendimiento de la sobredicha verdad, mirándola sencillamente, con quietud, sosiego y silencio, sin tener necesidad de consideraciones ni de discursos, ni otras pruebas para convencerse, y la voluntad está amando, admirándose y gozándose de ella, ésta se llama propiamente oración de fe, de quietud, recogimiento interior o contemplación.

11. La cual dice Santo Tomás y todos los maestros místicos *que es una vista sencilla, suave y quieta de la eterna verdad, sin discurso ni reflexión* (2 2 q. 180). Pero si se alegra o mira los efectos de Dios en las criaturas, y entre ellas en la humanidad de Cristo como más perfecta de todas, ésta no es perfecta contemplación, según prueba Santo Tomás (*Ibi*), pues todas ellas son medios para conocer a Dios cómo es en sí; y aunque la humanidad de Cristo N. S. es el medio más santo y más perfecto para ir a Dios, y el supremo instrumento de nuestra salud, y la canal por donde recibimos todo el bien que esperamos, con todo esto la humanidad no es el sumo bien, el cual consiste en ver a Dios; pero Jesucristo Nuestro Señor es más por su divinidad que por su humanidad; así él piensa y mira siempre a Dios—como la divinidad está unida a la humanidad—, siempre mira y piensa en Jesucristo N. S., mayormente el contemplativo, en quien la fe es más sencilla, pura y ejercitada.

12. Siempre que se alcanza el fin, cesan los medios, y llegando al puerto, la navegación. Así el alma, si después de haberse fatigado por medio de la meditación llega a la quietud, sosiego y reposo de la contemplación, debe entonces cercenar los discursos y reposar quieta con una atención amorosa y sencilla vista de Dios, mirándole y amándole, desechando con suavidad todas las imaginaciones que se ofrecen, quitando el entendimiento en aquella divina presencia, recogiendo la memoria, fijándola toda en Dios, contentándose con el conocimiento general

y confuso que de él tiene por la fe, aplicando toda la voluntad en amarle, donde estriba todo el fruto.

13. Dice San Dionisio: *En cuanto a vos, carísimo Timoteo, aplicándoos seriamente a las místicas especulaciones, dejad los sentimientos y las operaciones del entendimiento; todos los objetos sensibles e inteligibles y universalmente todas las cosas que son y las que no son, y en una manera conocida e inefable, en cuanto al hombre es posible; levantaos a la unión de Aquel que es sobre la naturaleza y conocimiento.* (Mística Theol.) Hasta aquí el santo.

14. Luego importa dejar todo el ser criado, todo lo que es sensible, todo lo que es inteligible, afectivo, y, finalmente, todo aquello que es y lo que no es, para arrojar-se en el amoroso seno de Dios, que él nos volverá todo lo que habemos dejado, acompañado de fortaleza y eficacia para amarle más ardientemente, cuyo amor nos mantendrá dentro de este santo y bienaventurado silencio, que vale más que todos los actos juntos. Dice Santo Tomás: *Es muy poco lo que el entendimiento puede alcanzar de Dios en esta vida; pero es mucho lo que la voluntad puede amar.* (I. 2, qu. 27, art. 2.)

15. Cuando el alma llega a ese estado, debe recogerse dentro de sí misma en su puro y hondo centro, donde está la imagen de Dios; allí la atención amorosa, el silencio, el olvido de todas las cosas, la aplicación de la voluntad con perfecta resignación, escuchando y tratando con él tan a solas como si en todo el mundo no hubiese más que los dos.

16. Con justa razón dicen los santos que la meditación obra con trabajo y con fruto; la contemplación, sin trabajo, con sosiego, paz, deleite y mucho mayor fruto. La meditación siembra y la contemplación recoge; la meditación busca y la contemplación halla: la meditación rumia el manjar, la contemplación le gusta y se sustenta con él.

17. Todo lo dijo el místico Bernardo sobre aquellas palabras del Salvador: *Querite et invenietes, pulsate et aperietur vobis. Lectio apponit ori solidum cibum, meditatio frangit, oratio saporem conciliat, contemplatio est ipsa dulcedo, quæ jucundat et reficit.* (*De scala claustralium.*) Con esto se declara qué sea meditación y contemplación, y la diferencia que hay entre las dos.

Siguen acumulándose las citas de textos. Y entre ellas la interpretación molinosista. Imposible es, a veces, percibir dónde termina la interpretación literal y comienza la desviación herética que se condensa en exclamaciones harto expresivas y concretas.

18. Hay también dos maneras de contemplación: una imperfecta, activa y adquirida; otra infusa y pasiva. La activa—de la cual se ha hablado hasta ahora—es aquella que se puede alcanzar con nuestra diligencia, ayudados de la divina gracia, recogiendo las potencias y sentidos, preparándonos para todo lo que Dios quisiere; así lo dicen Royas (*Vita Spir.*, c. 19, fol. 104) y Arnaya (*Confessio* 47, p. 6).

19. Encarga San Bernardo esta activa contemplación, hablando sobre aquellas palabras: *Audiam quid loquatur in me Deus* (Psal. 84). Y dice: *Optimam partem elegit Maria, licet non minoris (fortasse) meriti sit apud Deum, humilis conversatio Martæ, sed de electione, Maria laudatur, quoniam illa omnino (quod nos spectat) eligenda; hæc vero si injungitur, patienter est toleranda.*

20. Encarga también Santo Tomás (2. 2 q. 182 art. 2) esta adquirida contemplación con las siguientes palabras: *Quanto homo animam suam, vel alterius propinquis Deo conjungit, tanto sacrificium es Deo magis acceptum, undo*

magis acceptum est Deo, quod aliquis animam suam et aliorum applicet contemplationi, quam actioni. Palabras verdaderamente claras para cerrar la boca a los que condenan la adquirida contemplación.

21. Cuanto más el hombre propincuamente se llega a Dios o procura llegar su alma y la de otros, tanto es mayor y más acepto sacrificio para Dios; de donde se infiere—concluye el mismo santo—que será en el hombre para Dios más agradable y acepta la aplicación de su alma y de las otras a la contemplación que a la acción. No se puede decir que hable aquí el santo de la infusa contemplación, porque no está en mano del hombre aplicarse a la contemplación infusa, sino a la adquirida.

22. Aunque se dice que podemos nosotros introducirnos a la contemplación, adquirida con la ayuda de Dios Nuestro Señor, con todo eso, nadie de su motivo se ha de atrever a pasar del estado de la meditación a éste sin consejo del experimentado director, el cual conocerá con claridad si es el alma llamada del Señor a este interior camino, o en falta del director lo conocerá la misma alma por algún libro que trate de estas materias, enviado de la Divina Providencia para descubrir lo que sin conocer experimentaba dentro de su interior. Pero aunque se asegurara por la luz del libro a dejar la meditación por la quietud de la contemplación, siempre le quedará un ardiente deseo de ser más perfectamente instruída.

23. Y para que lo sea en este punto, quiero darle las señales por donde conocerá esta vocación a la contemplación; la primera y principal es no poder meditar, y si medita, es con notable inquietud y fatiga, mientras no provenga de la indisposición del cuerpo, ni desazón del natural, ni de humor melacólico, ni sequedad, nacida de la falta de preparación.

24. Conoceráse que no es ninguna de estas faltas, sino vocación verdadera, cuando se le pasa un día, un mes y muchos meses sin poder discurrir en la oración. *Llévala*

el Señor al alma por la contemplación—dice la santa madre Teresa—y queda el entendimiento muy inhabilitado para meditar en la Pasión de Cristo, que, como la meditación, es todo buscar a Dios, como una vez se halla, y queda acostumbrada el alma, por obra de la voluntad de volver a buscar, no quiere cansarse con el entendimiento. Hasta aquí la santa. (Morada VI, cap. 7.)

25. La segunda señal es que aunque le falta la devoción sensible busca la soledad y huye la conversación. La tercera, que la lección de los espirituales libros le suele dar fastidio, porque no le hablan de la interior suavidad, que está dentro de su interior, sin que lo conozca. La cuarta, que, si bien está privada del discurso, con todo eso se halla con propósito firme de perseverar en la oración. La quinta, reconocerá un conocimiento grande y confusión de sí misma, aborreciendo la culpa y haciendo de Dios más alta estima.

26. La otra contemplación es perfecta e infusa, en la cual—como dice Santa Teresa—*habla Dios al hombre, suspendiéndole el entendimiento y atajándole el pensamiento y tomándole (como dicen) la palabra de la boca, que, aunque quiera, no puede hablar, si no es con mucha pena. Entiende que sin ruido de palabras le está enseñando el Divino Maestro, suspendiéndole las potencias, porque entonces antes dañarían que aprovecharían, si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan. Está el alma abrasándose de amor y no entiende cómo ama; conoce que goza de lo que ama y no sabe cómo lo goza; bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento a desecharlo; abrázale la voluntad, sin entender cómo; mas no pudiendo entender algo, ve que no es éste bien que se puede merecer con todos los trabajos, que se pasan juntos, por ganarle en la tierra. Ese don del Señor de ella y del cielo que, en fin, da como quien es y a quien quiere y como quiere. En lo cual Su Majestad es el que todo lo hace, que es obra suya nuestro natural. Todo es de la santa madre.*

(Camino de perf., cap. XXV.) Por donde se infiere que esta contemplación perfecta es infusa, la cual da el Señor graciosamente a quien quiere.

27. El camino de la interior paz es ajustarnos en todo con lo que la divina voluntad dispone. *In omnibus debemus subjicere voluntatem nostram voluntati divinæ, hæc est enim pax voluntatis nostræ, ut sit per omnia conformis voluntati divinæ.* (Hugo Cardinalis in Psal. XIII.) Los que en todo quieren que suceda y se haga conforme a su gusto, no han llegado a conocer este camino (*Viam pacis non cognoverunt*, Ps. XIII), ni quieren andar por él; y así viven una vida amarga y desabrida, siempre inquietos y alterados, sin encontrar el camino de la paz, que es el de la total conformidad con la divina voluntad.

28. Esta conformidad es el yugo suave que nos introduce en la región de la paz y serenidad interior. Por donde conoceremos que la rebeldía de nuestra voluntad es la causa principal de nuestra inquietud, y que por no sujetarnos al yugo suave de la divina, padecemos tantas turbaciones y desasosiegos. ¡Oh, almas! Si rindiésemos nuestra voluntad a la divina y a todas sus disposiciones, ¡qué tranquilidad experimentaríamos! ¡Qué paz! ¡Qué serenidad interior! ¡Qué suma felicidad y remedio de la bienaventuranza! Este, pues, ha de ser el asunto de este libro; quiera el Señor darme su divina luz para descubrir las secretas sendas de este interior camino y suma felicidad de la perfecta paz.

La quietud del alma, imprescindible para lograr la paz interior, sólo puede conseguirse pacificándola, aislándola de la vida, hasta vaciarla de sentidos y afectos. El recogimiento ha de ser el medio. Si el alma se debate, incapaz de discorrir, no importa. Un alma inconsciente, un alma

imposible, inexistente en la realidad, puesto que carece de soplo individual, es la propicia para dar el punto grato a Dios.

LIBRO PRIMERO

De las tinieblas, sequedades y tentaciones con que Dios purga a las almas, y del recogimiento interior o contemplación adquirida.

CAPITULO PRIMERO

PARA QUE DIOS DESCANSE EN EL ALMA, SE HA DE PACIFICAR SIEMPRE EL CORAZÓN EN CUALQUIERA INQUIETUD, TENTACIÓN Y TRIBULACIÓN.

1. Has de saber que es tu alma el centro, la morada y reino de Dios; pero para que el gran rey descanse en ese trono de tu alma, has de procurar tenerla limpia, quieta, vacía y pacífica. Limpia de culpas y defectos, quieta de temores, vacía de afectos, deseos y pensamientos, y pacífica en las tentaciones y tribulaciones.

2. Debes, pues, tener siempre pacífico el corazón para conservar puro ese vivo templo de Dios, y con recta y pura intención has de obrar, orar, obedecer y sufrir sin género de alteración cuanto el Señor fuere servido de enviarte. Porque es cierto que por el bien de tu alma y tu espiritual provecho, ha de permitir al envidioso enemigo turbe esa ciudad de quietud y trono de paz con tentaciones, sugerencias y tribulaciones, y por medio de las criaturas, con penosas molestias y grandes persecuciones.

3. Esté constante y pacífico tu corazón en cualquiera inquietud que te ocasionen estas tribulaciones. Entrate allá

dentro para vencerlas, que allí está la divina fortaleza que te defiende, te ampara y por ti guerrea. Si un hombre tiene una segura fortaleza, no se inquieta aunque le persigan sus enemigos, porque entrándose allá dentro, quedan burlados y vencidos. El castillo fuerte para triunfar de sus enemigos visibles e invisibles, y de todas sus asechanzas y tribulaciones, está dentro de tu misma alma, porque allí reside la divina ayuda y el soberano socorro; éntrate allá dentro y todo quedará quieto, seguro, pacífico y sereno.

4. Tu principal y continuo ejercicio ha de ser pacificar ese trono de tu corazón para que repose en él el soberano rey. El modo de pacificarlo ha de ser entrándote dentro de ti mismo por medio del interior recogimiento. Todo tu amparo ha de ser la oración y recogimiento amoroso en la divina presencia. Cuando te vieres más combatido, retírate a esa región de paz, donde hallarás la fortaleza. Cuando más pusilánime, recógete a ese refugio de la oración, única arma para vencer al enemigo y sosegar la tribulación. No te has de apartar de ella en la tormenta, hasta que experimentes, como otro Noé, la tranquilidad, la seguridad y serenidad, y hasta que tu voluntad se halle resignada, devota, pacífica y animosa.

Finalmente, no te aflijas ni desconfíes por verte pusilánime; vuélvete a quietar siempre que te alteres, porque sólo quiere este divino Señor de ti, para reposar tu alma y hacer un rico trono de paz en ella, que busques dentro de tu corazón, por medio del interior recogimiento y con su divina gracia, el silencio en el bullicio, la soledad en el concurso, la luz en las tinieblas, el olvido en el agravio, el aliento en la cobardía, el ánimo en el terror, la resistencia en la tentación, la paz en la guerra y la quietud en la tribulación.

CAPITULO II

AUNQUE EL ALMA SE VEA PRIVADA DEL DISCURSO, DEBE PERSEVERAR EN LA ORACIÓN Y NO AFLIGIRSE, PORQUE ESA ES SU MAYOR FELICIDAD.

6. Hallarás-te, como todas las demás almas a quienes el Señor llama al camino interior, llena de confusión y dudas por haberte faltado el discurso en la oración. Te parecerá que ya Dios no te ayuda como antes, que no es para ti el ejercicio de la oración, que pierdes el tiempo, pues no puedes, aun con fatigas, hacer un solo discurso como solías.

7. ¿Qué aficciones y perplejidades te causará esta falta de discurso? Y si en esta ocasión no tienes un padre espiritual experimentado en el camino místico, te crecerá a ti la pena y a él la confusión. Juzgará que no está bien dispuesta tu alma, y que para la seguridad de tu conciencia tienes necesidad de una general confesión, y no se sacará más de esto que la confusión de entrambos. ¡Oh, cuántas almas son llamadas al interior camino, y en vez de guiarlas y adelantarlas los padres espirituales, por no entenderlas las detienen en el curso y las arruinan!

8. Debes, pues, persuadirte, para no volver atrás cuando te faltare el discurso de la oración, que ésa es tu mayor felicidad, porque es señal clara te quiere hacer caminar el Señor por fe y silencio en su divina presencia, cuya senda es la más provechosa y la más fácil. Porque con una sencilla vista o amorosa atención a Dios, se representa el alma como un humilde mendigo delante de su Señor, o como un niño sencillo se arroja en el suave y seguro seno de su amada madre. Así lo dijo Gerson: *Ego licet per quadraginta annos vacaerunt lectioni et orationi, tamen nihil efficacius, et ad consecutionem mysticæ Theologiæ compendians invenire potuim, quam si*

spiritus nater fiat coram Deo, tamquam parvulus et mendicus.

9. No sólo es esta oración la más fácil, pero es también la más segura, porque está libre de las operaciones de la imaginación, sujeta siempre a los engaños del demonio y a los movimientos del humor melancólico y de discursos, en los cuales el alma fácilmente se distrae, y con la especulación se enmaraña mirándose a sí misma.

10. Queriendo Dios enseñar a su caudillo Moisés (*Exod. 34*) y darle las tablas de piedra con la divina ley escrita, le llamó a la falda del monte, en cuyo instante, estando Dios en él, quedó el monte tenebroso, circuído de obscuras y densas nubes, y Moisés ocioso, sin saber ni poder discurrir nada. Después de siete días, mandó a Moisés subir a lo alto del monte, donde se le manifestó glorioso y le llenó de gran consuelo.

11. Así a los principios que Dios quiere con extraordinario modo conducir al alma a la escuela de las divinas noticias de la interior ley, la hace caminar con tinieblas y sequedades para aceptarla a sí, porque sabe muy bien la Divina Majestad que para llegarse a él y entender los divinos documentos, no es el medio el de la propia industria y discurso, sino el de la resignación con silencio.

12. ¡Qué grande ejemplo nos dió el patriarca Noé! Después de haberle todos tenido por loco, y estar en medio de un indómito mar, inundado por todo el mundo, sin velas ni remos, circuído de feroces animales dentro de la cerrada arca, caminó con sola fe, sin saber ni entender lo que Dios quería hacer de él.

13. Lo que a ti más te importa, ¡oh alma redimida!, es la paciencia y no dejar la empresa de la oración, aunque no puedas discurrir; camina con la firme fe y con el santo silencio muriendo en ti misma con todas tus naturales industrias, que Dios es quien es, y no se muda,

ni puede errar, ni querer otra cosa que tu bien. Claro está que quien ha de morir, es fuerza que lo sienta; pero ¡qué bien empleado tiempo el estar el alma muerta, muda y resignada en la divina presencia, para recibir sin embarazo las divinas influencias!

14. De los divinos bienes no son capaces los sentidos; así, si tú quieres ser feliz y sabio, calla y cree, sufre y ten paciencia, confía y camina, que más te importa el callar y dejarte llevar de la divina mano que cuantos bienes hay en el mundo. Y aunque te parecerá que no haces nada y que estás ociosa, estando así, muda y resignada, es infinito el fruto.

15. Mira el jumentillo vendado dando vueltas a la rueda del molino, que si bien no ve ni sabe lo que hace, obra mucho en moler el trigo, y aunque él no lo guste, tiene su dueño el fruto y el gusto. ¿Quién no juzgará que en tanto tiempo que está la semilla debajo de la tierra no está ya perdida? Y después se ve salir, crecer y multiplicar. Lo mismo hace Dios en el alma cuando la priva de consideración y discurso, pues pensando ella no hacer nada y estar perdida, se halla con el tiempo medrada, despegada y perfecta, sin haber jamás esperado tanta dicha.

16. Procura, pues, no afligirte ni volver atrás, aunque no puedas discurrir en la oración; sufre, calla y ponte en la divina presencia; persevera en constancia y fía de su infinita bondad, que te ha de dar la constante fe, la verdadera luz y la divina gracia. Camina a ciegas, vendada, sin pensar ni discurrir; ponte en sus amorosas y paternales manos, sin querer hacer otra cosa que su divino beneplácito.

Toda impotencia individual, toda negación del ser, no debe preocupar al alma. Sólo la constancia en la inconsciencia debe ser su lema. La tris-

teza amarga y profunda de los conceptos de Molinos no bastan a ocultarla los encantadores ejemplos parabólicos que esmaltan las disquisiciones de un dulce sabor popular.

CAPITULO III

PROSIGUE LO MISMO

17. Es común sentir de todos los santos que han tratado de espíritus, y de todos los maestros místicos, que no puede el alma llegar a la perfección y unión con Dios por medio de la meditación y discurso; porque sólo aprovecha para comenzar el camino espiritual hasta alcanzar un hábito de pronto conocimiento de la hermosura de la virtud y de la fealdad del vicio, cuyo hábito, en opinión de Santa Teresa, se puede alcanzar en seis meses, y en la de San Buenaventura, en dos. (*Prol. Mist. Theol.*, pág. 655.)

18. ¡Oh qué compasión se les ha de tener a casi infinitas almas que desde que comienzan hasta que acaban la vida se emplean en mera meditación, haciéndose violencia para discurrir, aunque Dios las prive del discurso, para pasarlas a otro estado y oración más perfecta! Y así se quedan, después de muchos años, imperfectas, y al principio, sin hacer progreso, ni aun dar un paso en el camino del espíritu, rompiéndose la cabeza con la composición de lugar, con la lección de puntos, imaginaciones y forzados discursos; buscando a Dios por afuera teniéndole dentro de sí mismo.

19. De esto se lamentó San Agustín en el tiempo que Dios le conducía al camino místico, diciéndole a Su Majestad: "Yo erré, Señor, como la ovejuela perdida, buscándote con industrioso discurso fuera, estando tú dentro

de mí; mucho trabajé buscándote fuera de mí, y tú tienes tu habitación dentro de mí; si yo te deseo y anhelo por ti. Rodeé las calles y las plazas de la ciudad de este mundo buscándote, y no te hallé, porque mal buscaba fuera lo que estaba dentro de mí mismo. (*Soliloq.*, capítulo XXXI.)

20. Véase al doctor angélico Santo Tomás que, con ser en todos sus escritos tan circunspecto, parece se burla de aquellos que por afuera van siempre buscando a Dios por discurso, teniéndole presente dentro de sí mismos: "Gran ceguedad y demasiada necedad—dice el santo—hay en algunos que siempre buscan a Dios, continuamente suspiran por Dios, frecuentemente desean a Dios, claman y llaman cada día a Dios en la oración, siendo ellos mismos—según el apóstol—templo vivo de Dios y su verdadera habitación, siendo su alma la silla y trono de Dios, en la cual continuamente descansa. ¿Quién, pues, sino un necio, busca fuera el instrumento, sabiendo que lo tiene encerrado dentro de su casa? ¿O quién se conforta con el manjar que apetece y no gusta? Así es la vida de algunos justos: siempre buscando y nunca gozando, y así todas sus obras son menos perfectas." (*Opusc.* 63, cap. III, *in fin.*)

21. Es constante que Cristo Señor nuestro enseñó a todos la perfección, y quiere siempre que todos sean perfectos, con especialidad los ignorantes y sencillos. Claramente manifestó esta verdad cuando eligió para su apostolado a los más ignorantes y pequeños, diciendo a su Eterno Padre: *Te confieso y te doy las gracias, ¡oh Padre Eterno!, porque escondiste esta divina ciencia de los sabios y prudentes, y la manifestaste a los sencillos y pequeños.* (*Mat.* XI.) Y es cierto que éstos no pueden alcanzar la perfección por agudas meditaciones y sutiles consideraciones; pero son capaces, como los más doctos, para poder llegar a la perfección por los afectos de la voluntad. Donde más principalmente consiste.

22. Enseña San Buenaventura a no pensar en ninguna cosa, ni aun en Dios, porque es imperfección el tener formas, imágenes y especies, por sutiles que sean, así de la voluntad como de la bondad, Trinidad y unidad, y aun de la misma esencia divina; porque todas estas especies e imágenes, aunque parezcan deiformes, no son ellas Dios, el cual no admite imagen ni forma alguna. *Non ibi*—dice el santo—*oportet cogitare res de creaturis nec de angelis, nec de Trinitate, quid hæc sapientia per affectus desideriorum, non per meditationem præviã habet consurgere.* (*Mist. Theol.*, parte II, q. única, página 685). Importa no pensar aquí nada de las criaturas, de los ángeles ni del mismo Dios, porque esta sabiduría y perfección no se engendra por la meditación sutil, sino por el deseo y afecto de la voluntad.

23. No puede el santo hablar con más claridad, y te inquietarás tú y aun querrás dejar la oración porque no puedes o no sabes dicurrir en ella, pudiendo tener buena voluntad, buen deseo y pura intención. Si en los hijos de los cuervos, desamparados de sus padres por pensar degeneraron viéndoles sin plumas negras, obra Dios con su rocío porque no perezcan, ¿qué hará en las almas redimidas, aunque no puedan hablar ni discurrir, si creen, confían y abren la boca hacia el cielo, manifestando su necesidad? ¿No es más cierto que ha de proveer la divina bondad dándoles el alimento necesario?

24. Claro está que es gran martirio y no pequeño don de Dios, hallándose el alma privada de los sensibles gustos que tenía, caminar con sólo la santa fe por las caliginosas y desiertas sendas de la perfección; pero no se puede llegar a ella sino por este penoso aunque seguro medio, y así procura estar constante y no volver atrás, aunque te salte el discurso en la oración; cree entonces con firmeza, calla con quietud y persevera con paciencia si quieres ser dichosa y llegar a la divina unión, a la eminente quietud y suprema paz interior.

No importa tampoco que el alma esté transida de fría sequedad. La ausencia de sensibilidad será, por el contrario, un bien. El alma no ha de afligirse por ello, sino congraciarse de que así se allana el camino de su paz, y no debe abandonar la oración nunca, aunque le resulte tenebrosa y estéril externamente. Debe despreciar la oración sensible y no perder su quietud aunque en ninguna dirección halle luz para orientarse.

Con estas páginas que siguen, llega Molinos a completar sus teorías acerca del estado de alma y la oración que precederán a la consecución de la paz interior.

CAPITULO IV

NO SE HA DE AFLIGIR EL ALMA NI HA DE DEJAR LA ORACIÓN
POR VERSE RODEADA DE SEQUEDADES

25. Sabrás que hay dos maneras de oración: una tierna, regalada, amorosa y llena de sentimientos; otra obscura, seca, desolada, tentada y tenebrosa. La primera es de principiantes, la segunda de aprovechados y que caminan a ser perfectos. Con la primera los trata como a niños y miserables, con la segunda los comienza a tratar como a fuertes.

26. Aquel primer camino se puede llamar vida animal, y de aquellos que van en busca de la devoción sensible, la cual suele dar Dios a los principiantes para que, llevadas de aquel gustillo, como el animal del objeto sensible, se den a la vida espiritual. El segundo se llama vida de hombres y de aquellos que, no procurando dulzura sensible, pelean y batallan contra las propias pa-

siones para conquistar y alcanzar la perfección, que es empleo propio de hombres.

27. Asegúrate, que la sequedad es el instrumento de tu bien; porque no es otra cosa que falta de sensibilidad, rémora que hace detener el vuelo casi a todos los espirituales, y aun los hace volver atrás y dejar la oración, como se ven muchísimas almas que perseveran sólo mientras gustan el sensible consuelo.

28. Sabe que se vale el Señor del velo de las sequedades para que no sepamos lo que obra dentro de nosotros y con eso nos humillemos; porque si insistiéramos y reconociéramos lo que obra dentro de nuestras almas, entrara la satisfacción y presunción, pensando hacíamos alguna cosa y entendiendo estábamos muy cerca de Dios, con que nos vendríamos a perder.

29. Asienta por cierto en tu corazón que se ha de quitar primero toda sensibilidad para caminar por el interior camino, y el medio de que Dios se vale son las sequedades. Por éstas quita también la reflexión o vista con que mira el alma lo que hace, único embarazo para pasar adelante y para que Dios se comunique y obre en ella.

30. No debes, pues, afligirte ni pensar no sacar fruto por no experimentar, en saliendo de la comunión u oración, muchos sentimientos, porque es engaño manifiesto. El labrador siembra en un tiempo y coge en otro. Así Dios, en las ocasiones y su tiempo, te ayudará a resistir las tentaciones y te dará, cuando menos lo pienses, sanos propósitos y más eficaces deseos de servirle. Y para que no te dejes llevar de la vehemente sugestión del enemigo, que, envidioso, te persuadirá que no haces nada y que pierdes el tiempo, para que dejes la oración, te quiero declarar algunos de los infinitos frutos que saca tu alma de estas grandes sequedades.

31. El primero es perseverar en la oración, de cuyo fruto se originan otros muchos.

El segundo, experimentarás un fastidio de las cosas del mundo, el cual va poco a poco arrojando los malos deseos de la vida pasada y produciendo otros nuevos de servir a Dios.

El tercero, repararás en muchas faltas que antes no reparabas.

El cuarto, reconocerás, cuando vas a hacer alguna cosa mala, una advertencia en tu corazón que te refrena que no la ejecutes y otras veces para que no hables, para que no te quejes o te vengues, para que te prives de algún gustillo de la tierra o para que huyas de esta o aquella ocasión o conversación a que antes ibas y estabas muy quieto, sin ninguna advertencia o estímulo de la conciencia.

El quinto, que después de haber caído como flaco en alguna leve culpa, sentirás dentro de tu alma una reprehensión que te afligirá sobre manera.

El sexto, sentirás dentro de ti deseos de padecer y hacer la voluntad de Dios.

El séptimo, inclinación a la virtud y facilidad más grande en vencerte y vencer las dificultades de las pasiones y enemigos que te embarazan el camino.

El octavo, reconocerás un gran conocimiento y aun confusión de ti mismo, y estima grande de Dios sobre todo lo creado, desprecio de las criaturas y una firme resolución de no dejar la oración, aunque sepas te ha de ser de cruelísimo martirio.

El noveno, sentirás mayor paz en el alma, amor a la humildad y mortificación, confianza en Dios, sumisión y despego de todas las criaturas, y, finalmente, cuantos pecados habrás dejado de hacer desde que el Señor obra dentro de tu alma sin que lo conozcas, por medio de la oración seca, aunque no lo sientas mientras estás en ella, sino a un tiempo y ocasión.

32. Todos estos frutos y otros muchos son como nuevos pimpollos que nacen de la oración que tú quieres

dejar, por parecerle que está seca, que no ves fruto ni te aprovechas en ella. Está constante y persevera con paciencia, que aunque tú no lo conoces, se aprovecha tu alma.

Insensiblemente, la mente del lector se va sintiendo prisionera en la tela de araña del razonamiento molinosista. Lo heterodoxo se filtra lento a través de sus juicios sobre la devoción, y unas aparentes disquisiciones superficiales le llevarán a ir sentando, poco a poco, firmes puntales de sus teorías, en los que enseguida se apoyará para continuar.

CAPITULO V

PROSIGUE LO MISMO, DECLARANDO CUÁNTAS MANERAS HAY DE DEVOCIÓN, Y CÓMO SE DEBE DESPRECIAR LA SENSIBLE, Y QUE EL ALMA, AUNQUE NO DISCURRA, NO ESTÁ OCIOSA.

33. Dos maneras hay de devoción: la una es esencial y verdadera; la otra, accidental y sensible. La esencial es una prontitud de ánimo para bien obrar, para cumplir los mandamentos de Dios y hacer todas las cosas de su servicio aunque por la flaqueza humana no se pongan en ejecución como se desea. (S. Tho. 22, q. 82, art. 1.) Esta es verdadera devoción, aunque no se sienta gusto, dulzura, suavidad ni lágrimas; antes suele tenerse con tentaciones, sequedad y tinieblas.

34. La devoción accidental y sensible es cuando a los buenos deseos se les junta blandura de corazón, ternura, lágrimas u otros afectos sensibles. (Suárez, II de Religio, lib. II, c. 5, n. 16.) Esta no se ha de buscar, antes es lo más seguro tener la voluntad despegada y despre-

ciarla, porque a más de que suele ser peligrosa, es de grande embarazo para hacer progreso y pasar adelante en el interior camino. (S. Bern., Serm. I, Nativ. Dui-Suárez ibi., Molina, de Orat., ibi., c. 6.) Y así sólo debemos abrazar la devoción verdadera y esencial, la cual siempre está en nuestra mano el procurarla, y haciendo cada uno de su parte lo que pudiere, la alcanzará ayudado de la divina gracia. Y ésta se puede tener con Dios, con Cristo, con los Misterios, con la Virgen y con los Santos. (S. Thom. y Molina, ibi.)

35. Piensan algunos cuando se les da la devoción y gusto sensible que son favores de Dios y que entonces ya le tienen, y toda la vida es ansiar por ese regalo, y es engaño, porque no es otra cosa que un consuelo de la naturaleza y una pura reflexión con que el alma mira lo que hace; la cual impide que se haga ni se pueda hacer nada, ni se alcance la verdadera luz, ni se dé un paso en el camino de la perfección. El alma es puro espíritu y no se siente ni los actos interiores y de la voluntad, como son los del alma y espirituales no son sensibles, con que no conoce el alma si ama, ni siente las más de las veces si obra.

36. No creas cuando estás seca y tenebrosa en la presencia de Dios por fe y silencio que no haces nada, que pierdes el tiempo y que estás ociosa, porque este ocio del alma, según dice San Bernardo, es el negocio de los negocios de Dios. *Hoc otium magnum est negotium.* Y más abajo dice: "La ociosidad no es vacar a Dios, porque éste es el negocio de todos los negocios: *Otiosum est non vacare Deo, immo negotium negotiorum omnium hoc est.*"

38. Ni se ha de decir que está ociosa el alma, porque aunque no obra activa, obra en ella el Espíritu Santo. A más, que no está sin ninguna actividad, porque obra, aunque espiritual, sencilla e íntimamente. Porque estar atenta a Dios, llegarse a él, seguir sus internas ins-

piraciones, recibir sus divinas influencias, adorarle en su íntimo centro, venerarle con un pío afecto de la voluntad, arrojar tantas y tan fantásticas imaginaciones que ocurren en el tiempo de la oración, y vencer con la suavidad y el desprecio tantas tentaciones, todos son verdaderos actos, aunque sencillos y totalmente espirituales y casi imperceptibles, por la tranquilidad grande con que el alma los reproduce.

CAPITULO VI

NO SE HA DE INQUIETAR EL ALMA POR VERSE CIRCUÍDA DE TINIEBLAS, PORQUE ÉSTAS SON EL INSTRUMENTO DE SU MAYOR FELICIDAD.

39. Hay dos maneras de tinieblas: unas infelices y felices otras. Las primeras son las que nacen del pecado, y éstas son desdichadas, porque conducen al cristiano al eterno precipicio. Las segundas son las que el Señor permite en el alma para fundarla y establecerla en la virtud; y éstas son dichosas, porque la iluminan, la fortalecen y la ocasionan mayor luz; y así, no has de turbarte, afligirte ni desconsolarte por verte oscura y tenebrosa, juzgando que Dios te falta y también la luz que antes experimentabas; antes bien, debes entonces perseverar con constancia en la oración, porque es señal manifiesta que Dios por su misericordia quiere introducirte en la interior senda y dichoso camino del Paraíso. ¡Oh qué dichoso serás si la abrazas con paz y resignación, como instrumentos de la perfecta quietud, de la verdadera luz y de todo espiritual bien!

40. Sabe, pues, que el camino de las tinieblas es de los que se aprovechan y el más perfecto, seguro y derecho, porque en ellas hace el Señor su trono: *Et posuit tenebras latibulum suum.* (Psalmo, 17.) Por ellas crece y se hace

grande la luz sobrenatural que Dios infunde en el alma. En medio de ellas se engendra la sabiduría y el amor fuerte. Por ellas se consume el alma y se consumen las especies que embarazan la vista derecha de la divina verdad. Por este medio introduce Dios al alma por el interior camino de oración en quietud y perfecta contemplación, tan de pocos experimentada. Por ellas, finalmente, purifica el Señor los sentidos y sensibilidades que embarazan el camino místico.

41. Mira si te han de estimar y abrazar las tinieblas; lo que debes hacer en medio de ellas es creer éstas delante del Señor y en su presencia; pero ha de ser con una atención suave y quieta. No quieras saber nada, ni busques regalos, ternuras, ni sensibles devociones, ni quieras hacer otra cosa que el divino beneplácito, porque de otro modo no harás en toda tu vida otra cosa que círculos y no darás un paso en la perfección.

Pero el alma ha de purificarse. No como en el ascetismo y misticismo ortodoxos, siguiendo previamente la "vía purgatio", ofreciendo a Dios sacrificios y mortificaciones voluntarias. Para Molinos esto no es suficiente ni aun estimable. Dios es el que "a su modo" ha de purificarla. El alma debe desentenderse de toda volición. Desoirá las tentaciones; pero si la rodean y vencen, no deberá afligirse, sino acatarlo fatalmente. Basta que se proponga recogerse interiormente, aun cuando sea estéril su afán de abandonar su pensamiento. Entregada ya el alma inerte al poder divino, nada sino un grave pecado podrá torcer su camino de quietud. Y si esto así expuesto haría pensar en

la negación total del espíritu como reflejo divino, en la prosa sutil y flexible de Molinos toma calidades de veracidad y revelación.

CAPITULO VII

PARA QUE EL ALMA LLEGUE A LA SUPREMA PAZ INTERIOR, ES NECESARIO QUE DIOS LA PURGUE A SU MODO, PORQUE NO BASTAN LOS EJERCICIOS Y MORTIFICACIONES QUE ELLA PUEDE TOMAR POR SU MANO.

42. Luego que te resolvieres con firmeza a mortificar tus exteriores sentidos para caminar al alto monte de la perfección y unión con Dios, tomará Su Majestad la mano para purgar tus malas inclinaciones, desordenados apetitos, vana complacencia y propia estima, y otros ocultos vicios que tú no conoces y reinan en lo íntimo de tu alma, e impiden la divina unión.

43. No llegarás jamás a este dichoso estado, por más que te fatigues con los ejercicios exteriores de mortificación y resignación, hasta que interiormente este Señor te purgue y ejercite a su modo, porque él lo sabe cómo se han de purgar los defectos secretos. Si tú perseveras con constancia, no sólo te purgará de los afectos y apegos de los bienes naturales y temporales, pero a su tiempo te purificará también de los sobrenaturales y sublimes, como son las comunicaciones internas, los raptos y éxtasis interiores y otras infusas gracias, donde se apoya y entretiene el alma.

44. Todo esto hará Dios en tu alma por medio de la cruz y sequedad, si tú libremente le das el consentimiento por la resignación, caminando por estos desiertos y tenebrosos caminos. Lo que tú has de hacer será no hacer nada por sola tu elección. La correspondencia de tu libertad y lo que tú debes hacer ha de ser únicamente

callar y sufrir, resignándote con quietud en todo lo que el Señor interior y exteriormente te quiere mortificar, porque éste es el único medio para que tu alma llegue a ser capaz de las divinas influencias, mientras sufrieres la interior y exterior tribulación con humildad, quietud y paciencia, no las penitencias, ejercicios y mortificaciones que por tu mano puedes tomar.

45. Más estima el labrador las yerbas que planta en la tierra que aquellas que por sí solas nacieron, porque éstas no llegan jamás a sazonarse. Del mismo modo estima Dios con más caricia la virtud que siembra e infunde en el alma (mientras se halle sumergida en su nada, quieta, tranquila, retirada en su centro y sin ninguna elección) que todas las demás virtudes que pretende conquistar por su elección y propiedad.

46. Lo que importa es preparar tu corazón a manera de un blanco papel, donde pueda la divina sabiduría formar con caracteres a su gusto. ¡Oh qué grande obra será para tu alma estar en la oración las horas enteras, muda, resignada y humillada, sin hacer, sin saber ni querer entender nada!

CAPITULO VIII

PROSIGUE LO MISMO

47. Con nuevo esfuerzo te ejercitarás, pero de otro modo que hasta aquí, dando tu consentimiento para recibir las secretas y divinas operaciones, y para dejar te salvar y purificar de este divino Señor, que es el único medio para que quedes limpia y purgada de tus ignorancias y disoluciones; pero sabe que has de ser sumergida en un amargo mar de dolores y penas interiores y extremas, cuyo tormento te penetrará lo más íntimo del alma y del cuerpo.

48. Experimentarás el desamparo de las criaturas

y aun de aquellas de quienes más fiabas te habían de favorecer y compadecer en tus angustias. Se secarán los cauces de tus potencias sin poder hacer discurso alguno ni aun tener un buen pensamiento de Dios. El cielo te parecerá de bronce, sin recibir de él ninguna luz. Ni te consolará el pensamiento de haber llovido en tu alma en el tiempo pasado tanta luz y devoto consuelo.

49. Te perseguirán los enemigos invisibles con escrúpulos, con sugerencias libidinosas y pensamientos inmundos, con incentivos de impaciencia, soberbia, rabia, maldición y blasfemia del nombre de Dios, de sus sacramentos y santos misterios. Sentirás una gran tibieza, tedio y fastidio para las cosas de Dios, una obscuridad y tiniebla en el entendimiento, una pusilanimidad, confusión y apretura de corazón; una frialdad y flaqueza en la voluntad para resistir, que una pajita te parecerá una viga. Será tu desamparo tan grande, que te parecerá que para ti ya no hay Dios y que estás imposibilitado de tener un buen deseo, con que quedarás como entre dos paredes encerrada en continuo afán y apretura, sin tener esperanza de salir de tan tremenda opresión.

50. Pero no temas, que todo eso es necesario para purgar tu alma y darla a conocer su miseria, tocando con las manos la inquilación de todas las pasiones y desordenados apetitos con que ella se alegraba. Finalmente, hasta que el Señor te salve y purifique a su modo con estos interiores tormentos, no arrojarás el Jonás del sentido en el mar, por más que lo procure con tus exteriores ejercicios y mortificaciones, ni tendrás luz verdadera ni darás un paso en la perfección, con que te quedarás a los principios y tu alma no llegará a la amorosa quietud y suprema paz interior.

CAPITULO IX

NO SE HA DE INQUIETAR EL ALMA NI HA DE VOLVER ATRÁS EN EL ESPIRITUAL CAMINO POR VERSE COMBATIDA DE TENTACIONES.

51 Es tan vil, tan soberbio y ansioso nuestro propio natural, y tan lleno de su apetito y de su propio juicio y parecer, que si la tentación no le refrenara, sin remedio se perdería. Movido, pues, el Señor de compasivo, viendo nuestra miseria y perversa inclinación, permite que vengan varios pensamientos contra la fe, y horribles tentaciones y vehementes y penosas sugerencias de impaciencia, soberbia, gula, lujuria, rabia, maldición, desesperación y otras infinitas, para que nos conozcamos y nos humillemos. Con estas horribles tentaciones humilla aquella infinita bondad nuestra soberbia, dándonos en ellas la más saludable medicina.

52. *Todas nuestras obras*—dice Isaías (c. 64)—*son como los paños manchados* por las manchas de la vanidad, satisfacción y amor propio. Es necesario que se purifiquen con el fuego de la tribulación y tentación para que sean limpias, puras, perfectas y agradables a los divinos ojos.

53. Por eso el Señor purifica el alma que llama y quiere para sí con la lima sorda de la tentación. Con ella la limpia de la escoria de la soberbia, avaricia, vanidad, ambición, presunción y estima propias. Con ella la humilla, la pacifica y ejercita y hace conocer su miseria. Por ella purifica y desnuda el corazón, para que todas las obras que haga sean puras y de inestimable precio.

54. Muchas almas, cuando padecen estos penosos tormentos, se turban, se afligen y se inquietan, pareciéndoles que ya en esta vida comienzan a padecer los eternos castigos; y si por desgracia llegan al confesor que no

tiene experiencia, en vez de consolarlas, las deja confusas y embarazadas.

55. Es necesario creer, para no perder la paz interior, que es fineza de la divina misericordia cuando así te humilla, aflige y ejercita, pues por este medio llega tu alma a tener un profundo conocimiento de sí misma. juzgando que es la peor, la más mala y la más abominable de la tierra, con que vive humilde, baja y aborrecida de sí misma. ¡Oh qué dichosas serían las almas si se quietasen y creyesen que todas estas tentaciones son ocasionadas del demonio y recetadas de la divina mano para su ganancia y espiritual provecho!

56. Pero dirás que no es obra del demonio cuando te molesta por medio de las criaturas, sino efecto de la culpa del prójimo y de su malicia por haberte agraviado y ultrajado. Sabrás que ésa es otra inútil y solapada tentación, porque aunque Dios no quiere el pecado ajeno, quiere en ti su afecto y el trabajo que se te origina de la ajena culpa, para ver en ti logrado el bien de la paciencia.

57. Te hace un hombre una injuria, aquí hay dos cosas: el pecado de quien la hace y la pena que tú padeces; el pecado es contra la voluntad de Dios, y le desagrada, aunque lo permite; la pena es conforme a su voluntad, y la quiere para tu bien, y así la has de recibir como de su mano. La pasión y muerte de Cristo S. N. efectos fueron de la malicia y pecados de Pilatos, y es cierto la quiso Dios en su Hijo para nuestro remedio.

58. Mira cómo se sirve el Señor de la culpa ajena para el bien de tu alma. ¡Oh grandeza de la divina sabiduría! ¡Quién podrá investigar el abismo de vuestros secretos y los medios extraordinarios y caminos oscuros por donde conducís al alma que la queréis purgar, transformar y deificar!

En estos pasajes expone Molinos una de sus doctrinas más peligrosamente buídas: la interpretación del valor espiritual de las tentaciones. En ella, una vez admitidas sus conclusiones, a fuerza de escamoteo conceptual, se apoyará la base principal de la *Guía*.

CAPITULO X

PROSIGUE LO MISMO

59. Para que el alma sea habitación del Rey celestial, es necesario que esté limpia, sin género de mancha; por eso el Señor, como al oro, la purifica el fuego de la horrible y penosa tentación. Es cierto que nunca ama más ni cree el alma que cuando anda con estas tentaciones afligida y trabajada; porque aquellas dudas y recelos que la rodean, si cree o no cree, si consiente o no consiente, no son otra cosa que finezas del amor.

60. Bien claramente lo manifiestan los afectos que quedan en el alma, que de ordinario son un desabrimiento de sí misma, con un profundísimo conocimiento de la grandeza y omnipotencia de Dios. Una gran confianza en el Señor, que la ha de librar de todos los riesgos y peligros, con mucha mayor fortaleza en la fe, creyendo y confesando ser Dios el que da las fuerzas para sufrir el tormento que ocasionan estas tentaciones, porque fuera imposible resistir naturalmente un cuarto de hora, según la fuerza y vehemencia con que algunas veces aprietan.

61. Debes, pues, conocer que tu mayor felicidad es la tentación; y así, cuando más te apretare, has de alegrarte con paz, en vez de entristecerte, y agradecer a Dios el beneficio que te hace. El remedio que has de tener en todas esas tentaciones y abominables pensamientos

es despreciarlos con una sosegada disimulación, porque no hay cosa que más lastime al demonio, como soberbio, que verse despreciado y que no se hace caso de él ni de lo que nos trae a la memoria. Y así te has de portar con él como quien no lo oye, y has de estarte en tu paz, sin inquietarte y sin multiplicar razones y respuestas, porque no hay cosa más peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar.

62. Los santos, para llegar a serlo, por este penoso medio de la tentación pasaron, y cuanto más santos llegaron a ser, mayores tentaciones padecieron. Y aun después que llegaron a ser santos y perfectos, permite Dios Nuestro Señor sean tentados con vehementes tentaciones, para que sea mayor su corona y para reprimir en ellos el espíritu de la vanidad, o por no dar lugar a que entre, trayéndolos así seguros, humillados y desvelados del estado que tienen.

63. Finalmente, has de saber que la mayor tentación es estar sin tentación; y así, debes alegrarte mucho cuando te acometiere, y resistir a ella con paz, constancia y resignación, porque si quieres servir a Dios y llegar a la alta región de la interior paz, por esta penosa senda de la tentación has de pasar, con estas pesadas armas te has de vestir, en esta cruel y abominable guerra has de batallar y por este fuego abrasador te has de pulir, renovar y purificar.

CAPITULO XI

SE DECLARA QUÉ COSA SEA RECOGIMIENTO INTERIOR, Y CÓMO SE HA DE PORTAR EL ALMA EN ÉL Y EN LA ESPIRITUAL GUERRA CON QUE EL DEMONIO PROCURA PERTURBARLA EN AQUELLA HORA.

64. El recogimiento interior es fe y silencio en la presencia de Dios. Por aquí te has de habituar a reco-

gerte en su presencia con una atención amorosa, como quien se entrega y une a Dios con reverencia, humildad y sumisión, mirándole dentro de sí misma en lo más íntimo de tu alma, sin forma, especie, modo ni figura, en vista y general noticia de fe amorosa y obscura, sin alguna distinción de perfección o tributo.

65. Allí estarás con atención y vista sencilla, con advertencia tranquila y llena de amor a Dios, resignándote y entregándote en sus manos para que disponga y ordene en ti según su beneplácito, sin hacer reflexión a ti misma, ni aun a la misma perfección. Allí cerrarás los sentidos, poniendo en Dios el cuidado de todo tu bien, con una soledad y total olvido de todas las cosas de esta vida. Finalmente, la fe ha de ser pura, sin imágenes ni especies, sencilla, sin discursos y universal, sin reflexión de cosas distintas.

66. La oración de recogimiento interior está figurada en aquella lucha que dice la Escritura tuvo toda la noche con Dios el Patriarca Jacob, hasta que salió la luz del día y le bendijo; porque ha de perseverar y luchar con las dificultades que sintiere en el recogimiento interior, sin desistir hasta que le amanezca la luz y el Señor le dé su bendición.

67. Aun no bien te habrás entregado a tu Dios en este interior camino, cuando todo el infierno se conjurará contra ti; porque una sola alma recogida interiormente en su presencia hace más guerra a los enemigos que mil de las otras que caminan exteriormente, porque saben la infinita ganancia de un alma interna.

68. Más estimará Dios en el tiempo del recogimiento la paz y resignación de tu alma, en la variedad de pensamientos impertinentes, importunos y torpes, que los buenos propósitos y grandes sentimientos. El propio esfuerzo que harás para resistir los pensamientos sabe que es impedimento y dejará a tu alma más inquieta: lo que

importa es despreciarlos con suavidad, conocer tu miseria y ofrecer a Dios con paz la molestia.

69. Aunque no puedas salir del afán de los pensamientos, ni sientas voz, consuelo, ni espiritual sentimiento, no te aflijas, no dejes el recogimiento, porque son asechanzas del enemigo: resígnate entonces con fortaleza, padece con paciencia y persevera en su preferencia, que mientras de esta manera perseverares se aprovecha interiormente tu alma.

70. Pensarás, por salir seca de la oración, de la misma manera que la comenzaste, que es falta de preparación, y que no sacas fruto es seguro, porque el fruto de la verdadera oración no está en gustar de la luz, ni tener noticia de las cosas espirituales; pues éstas se pueden hallar en el entendimiento especulativo, sin la verdadera virtud y perfección; sólo está en padecer con paciencia y perseverar en fe y silencio, creyendo estás en la presencia del Señor, volviendo a tu corazón con quietud y pureza de intención, que mientras de esta manera perseverares tienes la única preparación y disposición que en este tiempo necesitas y cogerás infinito fruto.

71. Es muy ordinaria la guerra en este interior recogimiento. Dios por una parte te privará de la sensibilidad para probarte, humillarte y purgarte. Por otro te acometerán los enemigos invisibles con continuas sugerencias para inquietarte y estorbarte. Por otra te atormentará la misma naturaleza, enemiga siempre del espíritu, que en privándola de los gustos sensibles se queda floja, melancólica y llena de tedio, de manera que siente el infierno de todos los espirituales ejercicios, y especialmente en el de la oración, y así lo aflige sobremanera el deseo de acabarla, por la molestia de los pensamientos, por el cansancio del cuerpo, por el sueño importuno y no poder refrenar los sentidos, que cada uno por su parte quisiera seguir sin gustos. ¡Dichosa tú si en medio de este martirio perseveras!

72. Acredita todo esto, con su celestial doctrina, aquella gran doctora y mística, Santa Teresa, en la Epístola que escribió al Obispo de Osma para instruirle cómo se había de portar en la oración y en la variedad de pensamientos importunos que acometen en aquella hora, donde dice: "Es menester sufrir la importunidad del tropel de pensamientos e imaginaciones importunas e ímpetus de movimientos naturales, así del alma por la sequedad y desunión que tiene, como del cuerpo por la falta del rendimiento que al espíritu ha de tener." (Epístola 8.)

73. Estas llaman sequedades los espirituales; pero muy provechosas si se abrazan y sufren con paciencia. El que se enseñare a padecerlas sin rehusarlas sacará infinito provecho de este trabajo. Es cierto que en el recogimiento se desata mucho más el demonio con el combate de pensamientos para desbaratar la quietud del alma y apartar la de aquel dulcísimo y segurísimo trato interior, poniéndola horror para que la deje, yendo a ella, las más de las veces, como si la llevasen a un tormento rigurosísimo.

74. Con este conocimiento dijo la Santa en la carta referida: "Las aves, que son los demonios, pican y molestan al alma con las imaginaciones y pensamientos importunos y los desasosiegos que en aquella hora trae el demonio, llevando el pensamiento y derramándolo de una parte a otra; y tras el pensamiento se va el corazón, y no es poco el fruto de la oración sufrir estas molestias e importunidades con paciencia; esto es ofrecerle en holocausto, que es consumirse todo el sacrificio en el fuego de la tentación, sin que de allí salga cosa de él." Véase cómo alienta esta celestial Maestra a sufrir y padecer los pensamientos y tentaciones, porque mientras no se consientan doblan la ganancia.

75. Tantas cuantas veces te ejercitaras en arrojar con suavidad estos vanos pensamientos, otras tantas coronas te pone el Señor en la cabeza, y aunque te parece no haces

nada, desengáñate, que agrada al Señor mucho un buen deseo con firmeza y estabilidad en la oración.

76. "Porque el estar allí—concluye la santa—sin sacar nada, no es tiempo perdido, sino de mucha ganancia, porque se trabaja sin interés y por sólo la gloria de Dios, que aunque le parece que trabaja en balde, no es así, sino que acontece como a los hijos que trabajan en las haciendas de sus padres, que aunque a la noche no llevan jornal, al fin del año lo llevan todo." Mira cómo califica la santa nuestra enseñanza con su preciosa doctrina.

La precedente interpretación de los textos de Santa Teresa se prestaba, como nada, a captar al lector. Es preciso que éste concentre toda su atención, que mida escrupulosamente cuanto se le diga, para percibir el insensible paso de la verdad al engaño.

CAPITULO XII

PROSIGUE LO MISMO

77. No ama Dios más al que más hace, al que más siente, ni al que muestra más afecto, sino al que más padece, si adora con fe y reverencia, creyendo que está en la divina presencia. Es verdad que el quitarle al alma la oración de los sentidos y de la naturaleza le es riguroso martirio; pero el Señor se alegra y se goza en su paz, si así se está quieta y resignada. No quieras en este tiempo usar la oración vocal, porque aunque en sí es buena y santa, usarla entonces es declarar la tentación, con la cual pretende el enemigo no te hable Dios al corazón, con pretexto de que no tienes sentimientos y que pierdes el tiempo.

78. No mira Dios las muchas palabras, sino al fin si

es purificado. Su mayor contento y gloria en aquel tiempo es ver al alma en silencio, deseosa, humilde, quieta y resignada. Camina, persevera, ora y calla, que no hallarás sentimiento, hallarás una puerta para entrarte en tu nada, ni aun tener un buen pensamiento.

79. Cuantos han comenzado este dichoso trato de la oración y recogimiento interior y lo han dejado, tomando por pretexto el decir que no sienten ningún gusto, que pierden el tiempo, que los pensamientos les turban, que no es para ellos la oración, porque no hallan ningún sentimiento de Dios, ni pueden discurrir, pudiendo creer, callar y tener paciencia; todo lo cual no es otra cosa que con ingratitud ir a caza de los sensibles gustos, dejándose llevar del amor propio, buscándose a sí mismos y no a Dios, por no padecer un poco de pena y sequedad, sin atender a la infinita pérdida que hacen; pues por un mínimo acto de reverencia hecho a Dios en medio de la sequedad, reciben un eterno premio.

80. Dijo el Señor a la venerable madre Francisca López, valenciana, beata del tercer Orden de San Francisco, tres cosas de mucha luz sobre el recogimiento interior. La primera, que más aprovechaba al alma un cuarto de hora de oración con recogimiento de los sentidos y potencias y con resignación y humildad, que cinco días de ejercicios penales, de cilicios, disciplinas, ayunos y dormir en tablas; porque todo es afligir el cuerpo, y con el recogimiento se purifica el alma.

81. La segunda, que más le agrada a Su Majestad el darle el ánima en quieta y devota oración una hora que el ir a grandes peregrinaciones y romerías, porque en la oración aprovecha y así y a aquellos por quien ora, es de grande regalo a Dios y merece gran peso de la gloria; y en la peregrinación de ordinario se distrae el alma y derrama el sentido, enflaqueciéndole la virtud sin otros peligros.

82. La tercera, que la oración continua era tener siem-

pre entregado el corazón a Dios, y que para ser un alma interior había de caminar más con el afecto de la voluntad que con la fatiga del entretenimiento. Todo se halla en su vida. (Tomo II de la *Crónica de San Juan Bautista. Religiosos franciscos descalzos*, fol 687.)

83. Tanto cuanto el alma goza del amor sensible, tanto menos se goza Dios en ella; y al contrario, cuanto menos se goza el alma de este sensible amor, tanto más se goza Dios en ella. Y sabe que fijar en Dios la voluntad con la repulsa de pensamientos y tentaciones, con la mayor quietud que se puede, es alto modo de orar.

84. Concluiré este capítulo desengañándote del común error de los que dicen que en este interior recogimiento u oración de quietud no obran las potencias, y que está ociosa el alma sin ninguna actividad; es engaño manifiesto de poco experimentados, porque si bien no obra la memoria ni la segunda operación del sentimiento juzga, ni la tercera discurre, obra la primera y más principal operación del entendimiento por la simple aprehensión, ilustrado por la santa fe y ayudado de los distintos dones del Santo Espíritu. Y la voluntad atiende más a continuar un acto que a multiplicar muchos; sin bien, así el acto del entendimiento como el de la voluntad, son tan sencillos, imperceptibles y espirituales, que apenas el alma los conoce ni menos reflecta o los mira.

El extenso capítulo que sigue es enseñanza directa. Molinos expone en él, con los consabidos ejemplos y textos autorizados, la forma en que el alma ha de recogerse. Nada lo apartaría de la más pura ortodoxia si la glosa molinosista se atuviera al valor concreto de las palabras. Pero un continuo y fino equívoco de éstas le conduce en-

seguida a que el recogimiento místico se convierta en un aniquilamiento herético.

CAPITULO XIII

LO QUE DEBE HACER EL ALMA EN EL INTERIOR RECOGIMIENTO

85. Has de ir a la oración a entregarte del todo en las divinas manos con perfecta resignación, haciendo un acto de fe creyendo estás en la divina presencia, quedándote después en aquel santo ocio con quietud, silencio y sosiego, procurando continuar todo el día, todo el año y toda la vida en aquel primer acto de contemplación por fe y amor.

86. No has de ir a multiplicar estos actos ni a repetir sensibles afectos, porque impiden la pureza del acto espiritual y perfecto de la voluntad; pues a más de ser imperfectos estos suaves sentimientos (por la reflexión con que se hacen, por la satisfacción propia y consuelo exterior con que se buscan, saliéndose fuera del alma a las exteriores potencias) no hay necesidad de renovarlos, como dijo muy bien el místico Falconi en el siguiente símil:

87. "Si se diese a un amigo una rica joya, entregada una vez no hay necesidad de repetir la entrega diciéndole cada día: "Señor, aquella joya os doy; señor aquella joya os doy", sino dejársela estar allá y no querérsela quitar, porque mientras no se le quite o desee quitar siempre se le tiene dada."

88. Del mismo modo, hecha una vez la entrega y resignación amorosa en la voluntad del Señor, no hay sino continuarla, sin repetir nuevos y sensibles actos, mientras no le quites la joya de la entrega haciendo algo grave contra su divina voluntad, aunque te ejercites por afue-

ra en obras exteriores de tu vocación y estado, porque en ellos haces la voluntad de Dios y andas en continua y virtual oración. Siempre ora—dijo Teofilato—el que hace cosas buenas, ni deja de orar sino cuando deja de ser justo.

89. Debes, pues, despreciar todas estas sensibilidades para que tu alma se establezca y haga el hábito interior del recogimiento, el cual es tan eficaz, que sola la resolución de ir a la oración desvela una viva presencia de Dios, la cual es la preparación de la oración que se va a hacer, o, por mejor decir, no es otra cosa que una continuación más eficaz de la oración continua, en la cual debe establecerse el contemplativo.

90. ¡Qué bien practicó esta lección la venerable madre de Cantal, hija espiritual de San Francisco de Sales y fundadora en Francia de la Orden de la Visitación, en cuya vida (fol. 92) se hallan las siguientes palabras, escritas a su santo maestro: “Carísimo padre: Yo no puedo hacer acto alguno; siempre me parece que esta disposición es más firme y segura; mi espíritu en la parte superior se halla en una simplicísima unidad; no se une, porque cuando quiere hacer actos de unión (lo que procura muchas veces), se siente dificultad y claramente conoce que no puede unirse, sino estar unido. Quisiera servirse el alma de esta unión para ejercicio de la mañana, de la santa misa, preparación a la comunión y de nacimiento de gracias; y finalmente, quisiera para todas las cosas estar siempre en aquella simplicísima unidad de espíritu, sin mirar a otra cosa.” A todo esto responde el santo maestro aprobándolo y persuadiéndola a que continúe, acordándola que el reposo de Dios está en la paz.

91. En otra ocasión escribió al mismo santo estas palabras: “Moviéndome a hacer actos más especiales de mi sencilla vista, total resignación y aniquilación en Dios, su infinita bondad me respondió y dió a entender que esto

sólo procedía de mí misma, y que con ello ofendía a mi alma." (*En su vida*, fol. 92.)

92. Con lo cual te desengañarás y conocerás cuál es el perfecto y espiritual modo de orar, y quedarás advertida de lo que debes hacer en el recogimiento interior, y sabrás que importa para que el amor sea perfecto y puro, cercenar la multiplicación de los sensibles y fervorosos actos, quedándose el alma quieta y con reposo en aquel silencio interno. Porque la ternura, la dulzura y los suaves sentimientos que siente el alma en la voluntad, no es puro espíritu, sino acto mezclado con lo sensible de la naturaleza. Ni es amor perfecto, sino sensible gusto el que embaraza y daña al alma, según dijo el Señor a la venerable madre de Cantal.

93. ;Qué dichosa será tu alma y qué bien empleada estará si entra dentro y se está con su nada allá en el centro y parte superior, sin advertir lo que hace; si está recogida o no; si la va bien o la va mal; si obra o no obra; sin mirar, ni cuidar, ni atender a cosa de sensibilidad! Entonces crece el entendimiento con acto puro y ama la voluntad con amor perfecto, sin género de impedimento, imitando aquel acto puro y continuado de contemplación y amor que dicen los santos tienen los bienaventurados en el cielo, sin más diferencia que verle ella allá cara a cara y aquí el alma con el velo de la fe obscura.

94. ;Oh qué pocas son las almas que llegan a este perfecto modo de orar, por no penetrar bien este interior recogimiento y silencio místico, y por no desnudarse de la imperfecta reflexión y sensible gusto! ;Oh si tu alma se arrojase sin cuidadosa advertencia aún de sí misma a aquel santo y espiritual ocio, y dijese con San Agustín: *Sileat anima mea et transeat se, non se cogitando!* (*En sus confesiones*, lib. IX, cap. 10.) Calle y no quiera hacer ni pensar en nada mi alma; olvídense de sí misma y anéguese en esa fe obscura: ;qué segura y qué ganada es-

taría, aunque le parezca, por verse en la nada, que está perdida!

95. Corone esta doctrina la epístola que escribió la ilustrada madre Cantal a una gran sierva de Dios: "Concediéndome la divina bondad—dice la ilustrada madre—esta manera de oración, que con una sencilla vista de Dios me sentía en él toda entregada, embebida y sosegada, continuóme siempre esta gracia, aunque por mi infidelidad me haya opuesto, dando lugar al temor y creyendo ser útil en este estado; por cuya causa, creyendo yo por mi parte hacer alguna cosa, lo echaba a perder todo, y aun de presente me siento tal vez combatida del mismo temor, si bien no es en la oración, sino en los otros ejercicios, en los cuales quiero yo siempre obrar un poco, haciendo actos, aunque conozco muy bien que haciéndolo salgo de mi centro, y veo con especialidad que esta sencilla vista de Dios es también mi único remedio y ayuda en todos mis trabajos, tentaciones y sucesos de esta vida.

96. "Y, ciertamente, si yo quisiese seguir mi impulso interno, no usaría otro medio en todas las cosas, sin excepción de ninguna; porque cuando pienso fortificar mi alma con actos, discursos y resignaciones, entonces me expongo a nuevas tentaciones y trabajos. A más, yo no lo puedo hacer sin gran violencia, la cual me deja a secas; y así me es necesario volver con presteza a esta sencilla resignación, conociendo que Dios me hace ver en este modo que él quiere que totalmente se impidan operaciones de mi alma, porque su divina actividad lo quisiera obrar todo. Y por ventura no tiene de mí otra cosa que esta única vista en todos los espirituales ejercicios, en todas las penas, tentaciones y aflicciones que me puede suceder en esta vida. Y es la verdad que cuanto más tengo mi espíritu quieto con este medio, tanto mejor me sale todo, desvaneciéndose luego todas mis

aflicciones. Y mi beato padre San Francisco de Sales me lo aseguró muchas veces.

97. "Nuestra difunta madre superiora me estimulaba a estar firme en esta vía y a no temer nada en esta sencilla vista de Dios; decíame que esto bastaba y que cuanto mayor es la desnudez y quietud en Dios, mayor suavidad y fuerza recibe el alma, la cual debe procurar ser tan pura y sencilla, que no tenga más apoyo que un solo Dios.

98. "A este propósito se me ofrece que pocos días hace me comunicó Dios una luz, la cual se me estampó de manera como si desnudamente lo viera; y es que yo no debo jamás mirarme a mí misma, sino caminar a ojos cerrados, apoyada en mi amado, sin querer ver ni saber el camino por el cual me guía, ni pensar en nada, ni aun pedirle gracias, sino estarme sencillamente toda perdida en El." Hasta aquí aquella mística e ilustrada Maestra, con cuyas palabras se acredita nuestra doctrina.

Ya sometida el alma, atada de voluntad al influjo divino, se mantiene en oración o contemplación. Si el pensamiento, rebelde, se obstina en contenidos profanos, no hay que preocuparse, una vez hecho el propósito de recogimiento. Dios es el que ha de hacer ascender el alma desde el polo de meditación al de contemplación. Al alma le satisfará su voluntad el no tenerla. El silencio interno será su única defensa contra el mundo exterior. Para conseguirlo, no es suficiente que el alma esté quieta, sin volición alguna. Es menester no hablar, no desear, no pensar. El espíritu prisionero y, además, insensible. Este es el ideal de Molinos en los capítulos que siguen. Pero aún ha

de llegar a la perfecta aniquilación del alma en un simplista razonamiento, pueril en sus ejes: no puede pecar el alma si se llega a lograr que no exista. Porque mientras exista, el pecado y ella son inseparables.

CAPITULO XIV

SE DECLARA CÓMO PUESTA EL ALMA EN LA PRESENCIA DE DIOS, CON PERFECTA RESIGNACIÓN POR EL ACTO PURO DE FE, VA SIEMPRE EN LA ORACIÓN Y FUERA DE ELLA EN VIRTUAL Y ADQUIRIDA CONTEMPLACIÓN.

99. Dirásme, como me han dicho muchas almas, que hecha la entrega de mí misma con perfecta resignación en la presencia de Dios, por el acto puro de fe ya referido, que no mereces ni aprovechas, porque el pensamiento se divierte de manera especialmente fuera de la oración, que no puede estar fijo en Dios.

100. No te desconsueles, porque no pierdes el tiempo, ni el mérito, ni dejas tampoco de estar en oración; porque no es necesario que en todo aquel tiempo del recogimiento estés pensando actualmente en Dios; basta haber tenido la atención al principio, mientras no te diviertas de propósito ni revoques la actual intención que tuviste. Como el que oye misa y reza el divino oficio, que cumple muy bien con su obligación, en virtud de aquella primera intención actual, aunque después no persevere teniendo actualmente fijo el pensamiento en Dios.

101. Así lo asegura con las siguientes palabras el angélico doctor Santo Tomás: *Sólo aquella primera intención y pensamiento en Dios que al principio tuvo el que ora, tiene valor y fuerza para todo lo demás del tiempo, sea verdadera oración impetratoria y meritoria, aunque todo ese tiempo de más que dura la oración no*

haya actual consideración en Dios. (2-2 qu. 82, art. 13, ad. I.) Mira si puede el santo hablar más claro a nuestro intento.

102. De manera que siempre dura la oración—dice Santo Tomás—aunque ande vagueando con infinitos pensamientos la imaginación, si no los quiere ni deja el lugar ni la oración, ni muda su primera intención de estar con Dios. Y es cierto que no lo muda mientras no deja el lugar; con que se infiere, en buena doctrina, que persevera en la oración, aunque la imaginativa ande revolando con varios e involuntarios pensamientos. “En espíritu y en verdad—dice el Santo en el lugar citado—ora el que va a la oración con el espíritu e intento de orar, aunque después por su flaqueza y miseria ande vagueando con el pensamiento: *Evagatio vero mentis quæ sin præter propositum, orationis fructum non tollit.*”

103. Pero me dirás que por lo menos no te has de acordar en aquel tiempo de que estás en la presencia de Dios, diciéndole muy de ordinario: *Vos, Señor, estáis dentro de mí, y quisiera darme toda a Vos.* Respondo que no hay necesidad, porque tú tienes voluntad de hacer oración, y a ese fin fuiste a aquel lugar. La fe y la intención te bastan, y éstas siempre perseveran, y cuanto más sencilla es esta memoria sin palabras ni pensamientos, tanto es más pura, espiritual, interior y digna de Dios.

104. ¿No sería despropósito y respeto si estando en la presencia del Rey le dijese de cuando en cuando: *Señor, no creo que está aquí vuestra majestad?* Eso mismo es lo que sucede; por el ojo de la pura fe ve el alma a Dios, le cree y está en su presencia, y así, cuando el alma cree, no tiene necesidad de decir: *Mi Dios, Vos estáis aquí,* sino de creer como cree, pues en llegando el tiempo de la oración, la fe y la intención le gustan y llevan a contemplar a Dios por medio de la pura fe y perfecta resignación.

105. De suerte que mientras no retractes esa fe e intención de estar resignada, siempre dudas en fe y en resignación, y, por consiguiente, en oración y virtual y adquirida contemplación, aunque no lo sientas, ni hagas memoria, ni nuevos actos, ni recuerdos, el uno por la profesión, diciendo: yo soy religioso; la otra, por el matrimonio, diciendo: yo soy casada; y el otro, por el bautismo, diciendo: yo soy cristiano, no por eso dejan de estar siempre bautizado el uno, casada la otra y profesó el otro. Sólo estarán obligados el cristiano a hacer buenas obras en prueba de su fe, y a creer más con los efectos que con las palabras; la casada a dar señales de la fidelidad que prometió a su esposo; el religioso, de la obediencia que ofreció a su superior.

106. De la misma manera el alma interior, resuelta una vez a creer que Dios está en ella, y a resignarse, y a no querer ni obrar sino por Dios y a la presencia de Dios, se debe contestar con esa su fe e intención de todas sus obras y ejercicios, sin formar ni repetir nuevos actos de esa fe ni de esa resignación.

CAPITULO XV

PROSIGUE LO MISMO

107. No solamente sirve esta verdadera doctrina para el tiempo de la oración, sino también para después de ella, de noche, de día y a todas horas y en todos los ejercicios cotidianos de tu vocación, obligación y estado. Y si me dijeres que muchas veces no te acuerdas entre día de renovar la resignación, respondo que, aunque parece que te diviertes de ella por atender a tus ocupaciones cotidianas de tu oficio, como estudiar, leer, predicar, comer, beber, negociar y otras semejantes, te engañas, que no por eso sales de ella ni dejas de hacer la voluntad

de Dios ni de andar en virtual oración, como dice Santo Tomás.

108. Porque todas esas ocupaciones no son contra su voluntad ni contra su resignación; porque es cierto quiere Dios que comas, estudies, trabajos, negocies, etc., y así, por atender esos ejercicios, que son de tu voluntad y agrado, no sales de su presencia ni de tu resignación.

109. Pero si en la oración o fuera de ella te divirtieses y distrayeres voluntariamente, dejándote llevar de alguna pasión con advertencia, será bien entonces volverte a Dios y a su divina presencia, renovando el puro acto de fe y de resignación; pero no hay necesidad de hacer esos actos cuando te hallares con sequedad, porque la sequedad es buena y santa, y no puede, por más rigurosa que sea, quitarle al alma la divina presencia que está en la fe establecida. Jamás has de llamar a la sequedad distracción, porque en los principiantes es falta de sensibilidad y en los aprovechados es abstracción, por cuyo medio si la abrazas con constancia, estándote quieta en tu nada, se exteriorizará tu alma y obrará el Señor en ella maravillas.

110. Procura, pues, desde que sales de la oración hasta que vuelvas a ella, no distraerte ni divertirte, sino andar resignada totalmente en la voluntad de Dios, para que haga y deshaga de ti y de todas tus cosas según su divino beneplácito, fiándote de él como de amoroso padre. No revoques jamás intención, y aunque te ocupes en las obligaciones del estado en que Dios te ha puesto, andarás siempre en oración, en la presencia de Dios y en perpetua resignación. Por eso dijo San Juan Crisóstomo: *El justo no deja de orar, si no es que deja de ser justo; siempre ora el que siempre obra bien, y el buen deseo es oración; y si es continuo el deseo, es también continua la oración.* (*Super 5, ad., Thesalom.*)

111. Todo lo entenderás en este claro símil. Cuando

una persona comienza a caminar para ir a Roma, todos los pasos que da son voluntarios; y con todo eso, no es necesario que a cada paso manifieste su deseo ni haga nuevo acto de voluntad diciendo: *Quiero ir a Roma, voy a Roma*; porque en virtud de aquel primer acto que tuvo de caminar a Roma, persevera siempre en él la voluntad de manera que camina sin decirlo, aunque no camina sin quererlo. Y aún experimentarás claramente que este caminante, con sólo un acto de voluntad y un querer, camina, habla, oye, ve, come y discurre y hace otras diversas operaciones, sin que éstas le interrumpen la primera voluntad ni aun el actual caminar a Roma.

112. De la misma manera pasa en el alma contemplativa: hecha una vez la determinación de hacer la voluntad de Dios y de estar en su presencia, se mantiene continuamente en ese acto mientras no le revoque, aunque se ocupe en oír, hablar, comer y cualesquiera obras y ejercicios exteriores de su vocación y estado. Todo lo dijo en pocas palabras Santo Tomás de Aquino: *Non enim oportet quod qui propter Deum aliquod iter arripuit, id qualibet parte itineris de Deo cogitee actu.* (*Contra Gentil*, lib. III, c. 138, núms. 2 y 3.)

113. Dirás que todos los cristianos van en este ejercicio porque todos tienen fe y pueden, aunque no sean interiores, ejecutar esta doctrina, especialmente los que caminan por el exterior camino de meditación y discurso. Es verdad que tienen fe todos los cristianos, y con especialidad los que meditan y consideran; pero la fe de los que caminan por la vía interior es muy diferente, porque es fe pura, universal e indistinta y, por consiguiente, más práctica, más viva, eficaz e ilustrada; porque el Espíritu Santo alumbra más al alma más dispuesta, y siempre lo está más la que tiene recogido el entendimiento, porque a la medida del recogimiento alumbra el Divino Espíritu. Y aunque es verdad que en la meditación comunica Dios alguna luz, pero es tan escasa y di-

ferente de la que comunica al entendimiento recogido en fe pura y universal, como la que hay de dos o tres gotas de agua a la de un mar, porque en la meditación se le comunican una, dos o tres verdades particulares; pero en el recogimiento interior y ejercicio de fe pura y universal es un mar de abundancia, la sabiduría de Dios que se le comunica en aquella obscura, simple, general y universal noticia.

114. Es también la resignación más perfecta en estas almas, porque nace de la interior e infusa fortaleza, la cual crece al paso que se continúa el interior ejercicio de la fe pura, con silencio y resignación. A la manera que crecen los dones del Divino Espíritu en las almas contemplativas, que aunque se hallan también estos divinos dones en todos los que están en gracia, pero son como muertos y sin fuerza y con casi infinita diferencia de aquellos que reinan en los contemplativos por su ilustración, viveza y eficacia.

115. Por donde te desengañarás que el alma interior que tiene el hábito de ir cada día a sus horas señaladas a la oración con la fe y resignación que te he dicho va continuamente en la presencia de Dios. Esta importante y verdadera doctrina la enseñan todos los experimentados y místicos maestros, porque todos tuvieron un mismo maestro, que es el Divino Espíritu.

Anteriores razonamientos de doble vuelta han obligado lentamente al lector a admitir conclusiones imposibles de esquivar ya. La pendiente ha sido tan suave, que cuando repara en su situación se halla ya al fin de ella. Es imposible retroceder. Ha llegado ya a enfrentarse con la base de la mística molinosista: la unión volitiva del alma

y la Divinidad. Pero es preciso que se le adiestre en ello, y lo procura en las páginas siguientes.

CAPITULO XVI

MODO CON QUE SE PUEDE ENTRAR EN EL RECOGIMIENTO INTERIOR POR LA SANTÍSIMA HUMANIDAD DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

116. Hay dos maneras de espirituales totalmente opuestos. Unos dicen que siempre se han de meditar y considerar los Misterios de la pasión de Cristo. Otros, dando en un extremo opuesto, enseñan que la meditación de los Misterios de la vida, pasión y muerte del Salvador no es oración, ni aun su memoria; que sólo se ha de llamar oración la alta elevación en Dios, cuya divinidad contempla el alma en quietud y silencio.

117. Es cierto que Cristo, Señor nuestro, es la guía, la puerta y el camino, según El mismo lo dijo por su boca: *Ego sum via, veritas et vita*. (Juan XXIV.) Y que primero que el alma esté idónea para entrar en la presencia de la divinidad y para unirse con ella, se ha de lavar con la preciosa sangre del Redentor y se ha de adornar con la riqueza de su pasión.

118. Es Cristo, Señor nuestro, con su doctrina y ejemplo, la luz, el espejo, la guía del alma, el camino y única puerta para entrar en aquellos pastos de la vida eterna y mar inmenso de la divinidad. De donde se infiere que no se ha de borrar del todo la memoria de la pasión y muerte del Salvador. Y es también cierto que por la más alta elevación de mente a que haya llegado el alma ha de separar del todo la santísima humanidad.

119. Pero no se infiere de aquí que el alma que está enseñada al interior recogimiento, aquella que ya no puede discurrir, haya de estar siempre meditando y consi-

derando, como dicen los otros espirituales, en los santísimos Misterios del Salvador. Es santo y bueno meditar, y pluguiese a Dios que todos los del mundo lo ejercitasen. Y deben también al alma que con facilidad medita, discurre y considera dejarla en ese estado y no sacarla de otro más alto mientras en el de la meditación halla cebo y provecho.

120. A Dios sólo toca, y no a la guía, el pasar al alma de la meditación a la contemplación, porque si el Señor no la llama con su especial gracia a este estado de oración, no hará nada la guía con toda su sabiduría y documentos.

121. Para dar, pues, en el medio y en la seguridad, y huir de estos dos extremos tan opuestos que ni se ha de borrar ni separar del todo la humanidad, ni se ha de tener continuamente delante de los ojos, habemos de suponer que hay dos maneras de atender a la santa humanidad para entrar por la divina puerta que es Cristo, bien nuestro.

122. La primera, considerando los Misterios y meditando las acciones de la vida, pasión y muerte del Salvador. La segunda, pensando en El por la aplicación del entendimiento, por la pura fe, o mediante la memoria. Cuando el alma se va perfeccionando e internando por el recogimiento interior, después de haber meditado algún tiempo los Misterios, de los cuales ya está informada, entonces conserva la fe y el amor al Encarnado Verbo, estando dispuesta a hacer por su amor cuanto le inspire, obrando según sus preceptos, aunque no los tenga siempre delante de los ojos. Como si a un hijo le dijiesen que no debe nunca desamparar a su padre, no por esto le quieren obligar a tener siempre los ojos fijos en él, sino a considerarlo siempre en su memoria para atender a su tiempo y ocasión a lo que debe.

123. El alma, pues, que entró en el recogimiento interior por parecer de la experimentada guía, no tiene

necesidad de entrar por la primera puerta de la meditación de los Misterios, estando continuamente meditando en ellos, porque ni lo podrá hacer sin gran fatiga del entendimiento, ni tiene necesidad de esos disgustos, porque esos sólo sirven de medios para llegar a creer lo que ya llegó a alcanzar.

124. El modo más noble, el más espiritual y el más propio de estas almas aprovechadas en el recogimiento interior para entrar por la humanidad de Cristo, Señor nuestro, y conservar su memoria, es el de la segunda manera, mirando esta humanidad y su pasión por un acto sencillo de fe, sumándola y acordándose que es el tabernáculo de la divinidad, el principio y el fin de nuestra salvación y que por nuestro amor nació y llegó afrentosamente a morir.

125. Este es el modo que hace aprovechar a las almas interiores, sin que esta santa, piadosa, veloz e instantánea memoria de la humanidad les pueda servir de embarazo para el curso del interior recogimiento; si ya no es cuando entra en la oración se siente el alma recogida, porque entonces será mejor continuar el recogimiento y mental exceso; pero no hallándose recogida, no le impide a la más alta y elevada alma, a la más abstraída y transformada, el sencillo y veloz remedo de la humanidad el Divino Verbo.

126. Este es el modo que asegura Santa Teresa en la contemplativa, y el que destierra las opiniones ruidosas de algunos escolásticos. Este es el camino recto, seguro y sin peligro, y el que el Señor ha enseñado a muchas almas para llegar al descanso y santo ocio de la contemplación.

127. Póngase, pues, el alma cuando entra al recogimiento a las puertas de la divina misericordia, que es la amorosa y suave memoria de la cruz y pasión de aquel Verbo humanado y muerto de amor. Estaré allí con humildad resignada en la divina voluntad, para cuanto

quisiere hacer de ella Su Majestad. Y si de esta santa y dulce memoria es luego llevado al olvido, no hay necesidad de hacer nueva repetición, sino de estarse en silencio y quietud en la presencia del Señor.

128. Maravillosamente favorece San Pablo nuestra doctrina en la epístola que escribió a los colosenses, en donde les exhorta a ella, y a nosotros que si comemos, o bebemos, o hacemos alguna cosa, sea en nombre de Jesucristo y por su amor. *Omne quodcunque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domine Jesu Christi facite, gratias agentes Deo et Patris per ipsum.* (Paul ad., Colos III, v. 17.) Quiera Dios que todos comencemos por Jesucristo y que sólo en El y por El lleguemos a la perfección.

CAPITULO XVII

DEL SILENCIO INTERNO Y DEL MÍSTICO

129. Tres maneras hay de silencio. El primero es de palabras; el segundo, de deseos, y el tercero, de pensamientos. En el primero, de palabras, se alcanza la virtud; en el segundo, de deseos, se consigue la quietud; en el tercero, de pensamientos, el interior recogimiento. No hablando, no deseando, no pensando, se llega al verdadero y perfecto silencio místico, en el cual habla Dios con el ánima, se comunica y la enseña en su más íntimo fondo la más perfecta y alta sabiduría.

130. A esta interior soledad y silencio místico la llama y conduce cuando la dice que la quiere hablar a solas, en lo más sereto e íntimo del corazón. En este silencio místico te has de entrar si quieres oír la suave, interior y divina voz. No te basta huir del mundo para alcanzar este tesoro, ni el renunciar sus deseos, ni el despego de todo lo criado, si no te despegas de todo deseo y pensamiento. Reposa en este místico silencio y abrirás

la puerta para que Dios se te comuniqué, te una consigo y te transforme.

131. La perfección del alma no consiste en hablar ni en pensar mucho en Dios, sino en amarle mucho. Alcánzase este amor por medio de la resignación perfecta y el silencio interior. Todo es obras; el amor de Dios tiene pocas palabras. Así lo encargó y confirmó San Juan Evangelista: *Filioli mei non diligamus verbo, neque lingua, set opere et veritate.* (Epíst. I, c. III, ver. 18.)

138. Ahora te desengañarás que no está el amor perfecto en los actos amorosos ni en las tiernas jaculatorias, ni aun en los actos internos con que tú le dices a Dios que le tienes infinito amor y que le amas más que a ti misma. Podrá ser que entonces te busques más a ti y a tu amor que al verdadero y de Dios, porque obras son amores y no buenas razones.

133. Para que una racional criatura entienda tu deseo, tu intención y lo que tienes escondido en el corazón, es necesario que se lo manifiestes con palabras; pero Dios, que penetra los corazones, no tiene necesidad de que tú se lo afirmes y asegures, ni se paga, como dice el Evangelista, del amor de palabra y lengua, sino del verdadero y de obra. ¿Qué importa el decirle con grande conato y fervor que le amas tierna y perfectamente sobre todas las cosas, si en una palabra amarga y leve injuria no te resignas ni por su amor te mortificas? Prueba manifiesta que era tu amor de lengua y no de obra.

134. Procura con silencio resignarte en todo, que de ese modo, sin decir que le amas, alcanzarás el amor perfecto, el más quieto, eficaz y verdadero. San Pedro dijo al Señor con grande afecto que por su amor perdería de muy buena gana la vida, y a una palabra de una mozueta le negó y se acabó el fervor. (Mat., cap. XXVI.) La Magdalena no habló palabra, y el mismo Señor, enamorado de su amor perfecto, se hizo su cronista, diciendo que amó mucho. (Lucas, cap. VII.) Allá en lo inte-

rior, con el silencio mudo, se ejercitan las más perfectas virtudes de fe, esperanza y caridad, sin que haya necesidad de irle diciendo a Dios que le amas, que esperas y le crees, porque este Señor sabe mejor que tú lo que interiormente haces.

135. ¡Qué bien entendió y practicó este acto puro de amor aquel profundo y gran místico, el venerable Gregorio López, cuya vida era toda una continua oración y un continuo acto de contemplación y amor de Dios, tan puro y celestial, que no daba parte jamás a los afectos y sensibles sentimientos!

136. Después de haber continuado por espacio de tres años aquella jaculatoria: *Hágase tu voluntad en tiempo y eternidad*, repitiéndola tantas veces como respiraba, le enseñó Dios aquel infinito tesoro del acto puro y continuo de fe y amor, con silencio y resignación, que llegó a decir él mismo que en treinta y seis años que después vivió continuó siempre en su interno este acto puro de amor, sin decir jamás un ¡ay!, ni una jaculatoria, ni nada que fuera sensible y de la Naturaleza. ¡Oh serafín encarnado y varón endiosado! ¡Qué bien supiste penetrar en este interior y místico silencio y distinguir el hombre interior del exterior!

Bien comprendía Molinos que el espíritu de mayor temple fanático había de retroceder rendido en esta lucha consigo mismo. El alma más negativa habría de resistirse al logro de sus doctrinas, como se resiste todo lo existente a desaparecer, y era imprescindible una potencia exterior que mantuviera tenso el espíritu hasta saltarse roto en un suicidio de la voluntad. El había sido esta fuerza externa con sus fieles, el Cirineo de

su calvario de aniquilamiento de aquello que acerca al hombre a la divinidad. Los fieles que no pudiera seguir él, necesitaban, como los suyos, un director espiritual, un diestro profesór de la vida interna. He aquí una de las grandes preocupaciones molinosistas, cuya importancia explica las extensas páginas que siguen, dedicadas a depurar el concepto quietista de padre espiritual. En estas disquisiciones frágiles a fuerza de sutilidad, de vigilia de estilo, es digna de seguir la evolución de artilugio por que pasa el concepto de amor al prójimo, para confundirse con amor propio y llegar a transformarse en egoísmo. Se diría que el razonamiento interpretativo de los conceptos es como un vuelo de ideas invisible, transparente, que cruza con pasmosa desenvoltura el azul del cielo de la lógica.

LIBRO II

Del padre espiritual y su obediencia, del celo indiscreto y de las penitencias interiores y exteriores.

CAPITULO I

PARA VENCER LAS ASTUCIAS DEL ENEMIGO, EL MEJOR MEDIO ES SUJETARSE A UN PADRE ESPIRITUAL

I. De todas maneras conviene elegir un maestro experimentado en la vida interior, porque Dios no quiere hacer con todos lo que hizo con Santa Catalina de Sena, tomándolos de la mano para enseñarlos inmediatamente

el camino místico. Si para los pasos de la Naturaleza hay necesidad de maestro y guía, ¿qué será para los pasos de gracia? Si para lo exterior y aparente es menester maestro, ¿qué será para lo interior y secreto? Si para la Teología moral, escolástica y expositiva, que claramente se enseñan, ¿qué será para la mística, secreta, reservada y obscura? Si para el trato y obras políticas y exteriores, ¿qué será para el interior trato con Dios?

2. Es también necesaria la guía para resistir y desvanecer las astucias de Satanás. Muchas razones dió San Agustín, porque Dios ordenó que en su Iglesia presidiesen por luces doctores y maestros, hombres de la misma naturaleza. Lo principal es para librarnos de las astucias del enemigo, porque si dejara por norte de nuestras acciones al propio dictamen e impulso natural, tropezáramos por instantes y diéramos de ojos en mil abismos, como les sucede a los herejes y arrogantes. Si nos diera ángeles por maestros, nos deslumbraran los demonios que se transfiguran en ángeles de luz. Y así convino que Dios nos diera por guías y consejeros hombres como nosotros. Y si esta guía es experimentada, luego conoce las sutiles y diabólicas astucias, y en siendo conocidas, por su poca substancia, quedan brevemente desvanecidas.

3. Antes que se elija el padre espiritual se ha de pensar bien y se ha de hacer oración, porque es materia gravísima y ha de venir de la mano de Dios; pero elegido, no se ha de dejar sino por urgentísimas causas, como son no entender los caminos y estados por donde Dios lleva el alma, porque ninguno puede enseñar lo que no sabe, según regla de Filosofía.

4. Y si no comprende, como dice San Pablo (*Ad Cor.*, II, 14), las cosas del espíritu de Dios, será para él ignorancia, porque se han de examinar espiritualmente, y le falta la experiencia; pero el espiritual, el experimentado, todo lo ve claramente y lo juzga como es.

El no ser, pues, experimentada la guía, es la principal causa para dejarla y elegir otra que lo sea, porque sin ella no se aprovecha el alma.

5. Para pasar de un estado malo al bueno, no hay necesidad de consejo; pero pasar del bueno al mejor, es necesario tiempo, oración y consejo, porque no todo aquello que es bueno en sí es para cada uno en particular mejor, ni todo lo que es bueno para uno es bueno para todos: *Non omnibus omnia expediunt* (*Eclesias.*, XXXVII, 31). Unos son llamados por camino exterior y ordinario, otros por el interior y extraordinario, y no todos están en un estado siendo tantos y tan varios los del camino místico; y es imposible pueda nadie dar un paso por sus secretas e interiores sendas sin la experimentada guía, porque en vez de caminar derecho, dará en el precipicio.

6. Cuando el alma anda con temores en el acierto de su camino y desea totalmente librarse de ellos, la sujeción a un padre espiritual experimentado es el medio más seguro, porque con la luz interior descubre con claridad cuál sea tentación y cuál inspiración, y distingue los movimientos que nacen de la naturaleza del demonio y de la misma alma, la cual debe sujetarse en todo a quien tiene experiencia y le puede descubrir los apegos, idolillos y malos hábitos que la embarazan el vuelo, porque de este modo no sólo se librá de las diabólicas astucias, pero caminará más en un año que caminaría en mil con otra guía sin experiencia.

7. En la vida del iluminado padre fray Juan Taulero se refiere cómo aquel secular que le adelantó en el estado de la perfección dice de sí mismo que, desengañado del mundo y deseoso de ser santo, se dió a una grande abstinencia, hasta que una noche, de enfermo y debilitado, quedó dormido, y en el sueño oyó una voz del cielo que le decía: "Hombre de tu propia voluntad, si antes de tiempo tú mismo te mataras, te darás a ti mismo acer-

bas penas." Lleno de terror se fué a un desierto y comunicó su camino y abstinencia con un santo anacoreta, el cual, por disposición del cielo, le sacó de aquel engaño diabólico. Díjole que hacía su abstinencia por agradecer a Dios. Preguntóle el anacoreta que con qué consejo la hacía, y habiéndole dicho que con ninguno, respondió que le era manifiesta tentación del demonio. Aquí abrió los ojos, y desengañado de su perdición, vivió siempre con consejo de padre espiritual; y asegura él mismo que en siete días le dió más luz que cuantos libros se han estampado.

CAPITULO II

PROSIGUE LO MISMO

8. Hay una gran ventaja en tener maestro en el camino místico a servirse de los espirituales libros, porque el maestro práctico dice a su tiempo lo que se debe hacer y en el libro se leerá aquello que menos convendrá, y de esta manera falta del documento necesario. Hácense también con los libros místicos muchas apreciaciones falsas, pareciéndole al alma tener lo que en la verdad no tiene, y estar más adelante en el estado místico de lo que ha llegado, de donde nacen muchos perjuicios y riesgos.

9. Es cierto que la lección frecuente de los libros místicos, que no se funda en luz práctica, sino en pura especulativa, hace más mal que bien, porque confunde las almas en vez de alumbrarlas, y las llena de noticias discursivas que embarazan sumamente, porque aunque son noticias de luz, entran por fuera y embotan las potencias en lugar de vaciarlas para que Dios las llene de sí mismo. Muchos leen continuamente en estos libros especulativos por no quererse sujetar a quien les puede dar luz de que no les conviene semejante lección, porque

es cierto que si se sujetan y la guía tiene experiencia, no lo permitirá, y entonces se aprovecharían y no se cuidarían de leerlos, como lo hacen las almas que se sujetan, que tienen luz y se aprovechan. Con que se infiere ser de grande quietud y seguridad el tener una guía experimentada que gobierne y enseñe con luz actual para no ser engañado del demonio y de su propio juicio y parecer; pero no por esto se condena la lección de los espirituales libros en general, porque aquí se habla en particular con las almas puramente internas y místicas, para quienes se ha escrito este libro.

10. Todos los santos y maestros místicos confiesan que la seguridad de un alma mística consiste en rendirse muy de corazón a su padre espiritual, comunicándole cuanto pasa en su interior. Para prueba de esta verdad, referiré unas palabras que dijo el Señor a doña María Escobar. Refiérese en su vida (lib. I, c. 20) que estando enferma preguntó al Señor si callaría y dejaría de dar cuenta al padre espiritual de las cosas extraordinarias que pasaban por su alma, por no cansarse y ocupar al padre espiritual. Respondió el Señor "que sería bien dar cuenta al padre espiritual, por tres razones: la primera, porque así como el oro se purifica en el crisol, y así como de las piedras se conoce el valor tocándolas en el contraste, así el alma se purifica y descubre su valor tocándola el ministro de Dios. La segunda, porque convenía, para no errar, que las cosas se gobernasen por el orden que Su Majestad ha enseñado en su Iglesia, Sagrada Escritura y doctrina de los santos. La tercera, porque no se encubran, sino que sean manifiestas a su Iglesia las misericordias que Su Majestad hace a sus siervos y a las almas puras, para que así se animen los fieles a servir a su Dios y El sea en ello glorificado."

11. En el mismo lugar dice las siguientes palabras: "En la conformidad de esta verdad, como mi confesor cayese enfermo y me mandase que a la persona con quien

me confesaba entre tanto no le diese cuenta de todos los actos que por mí pasaban, sino de algunos con prudencia, quejéme a Nuestro Señor de no tener con quien comunicar mis cosas, y respondiome Su Majestad: *Ya tienes uno que suple las faltas de tu confesor; dile todo lo que pasa por ti.* Respondí luego: “No, Señor; eso no, Señor.” *¿Por qué?*, dijo el Señor. “Porque mi confesor me manda que no le dé cuenta de todo, y tengo de obedecerle.” Díjome Su Majestad: *Contento me ha dado con esa respuesta, y por oírtela decir te dije lo que oíste; hazlo así; pero bien puedes darle cuenta de algunas cosas, como él mismo te dijo.*

12. Es también muy del intento lo que refiere Santa Teresa de sí misma: “Siempre—dice la santa—que el Señor me manda alguna cosa, si el confesor me decía otra, me tornaba el Señor a decir que obedeciese al confesor; después Su Majestad le volvía para que no me lo tornase a mandar.” (*Su vida*, lib. II, c. 26.) Esta es la sana y verdadera doctrina, pues asegura a las almas y desvanece las diabólicas astucias.

La gran preocupación de Molinos en esta parte de su obra es la propaganda de la dirección espiritual. El quietismo precisa inexcusablemente quien ayude a las almas—almas predestinadas *ad hoc*, según el hereje aragonés—a no desmayar en su camino de suicidio espiritual. Y más claro y mejor aún: a no razonar sin el prejuicio de sus doctrinas, a no escrutar el fundamento racional de su actitud. El director espiritual deberá evitar algo sobre todo: el contacto del alma con el mundo exterior, hasta desentenderla incluso del amor a sus

semejantes. La hipocresía y el egoísmo que se desprenden de algunos pasajes son tan odiosos como evidentes.

CAPITULO III

EL CELO DE LAS ALMAS Y EL AMOR AL PRÓJIMO PUEDEN EMBARAZAR LA INTERIOR PAZ

13. "No hay para Dios más agradable sacrificio—dice San Gregorio (*In Ezechiel*, homilía 12)—que el ardiente celo de las almas." Para este ministerio envió el Padre Eterno a su Hijo Jesucristo al mundo, y desde entonces quedó entre los oficios por el más noble y más sublimado; pero si el celo es indiscreto, es de notable impedimento para la subida del espíritu.

14. Apenas te verás con nueva luz fervorosa cuando querrás emplearte toda en beneficio de las almas, y corre mucho riesgo no sea amor propio lo que a ti parece sea puro celo. Suele éste tal vez revestirse de un desordenado deseo, de una vana complacencia, de una vana afectación industriosa y estimación propia, enemigos todos de la paz del alma.

15. Nunca es bien amar a tu prójimo con detrimento de tu espiritual bien. El agradar a Dios con sencillez ha de ser el único blanco de tus obras. Este ha de ser tu único deseo y cuidado, procurando templar tu desordenado fervor, para que reine en tu alma la tranquilidad y paz interior. El verdadero celo de las almas que han de procurar ha de ser el amor puro a tu Dios; éste es el fructuoso, el eficaz, el verdadero y el que hace milagros en las almas, aunque con voces mudas.

16. Primero recomendó San Pablo la atención a nuestras almas que a la del prójimo: *Attendite tibi et doctrine*, djio en su canónica epístola. (*Ad Timot.*, 4.) No te ade-

lantes con fatiga, que cuando sea el tiempo oportuno y puedas ser de algún provecho para tu prójimo, Dios te sacará y pondrá en el empleo que más te convenga; a El solo toca ese cuidado, y a ti estarte en tu quietud despegada y totalmente resignada en el divino beneplácito. No entiendas estar en este estado ociosa: hace mucho quien en todo atiende a cumplir la divina voluntad. El que a sí mismo, por Dios hace el todo; porque vale más un acto puro de interior resignación que ciento y aun mil ejercicios por propia voluntad.

17. Aunque la cisterna sea capaz de mucha agua, no la tendrá jamás hasta que el cielo la favorezca con su lluvia. Estate quieta, alma bendita, estate quieta, humilde y resignada, para todo lo que Dios quisiere hacer de ti; deja a Dios el cuidado, que él sabe, como amoroso padre, lo que a ti más te conviene; confórmate totalmente con su voluntad, que es donde está fundada la perfección; porque el que hace la voluntad del Señor, éste es madre, hijo y hermano del mismo Hijo de Dios.

18. No pienses que estima Dios más a quien más hace; aquél es más amado, más humilde, más fiel y resignado y más correspondiente a su interior inspiración y divino beneplácito.

CAPITULO IV

PROSIGUE LO MISMO

19. Sean todos los deseos de conformarte con la voluntad de aquel Señor que sabe sacar raudales de agua de la piedra seca, a quien desagradan mucho las almas que por a otros antes de tiempo se defraudan a sí mismas, dejándose llevar del indiscreto celo y de la vana complacencia.

20. Como el discípulo del Elíseo, que enviado por el profeta (*IV. Rey, IV, 31*) para que con su báculo resu-

citase a un muerto, por la complacencia que tuvo no surtió el efecto y quedó por Elíseo reprobado. Reprobóse también el sacrificio de Caín, siendo el primero que ofreció a Dios en el mundo, por complacerse en la ventaja de ser primero y más que su padre Adán en ofrecer a Dios sacrificio.

21. Hasta los discípulos de Cristo, Señor nuestro, adolecieron de este achaque, teniendo vano gozo cuando lanzaban los demonios; por eso fueron agriamente reprendidos por el divino Maestro. Antes que Pablo predicase a las gentes y evangelizase el reino de Dios, siendo ya vaso de elección, ciudadano del cielo, escogido de Dios para este ministerio, fué necesario probarle y humillarle encerrándole en un calabozo. ¿Y querrás tú hacerte predicador sin haber pasado por la prueba de los hombres y de los demonios? ¿Y querrás ponerte en un gran ministerio y hacer fruto sin haber pasado por el fuego de la tentación, de la tribulación y pasiva purgación?

22. Más te importa a ti estarte quieta y resignada en el santo ocio que hacer muchas y grandes cosas por tu propio juicio y parecer. No creas que las acciones heroicas que hicieron y hacen los grandes siervos de Dios en la Iglesia son obras de su industria, porque todas las cosas, así espirituales como temporales son ordenadas desde el eterno por la divina Providencia, hasta el movimiento de la mínima hoja. Quien hace la voluntad de Dios hace todas las cosas. Esta has de solicitar estándote quieta, con perfecta resignación para todo lo que Dios quisiere disponer de tu persona. Conócete indigna de tan alto ministerio como llevar almas al cielo, y con eso no pondrás embarazo a la quietud de tu alma, a la interior paz y al divino vuelo.

CAPITULO V

PARA GUIAR ALMAS POR EL CAMINO INTERIOR SON NECESARIAS LUZ, EXPERIENCIA Y DIVINA VOCACIÓN

23. Te parecerá, y con gran satisfacción, que eres a propósito para guiar almas por el camino del espíritu, y quizá será soberbia secreta, ambición espiritual y conocida ceguedad, porque a más de pedir este alto ejercicio, superior luz, total despego y las demás cualidades que te diré en los siguientes capítulos, es necesaria la gracia de vocación, sin la cual todo es vanidad, satisfacción y propia estima, porque aunque el gobernar almas y conducir las a la contemplación y perfección es santo y bueno, ¿cómo sabes que Dios te quiere en ese empleo? Y aunque tú conozcas—lo que no es fácil—que tienes grande luz y experiencia, ¿de dónde te consta que te quiere el Señor en ese ejercicio?

24. Es éste un ministerio de calidad que no nos habemos nosotros jamás de poner en él, hasta que Dios nos ponga por medio de los superiores o los espirituales guías. Sería para nosotros de grave perjuicio, aunque al prójimo fuésemos de algún provecho. ¿Qué nos importa ganar para Dios todo un mundo si nuestra alma padece detrimento? (*Mat.*, 16.)

25. Aunque sepas con evidencia que tu alma está dotada de interior luz y experiencia, lo que más te importa es estarte en tu nada quieta y resignada, hasta que Dios te llame para el beneficio de las almas. A él solo toca, que conoce tu insuficiencia y despego; no te toca a ti hacer ese juicio ni adelantarte a ese ministerio, porque te cegará, te perderá y engañará el amor propio, si te gobiernas por tu parecer y juicio en un negocio de tanto peso.

26. Pues si la experiencia, la luz y suficiencia no bas-

tan para admitir este empleo cuando falta la gracia de vocación, ¿qué será sin la suficiencia?, ¿qué será sin la luz interior?, ¿qué será sin la debida experiencia?, cuyos dones no se comunican a todas las almas, sino a las despegadas, a las resignadas y aquellas que pasaron a la perfecta aniquilación por medio de la terrible tribulación y pasiva purgación. Desengáñate, alma bendita, que todas las obras que en este ejercicio no fueren gobernadas de un verdadero celo, nacido del amor puro y del ánimo purgado, van vestidas de la vanidad, del amor propio y de la ambición espiritual.

27. ¡Oh cuántos pagados de sí mismos émprenden por su propio parecer y juicio este ministerio, y en vez de agradar a Dios, vaciar y despegar sus almas, aunque hagan algún fruto en el prójimo, se llenan de tierra, de paja y de estimación propia! Estate quieta y resignada, niega tu juicio y deseo, abísmate en tu insuficiencia y en tu nada, ahí sólo está Dios, la verdadera luz, tu dicha y mayor perfección.

El alma iniciada en las doctrinas molinosistas juzga evidente la necesidad de un director espiritual. Pero, aun dentro de las condiciones indicadas, ¿sirve uno cualquiera?, ¿es indiferente su ideología? No. Molinos ha de formarlos previamente en sus doctrinas. He ahí a continuación las reglas que han de servirles, el evangelio práctico del quietismo por el cual guiarán las almas que a ellos se encomienden. En el fondo, sólo un pensamiento a través de estos posibles confesores y almas: el del autor de la *Guía espiritual*, que expone su propia técnica de captación.

CAPITULO VI

INSTRUCCIÓN Y AVISOS A LOS CONFESORES Y GUÍAS ESPIRITUALES

28. El más alto y fructuoso ministerio es el de confesor y espiritual director, y el de irreparables daños si no se ejercita con acierto.

29. Será acertado elegir un patrón para tan gran ministerio y que sea aquel santo a quien más se inclinare la devoción.

30. El primero y más seguro documento es procurar el interior y continuo recogimiento, y con eso se acertará en todos los ejercicios y empleos del propio estado y vocación, y con especialidad en el del confesionario; porque saliendo el alma interiormente recogida a estos exteriores y necesarios ejercicios, es Dios el que alumbra y obra en ellos.

31. Para guiar a las almas que fueren interiores no se les ha de dar documentos, sino ir las quitando con suavidad y prudencia los embarazos que impiden las influencias de Dios. Pero será necesario instruir las con aquel santo consejo de *secretum mecum mihi*. Piensan muchas almas que son capaces de las interiores materias todos los confesores, y, a más de ser engaño, se experimenta un gran perjuicio en comunicarlas con los que no lo fueren; porque aunque el Señor las haya puesto en el interior camino, no lo conocerán, ni se lo avisarán, por faltarles la experiencia, antes bien las impedirán la subida a la contemplación, mandándolas que mediten por fuerza, aunque no puedan, con lo cual aturden y arruinan en lugar de ayudarlas al vuelo; porque Dios quiere que caminen a la contemplación y ellas tiran a la meditación, por no saber otro camino.

32. Para que se haga fruto, no se ha de buscar a nin-

guna alma para guiarla; importa que ellas vengan, y no se han de admitir todas, especialmente mujeres, porque no suelen venir con la disposición suficiente. Es gran medio para hacer fruto no hacerse máestro ni querer parecerlo.

33. Del nombre de hija ha de usar lo menos que pueda el confesor, porque es peligrosísimo, siendo Dios tan celoso y tan amoroso, el epíteto.

34. Los empleos que ha de admitir el confesor fuera del confesonario han de ser poco; porque Dios no le quiere agente de negocios; y, si posible fuera, no había de ser visto sino en el confesonario.

35. El ser padrino y albacea no se ha de admitir una vez en la vida, porque acarrea muchas inquietudes al alma, opuestas todas a la perfección de tan alto ministerio.

36. El confesor o guía espiritual no ha de visitar jamás a las hijas espirituales, ni aun en caso de enfermedad, si ya no es que entonces fuere llamado por la enferma.

37. Si el confesor procura el interior y el exterior retiro, serán sus palabras (aunque él no lo conozca) carbones encendidos que abrasarán las almas.

38. En el confesonario han de ser de ordinario suaves la reprensiones, aunque en el púlpito sean rigurosas; porque en éste ha de ser furioso león y en aquél se ha de vestir de la mansedumbre del cordero. ¡Oh cuán eficaz es la suave reprensión para los penitentes! En el confesonario están ya movidos, y en el púlpito importa por su ceguedad y dureza aterrarlos; pero se les ha de desengañar y reprender con vigor a los que llegan mal dispuestos y quieren por fuerza la absolución.

39. Después de hacer lo posible en el beneficio de las almas, no se ha de mirar el fruto, porque el demonio hace con sutileza parecer propio lo que es ajeno de Dios, y acomete con la estimación propia y vana complacencia,

enemigos capitales de la aniquilación, que ha de procurarse siempre el confesor para morir espiritualmente.

40. Aunque vea muchas veces que las almas se aprovechan y que las aprovechadas pierden el espíritu, no se inquiete, quédese en su interior paz, a imitación de los ángeles custodios; aliéntese interiormente entonces con aquel desengaño que tal vez lo permite Dios, entre otros fines, para humillarle.

41. Debe huir el confesor, y hacer huir a las almas que guía, de todo género de exterioridad, porque es muy aborrecida del Señor.

42. Aunque no deben mandar a las almas que comulguen, ni quitarles ninguna comunión por prueba ni mortificación, cuando hay infinitos modos de probar y mortificar sin tanto perjuicio, sin embargo, no ha de ser escaso con las almas que se hallan movidas del deseo verdadero, porque Jesucristo no se quedó para estar cerrado.

43. Por experiencia se sabe que la penitencia no se cumple cuando es grande y demasiada; siempre es mejor que sea de materia útil y moderada.

44. Si el padre espiritual muestra con singularidad a alguna hija más afición, es de grandísima inquietud para las otras. Importa aquí el disimulo y la prudencia y no alabar con especialidad ninguna, porque el demonio es amigo de poner cizaña con la guía y se vale de aquellas mismas palabras para inquietar a las otras.

45. El continuo y principal ejercicio de las almas puramente místicas ha de ser en el interior, procurando la guía con disimulo destruir el amor propio y alentarlas a la paciencia de las interiores mortificaciones con que el Señor los purga, aniquila y perfecciona.

46. El deeso de revelaciones suele embarazar mucho las almas interiores, y especialmente a las mujeres; y no hay sueño natural que no le bauticen con el nom-

bre de visión. Es necesario mostrar aborrecimiento a estos impedimentos.

47. Aunque en las mujeres es difícil el silencio en las cosas que el director ordena, sin embargo, debe procurarlo, porque no es bien que lo que el Señor inspira sea blanco de censuras.

No deja de tener interés el carácter objetivo de las páginas que siguen. Sobre el mismo tema, llega Molinos a la crítica directa de los directores espirituales, y demuestra un agudísimo sentido de observación, que sería inestimable auxilio para sus predicaciones. Quien así observaba el sector social con que convivía, tenía mucho adelantado para conocer y dominar las almas que se le acercaban.

CAPITULO VII

PROSIGUE LO MISMO, DESCUBRIENDO LOS APEGOS QUE SUELEN TENER ALGUNOS CONFESORES Y GUÍAS ESPIRITUALES, Y DECLARA LAS CUALIDADES QUE HAN DE TENER PARA EL EJERCICIO DE LA CONFESIÓN Y TAMBIÉN PARA GUIAR ALMAS POR EL CAMINO MÍSTICO.

48. Debe procurar el confesor animar a los penitentes a la oración, y con especialidad cuando llegan a sus pies con frecuencia y los reconoce con deseo de su espiritual bien.

49. La máxima que el confesor más ha de observar para no llegar a perderse, es no admitir ningún regalo por cuantas cosas hay en el mundo.

50. Aunque hay muchos confesores, no todos son buenos, porque unos saben poco; otros son muy ignorantes;

otros se asen a los aplausos de la gente noble; otros buscan los favores de los penitentes; otros, los regalos; otros, llenos de ambición espiritual, buscan el crédito solicitando tener muchos hijos espirituales; otros afectan su magisterio y hacen de maestro; otros afectan las visiones y revelaciones de sus hijos espirituales, y en vez de despreciarlas—único medio para asegurarlos en la humildad—, se alaban y se las hacen escribir para enseñarlas, para hacer ruido y dar campanada. Todo es amor propio y vanidad en los directores, y de gran perjuicio para el espiritual provecho de las almas, porque es cierto que todos estos respetos y apegos son embarazo para ejercitar con fruto el oficio, el cual pide total despego, y su fin y atención ha de ser solamente la gloria de Dios.

51. Hay otros confesores que con facilidad y liviandad de corazón, creen, aprueban y alaban todos los espíritus; otros, dando en el extremo vicioso, condenan sin reservación todas las visiones y revelaciones. Ni todas se han de creer ni todas se han de condenar. Hay otros que se hallan tan enamorados del espíritu de sus hijos, que cuando sueñan, aunque sean embelecós, lo veneran como sagrados misterios. ¡Oh cuántas miserias se han experimentado por esta causa en la Iglesia!

52. Hay otros confesores vestidos de mundana cortesía que, con poca atención al santo lugar del confesonario, hablan con los penitentes materias vanas y superfluas, y muy ajenas a la decencia que pide el Santo Sacramento y la disposición para recibir la divina gracia.

Y tal vez sucede estar aguardando para confesarse muchos penitentes, llenos de propias y domésticas ocupaciones, y cuando conocen la demasiada y superflua dilación, se desabren, se contristan e impacientan, perdiendo la disposición con que se habían preparado para recibir el Santo Sacramento. Con que la mezcla de estas superfluas y vanas materias no solamente hacen perder el precioso tiempo, sino que perjudica también al santo lugar,

al Sacramento, a la disposición del penitente que se confiesa y a la de todos los que esperan para confesarse.

53. Para confesar aún se hallan algunos buenos, pero para gobernar espíritus por el camino místico son tan pocos, que dijo el padre maestro Juan de Avila no había entre mil uno; San Francisco de Sales, que entre diez mil, y el iluminado Taulero, que entre cien mil no se hallaba uno experimentado maestro de espíritus; y es la causa porque hay pocos que se dispongan a recibir la ciencia mística: *Pauci ad eam recipiendam se disponunt*, dijo Enrique Arphio. (Lib. III, cap. 22.) ¡Ojalá no fuera tanta verdad como es que no hubiera tantos engaños en el mundo como hay y se hallaran más santos y menos pecadores!

54. Cuando desea la guía espiritual con eficacia que todos amen la virtud, y el amor que de Dios tiene es puro y perfecto, con pocas palabras y menos razones cogérá infinito fruto.

55. Si el alma interior, cuando está en la purga de las pasiones y en el tiempo de la abstracción, no tiene una guía experimentada que la refrene el retiro y la soledad a que la tira su inclinación y suma propensión, quedará imposibilitada para los ejercicios de la confesión, predicación y estudio, y aun para los de su obligación, estado y vocación.

56. Debe, pues, atender el experimentado director con mucho cuidado, cuando comienzan las potencias a estar ocupadas en Dios, no dar mucho lugar a la soledad, mandándole el alma no deje los exteriores ejercicios de su estado, como de estudio y otros empleos, aunque parezcan distractivos, mientras no se opongan a su vocación; porque se abstrae tanto el alma en la soledad, se interna tanto en el retiro y se aleja de tal manera de la exterioridad, que después, si se aplica de nuevo, es con fatiga, con repugnancia y con perjuicio de las poten-

cias y de la salud de la cabeza. Daño considerable y digno de la atención de los espíritus directores.

57. Pero si éstos no tienen experiencia, no sabrán cuándo se forma la abstracción, y en el mismo tiempo, pareciéndoles santo consejo, las animarán al retiro y hallarán en él la perdición. ¡Oh cuánto importa ser experimentada la guía en el espiritual y místico camino!

CAPITULO VIII

PROSIGUE LO MISMO

58. Los que gobiernan almas sin experiencia proceden a ciegas, sin llegar a entender los estados del alma, ni sus interiores y sobrenaturales operaciones. Sólo conocen que unas veces se halla bien el alma y que tiene luz; otras, que está en la obscuridad; pero qué estado sea cada uno de éstos y cuál sea la raíz de donde proceden esas mudanzas, ni lo alcanzan, ni lo entienden, no lo pueden averiguar por los libros, sin haberlo en sí mismos experimentado, en cuya fragua se engendra la verdadera y actual luz.

59. Si la guía no ha pasado por las vías secretas y penosas del interior camino, ¿cómo lo puede comprender ni aprobar? Será no pequeña fortuna para el alma hallar una sola guía experimentada que la fortifique en las insuperables dificultades y la asegure en las continuas dudas de este viaje. De otra manera, no llegará al santo y precioso monte de la perfección, sino con una gracia extraordinaria y singular.

60. El director que está despegado, más anhela a la interior soledad que al empleo de las almas; y si algún maestro espiritual tiene sentimiento cuando se le va el alma y le deja por otra guía, es señal manifiesta que no estaba despegado, ni buscaba puramente la gloria de Dios, sino su crédito,

61. El mismo daño y achaque se experimenta cuando el director hace alguna diligencia secreta para atraer a su dirección alguna alma que va gobernada por otra guía. Este es un notable daño, porque si se tiene por mejor que el otro director, es soberbio; si se reconoce peor, es traidor a Dios, a aquella alma y a sí mismo, por el malicioso perjuicio que hace al provecho de los prójimos.

62. También se descubre otro daño considerable en los maestros espirituales, y es que no permiten que las almas que guían comuniquen con otros, aunque sean más santos, más doctos y más experimentados que ellos. Todo es apego, amor propio y propia estimación. No las permiten a las almas este desahogo por el temor que tienen de perderlas, y que no se diga que sus hijos espirituales buscan en los otros la satisfacción que no hallan en ellos. Y las más veces, por estos imperfectos fines, embarazan a las almas sus adelantamientos.

63. De todos estos y otros infinitos apegos se libra el director que llegó a oír la interior voz de Dios, por haber pasado por la tribulación, tentación y pasiva purgación; porque la voz interior de Dios hace innumerables y maravillosos efectos en el alma, que da lugar, que la escucha y la gusta.

64. Es de tanta eficacia, que arroja la honra mundana, la estimación propia, la ambición espiritual y el deseo de crédito, el querer ser grande, el presumir que es solo y pensar que lo sabe todo. Arroja los amigos, las amistades de cumplimiento, el trato de las criaturas, el apego a los hijos espirituales, el hacer del maestro y del hacendado. Arroja la demasiada inclinación al confesionario, la afición desordenada a gobernar almas, pensando que tiene esa habilidad. Arroja el amor propio, la autoridad, la presunción, el tratar del fruto que hace, el hacer alarde de las cartas que escribe, el enseñar las de los hijos espirituales para dar a entender que es gran-

de operario. Arroja la envidia de los otros maestros y el solicitar que vengan todos a su confesonario.

65. Finalmente, la voz interior de Dios en el alma del director engendra el desprecio, la soledad, el silencio y el olvido de los amigos, de los parientes y de los espirituales hijos, y no se acuerda de ellos sino cuando le hablan. Esta es la única señal para conocer el despego del maestro; pero hace éste más fruto callando que millares de los otros, aunque se valgan de infinitos documentos.

Se comprende, de seguir el irreprochable armazón razonador de Molinos, que la fuerza externa del director espiritual se consumiría estérilmente sin una obediencia ciega y rápida por parte del alma encaminada. "Único medio" lo llama el místico hereje, y verdaderamente sólo una dilatación monstruosa de la fe, hasta incluir dentro de sus límites, bárbaramente, el dominio del criterio humano, concedido por Dios, puede salvar la efectividad de la mística molinosista.

CAPITULO IX

CÓMO LA SENCILLA Y PRONTA OBEDIENCIA ES EL ÚNICO MEDIO PARA CAMINAR CON SEGURIDAD POR EL INTERIOR CAMINO Y PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ.

66. Si de veras te resuelves a negar tu voluntad y hacer en todo la divina, el medio necesario es la obediencia, ora por el nudo indisoluble del voto hecho al superior en religión, ora por la libre lazada de la entrega de tu voluntad a una espiritual y experimentada

guía de las calidades que acabamos de decir en los antecedentes capítulos.

67. No llegarás jamás al monte de la perfección ni al alto trono de la interior paz si te gobiernas por tu voluntad propia. Esta cruel fiera, enemiga de Dios y de tu alma, se ha de vencer. Tu propia dirección y juicio, como a rebeldes, los has de avasallar, deponer y quemar en el fuego de la obediencia. Allí se descubrirá, como en piedra de toque, si es amor propio o divino el que sigues. Allí, en aquel holocausto, ha de aquilatarse hasta la última substancia de tu juicio y de tu voluntad propia.

68. Más vale una vida ordinaria debajo de la obediencia que la que hace por su propia voluntad grandes penitencias, porque la obediencia y sujeción, a más de estar libres de los engaños de Satanás, es el más verdadero holocausto que se sacrifica a Dios en el altar de nuestro corazón. Por esto decía un gran siervo de Dios que quería más coger estiércol por la obediencia que estar arrobado hasta el tercer cielo por su voluntad propia.

69. Sabrás que la obediencia es un camino compendioso para llegar presto a la perfección. Es imposible poder el alma alcanzar la verdadera paz del corazón si no niega y vence su juicio y rebeldía. Y para negarse y vencer su juicio, el remedio es manifestarse en todo con resolución de obedecer a quien está en lugar de Dios. *Essundite coram illo corda vestra* (Psal. LXI.) Porque de todo aquello que sale de la boca con verdadero rendimiento a los oídos del padre espiritual, queda libre, seguro y exonerado el corazón; el remedio, pues, más eficaz para hacer progreso en el camino del espíritu es imprimirse en el corazón que su espiritual director está en lugar de Dios y que cuanto ordena y dice es dicho y ordenado por su divina boca.

70. A la venerable madre Sor Ana María de San José, religiosa franciscana descalza, le dijo Dios mu-

chas veces *que más quería obedeciese a su padre espiritual que a El mismo.* (*Su vida*, párrafo 43.) A la venerable Sor Catalina Paluci dijo el Señor un día: "Debes ir a tu padre espiritual con pura y sincera verdad, como si vinieses a mí, sin buscar si es o no es observante. Sólo has de pensar que él es gobernado por el Espíritu Santo y que está en mi lugar. Cuando observaran esto las almas, no permitiré yo que ninguna sea de él engañada." (*Su vida*, lib. II, cap. 16.) ¡Oh divinas palabras, dignas de estamparse en los corazones de aquellas almas que desean adelantarse en la perfección!

71. Reveló Dios a doña María de Escobar (*Su vida*) que si a su parecer Cristo Señor Nuestro la mandase comulgar y su padre espiritual se lo impidiese, tenía obligación de seguir el parecer del padre espiritual. Y un santo bajó del cielo a decirla la razón: y era que en lo primero podía haber engaño, y en lo segundo, no.

72. A todos aconseja el Espíritu Santo en *Los Proverbios* que tomemos consejo y no fiemos de nuestra prudencia: *Ni imitarios prudentiæ tuæ* (cap. 3). Y por Tobías dice: Que para acertar no te has de gobernar jamás por tu propio juicio, sino que siempre has de pedir parecer: *Consilium semper a sapiente perquire* (IV-14). Aunque el padre espiritual yerre en dar el consejo, no puedes tú errar en seguirle, porque obras prudentemente: *Qui iudicio alterius operatur, prudenter operatur.* Y Dios no da lugar a que yerren los directores para conservar aunque sea con milagros, el tribunal del padre espiritual, por donde se sabe con toda seguridad cuál es la divina voluntad.

73. A más de ser esta doctrina común de todos los santos, de todos los doctores y maestros de espíritus, la afianzó y aseguró Cristo Señor Nuestro cuando dijo que los padres espirituales sean oídos y obedecidos como su propia persona: *Qui vos audit me audit.* (*San Lucas*, cap. X.) Y esto aun cuando sus obras no corresponden

con las palabras y consejos, como consta por San Mateo: *Quæcumque dixerint vobis facite, secundum autem opera eorum facere.* (San Mateo, cap. II.)

CAPITULO X

PROSIGUE LO MISMO

74. El alma que es observante de la santa obediencia, es poseedora—como dice San Gregorio—de todas las virtudes (libro XXXV, in *Job.*, cap. 12). A éstas premia Dios su humildad y obediencia, ilustrando y enseñando a su guía, a cuya dirección debe, por estar en lugar de Dios, sujetarse en todo y por todo, descubriendo con libertad, claridad, fidelidad y sencillez todos los pensamientos, obras, inclinaciones, inspiraciones y tentaciones; de esta manera no puede engañarla el demonio, y se asegura, sin temor a dar cuenta a Dios de las acciones que hace y de las que omite, de modo que quien quiere caminar sin guía, si no vive engañado, está muy cerca de serlo; porque la tentación le parecerá inspiración.

75. Sabrás que para ser perfecto no te basta obedecer y honrar a los superiores; es también necesario obedecer y honrar a los inferiores.

76. Ha de ser, pues, la obediencia, para ser perfecta, voluntaria, pronta, alegre, interior, ciega y perseverante. Voluntaria sin fuerza y sin temor; pura, sin interés terreno, sin respecto mundano o amor propio, puramente por Dios; pura, sin réplica ni excusa y sin dilación; alegre, sin aflicción interior y con diligencia interior; no sólo ha de ser exterior y aparente, sino de ánimo y de corazón; ciega, sin juicio propio, sujetándolo con la voluntad a aquella de quien manda, sin investigar la intención, el fin o la razón de la obediencia; perseverante con firmeza y constancia hasta morir.

77. "La obediencia—dice San Buenaventura—ha de ser pronta, sin dilación; devota, sin dedignarse; voluntaria, sin contradicción; simple, sin examen; perseverante, sin pausa; ordenada, sin desvío; gustosa, sin turbación; valiente, sin pusilanimidad, y universal, sin excepción." (*Tract.*, 8, *colatio.*) Desengáñate, alma bendita, que aunque quieras hacer la voluntad de Dios con toda diligencia, no hallarás jamás el camino sino por medio de la obediencia. En querer un hombre gobernarse por sí mismo, va perdido y engañado. Aunque el alma tenga muy altas señales de que es buen espíritu el que habla, si no se sujeta al parecer del espiritual director, téngase por demonio. Así lo dice Gerson y otros muchos maestros de espíritus. (*Tract. de distinct. veraru, revelation*, 19.)

78. Sellará esta doctrina aquel caso de Santa Teresa: Viendo la santa madre que doña Catalina de Cardona hacía en el desierto grande y rigurosa penitencia, se resolvió a imitarla, contra el parecer de su padre espiritual, que se lo impedía. Díjola entonces el Señor: "Eso, no, hija; buen camino llevas y seguro. ¿Ves toda la penitencia que hace doña Catalina? Pues en más tengo tu obediencia." (*Su vida*, 369.) Desde entonces hizo voto de obedecer al padre espiritual. Y en el capítulo XXVI refiere que la dijo Dios muchas veces no dejase de comunicar toda su alma y las mercedes que la hacía con el padre espiritual, y que en todo le obedeciese.

79. Mira cómo ha querido Dios que se asegurase esta celestial e importante doctrina por la Sagrada Escritura, por los santos, por los doctores, por las razones y ejemplos, para desarraigar del todo los engaños del enemigo.

Expuesta la teoría, es preciso concretar qué tentaciones deberá recibir el alma y mostrarse impasible a sus efectos. En todo momento, el autor de

la *Guía* procura que el lector no halle vaguedades cuya determinación pueda apartarle de la idea básica. Así, adopta a menudo, como en este caso, un sentido práctico, que conduzca a su fin. Pudieran llamarse estas páginas la perfecta teoría de la destrucción del amor propio.

CAPITULO XI

CUÁNDO Y EN QUÉ COSAS LE IMPORTA MÁS OBEDECER AL ALMA INTERIOR

80. Para que sepas cuándo es más necesaria la obediencia, te quiero advertir que cuando más experimentares las horribles e inoportunas sugerencias del enemigo; cuando más padecieres las tinieblas, las angustias, las sequedades y desamparos; cuando más te vieres rodeada de tentaciones, de ira, rabia, blasfemia, lujuria, maldición, fastidio, desesperación, impaciencia y desolación, entonces es cuando más te conviene creer y obedecer al experimentado director, quietándote con su santo consejo para no dejarte llevar de la vehemente persuasión del enemigo, que te hará creer en la grande aflicción y desamparo, que estás perdida, que eres aborrecida de Dios, que estás en su desgracia y que ya no aprovecha la obediencia.

81. Hallarás te circuída de penosos escrúpulos, de dolores, ansias, angustias, martirios, desconfianzas, desamparo de criaturas y molestias tan acerbas que te parecerán inconsolables sus aflicciones e inspiraciones sus tormentos. ¡Oh, alma bendita, qué dichosa serás si crees a tu guía, si te sujetas y obedeces! Entonces caminas más segura por el secreto e interior camino de la noche

obscura, aunque a ti te parecerá que vas errada, que eres peor que nunca, que no ves en tu alma sino abominaciones y señales de condenados.

82. Juzgarás con evidencia que estás espiritada y poseída del demonio, porque las señales de este interior ejercicio y horrible tribulación se equivocan con las de la invasión penosa de los espiritados y endemoniados. Cree entonces con firmeza a tu guía, porque en la obediencia está tu verdadera felicidad.

83. Estarás advertida que en viendo el demonio que un alma en todo se niega y rinde a la obediencia de su director, hace desatar todo el infierno para impedirle este infinito bien y tanto sacrificio. Suele, envidioso y lleno de furor, poner cizaña entre los dos, haciendo concebir al alma tedio, enojo, aversión, repugnancia, desconfianza y odio contra la guía, y tal vez se vale de su lenguaje para decirla muchos oprobios. Pero si ésta es experimentada, se ríe de las sutiles asechanzas y diabólicas astucias. Y aunque el demonio procura persuadir a las almas de este estado con varias sugerencias, que no crean a su director, para que no le obedezcan, ni pasen adelante, sin embargo, pueden creer y creen lo que basta para obedecer, aunque sin propia satisfacción.

84. Pedirásle a tu guía una licencia o le comunicarás alguna recibida gracia; si al negarte la licencia o desvanecerte la gracia, porque no te ensoberbezcas, te apartas de su consejo y le dejas, es señal que fué falsa la gracia y que va arriesgado tu espíritu. Pero si crees y obedeces, aunque lo sientas vivamente, es señal de que estás viva y mal mortificada; pero te adelantarás con aquella violenta y rigurosa medicina, porque aunque la parte inferior se turbe y se resienta, la parte superior del alma la abraza, y quiere ser humillada y mortificada, porque sabe que esa es la voluntad divina. Y aunque tú no la conoces, va creciendo en tu alma la satisfacción de la guía.

85. El medio para negar el amor propio y para deponer el propio juicio has de saber que es sujetarte en todo, con verdadero rendimiento, al consejo del espiritual médico. Si éste te impide lo que tú gustas o te manda lo que no deseas, luego se te ofrecen contra el santo consejo millares de razones falsas y aparente, por donde se conoce que no está del todo mortificado su espíritu, ni ciego el juicio propio, enemigos capitales de la pronta y ciega obediencia y de la paz del alma.

86. Es necesario entonces que te venzas a ti misma, que superes los vivos sentimientos y que desprecies las falsas razones, obedeciendo, callando y ejercitando el santo consejo, porque de esta manera se desarraigan el apetito y el juicio propio.

87. Por eso los antiguos padres, como experimentados maestros de espíritus, ejercitaban a sus discípulos con varios y extraordinarios modos: a unos les mandaban que plantasen lechugas por las hojas, a otros que regasen los troncos secos y a otros que cosiesen y desco-siesen muchas veces el hábito; todos ardidés maravillosos y eficaces para probar la sencilla obediencia y cortar de raíz la mala hierba del juicio y voluntad propia.

CAPITULO XII

PROSIGUE LO MISMO

88. Sabe que no darás un paso en el camino del espíritu mientras no procures vencer este fiero enemigo del juicio propio, y el alma, que no conocerá este daño, no tendrá jamás remedio. Un enfermo que conoce su enfermedad sabe de cierto que aunque tenga sed no le conviene beber, y que la medicina, aunque amarga, le aprovecha; por eso no cree a su apetito ni se fía de su juicio, sino que se sujeta a un experimentado médico,

obedeciéndole en todo como a medio de su remedio. El conocer que está enfermo le ayuda a no fiarse de sí mismo y a seguir el acertado parecer del médico.

89. Todos estamos enfermos del achaque del amor y juicio propio; todos estamos llenos de nosotros mismos; no sabemos apetecer sino lo que nos daña, y los que nos aprovecha nos desagrada y enfada. Es, pues, necesario usar el remedio del enfermo que quiere sanar, que es no creer a muchos juicios y antojos, sino al acertado parecer del espiritual y experimentado médico, sin réplica ni excusa, despreciando las razones aparentes del amor propio; que si de esta manera obedecemos, sanaremos de cierto y quedará vencido el propio amor, enemigo de la quietud, de la paz, de la perfección y del espíritu.

90. ¿Cuántas veces te habrán engañado tus propios juicio? ¿Y cuántas veces habrás mudado de parecer, con vergüenza de haberte creído a ti misma? Si un hombre te hubiese engañado dos o tres veces, no te fiarás más de él; pues ¿por qué te fías de tu propio juicio, habiéndote tantas veces engañado? No le creas más, bendita alma, no le creas; sujétate con verdadero rendimiento y sigue la obediencia a ciegas.

91. Estás muy contenta por tener una guía experimentada, y aun lo tendrás a gran dicha, y será de poca importancia, si estimas más tu juicio que su consejo y no te rindes en todo a él con toda verdad y sinceridad.

92. Adolece un gran señor de una grave enfermedad; tiene en casa un célebre y experimentado médico; conoce éste luego la dolencia, sus causas, cualidades y estado, y sabiendo de cierto que se sana aquella enfermedad con rigurosos cauterios, le ordena lenitivos. ¿No es un grande desatino? Si sabe que el lenitivo es de poco provecho y que el cauterio es eficaz, ¿por qué no se lo aplica? Porque aunque el enfermo quiere sanar, conoce el médico su interior, y que no está dispuesto a recibir estas fuertes medicinas, y así le ordena prudentemente

los suaves lenitivos, porque aunque con ellos no sana, se conserva para que no pase a mortal dolencia.

93. ¿Qué importa que tengas el mejor director del mundo, si no tienes verdadero rendimiento? Aunque éste sea experimentado y conozca el daño y el remedio, no aplica la medicina eficaz que más te importa para negar tu voluntad, porque conoce tu interior y espíritu, que no está dispuesto para dejar desarraigar la enfermedad de tu propio juicio; y así no curarás jamás, y será milagro te conserves en gracia con tan fiero enemigo dentro de tu alma.

94. Despreciará tu guía, si es experimentado, todo linaje de mercedes, mientras no esté bien fundado tu espíritu; créele, obedece, abrazando el consejo; porque con este desprecio, si el espíritu es fingido, y del demonio, se conocerá luego la soberbia secreta fraguada por el que remeda estos espíritus. Pero si el espíritu es verdadero, aunque sientas la humillación, te hará notabilísimo provecho.

95. Si el alma gusta de ser estimada y que se divulguen los favores que recibe de Dios, si no obedece y cree al director que los desestima, todo es mentira y demonio el ángel que se transforma. Viendo el alma que la experimentada guía desprecia estos engaños, si es malo el espíritu, le pierde el cariño fingido que le mostraba y procura poco a poco apartarse de él, buscando otro a quien engañar; porque los soberbios nunca hacen compañía con quien los humilla; pero, al contrario, si el espíritu es verdadero y de Dios, con estas pruebas se dobla el amor y la constancia, tolerándolas, deseando más y más la propia desestimación, con que se califica sin engaño lo sólido del espíritu.

En los capítulos que van a continuación aparecen las teorías de Molinos sobre la comunión

cotidiana, expuestas también en su *Breve tratado*. En tema tan difundido, opina Molinos enfocándolo hacia las ventajas de la comunión frecuente para mantener la quietud del alma. La presencia continua de Dios en ella—considerada desde un punto de vista peligrosamente vecino de un vago materialismo—impele el apartamiento del recogimiento interior y conserva el espíritu tranquilo, sin que se desvíe en disquisiciones volitivas.

Respecto de las penitencias, endosadas a la comunión, el autor de la *Guía* opina con un objetivismo no poco sorprendente. Las penitencias materiales y externas pueden conducir a la soberbia del amor propio, ya que obedecen a un acto volitivo, esto es, a una afirmación del individuo. La gran penitencia, la penitencia eficiente, es el sufrimiento de las tentaciones, que han de aceptarse sin aflicción, condenándolas como una demostración de la propia miseria, la cual producirá el saludable desprecio de sí mismo.

CAPITULO XIII

LA FRECUENTE COMUNIÓN ES MEDIO EFICAZ PARA ALCANZAR
TODAS LAS VIRTUDES, Y EN ESPECIAL LA PAZ INTERIOR

96. Cuatro cosas son necesarias para alcanzar la perfección y paz interior. La primera, es la oración; la segunda, la obediencia; la tercera, la frecuente comunión, y la cuarta, la interior mortificación. Ya que hemos tra-

tado de la oración y obediencia, bien será tratar ahora de la comunión.

97. Sabrás que hay muchas almas que se privan de los infinitos bienes de esta preciosa comida por parecerles que no están bastante preparadas y que necesitan una angélica pureza. Si tú tienes un fin puro, un deseo verdadero de hacer el divino beneplácito, sin mirar la sensible devoción ni la propia satisfacción, llega con seguridad, que bien dispuesta estás.

98. En este escollo del deseo de hacer la divina voluntad se han de romper todas las dificultades y vencer todos los escrúpulos, las tentaciones, las dudas, los temores, las repugnancias y contradicciones. Y aunque la mejor preparación es comulgar el alma con frecuencia, porque una comunión es disposición para la otra, sin embargo, quiero enseñarte dos modos de preparación. La primera, para las almas exteriores que tienen buen deseo y voluntad, y la segunda, para los espirituales que viven interiormente y tienen más luz y conocimiento de Dios, de sus misterios, de sus operaciones y sacramentos.

99. La preparación para las almas exteriores es confesarse, retirarse de las criaturas antes de la comunión, estarse en silencio, considerando qué es lo que se va a recibir y quién es el que lo recibe, y que va a hacer el más grave negocio que haya en el mundo, como es recibir al gran Dios. ¡Qué favor tan singular, dejarse recibir la misma limpieza de la suciedad; la majestad, de la vileza, y el Sumo Creador, de la más mínima criatura!

100. La segunda preparación, que es para las almas exteriores y espirituales, ha de procurar vivir con más pureza, con mayor negación de sí mismos, con un total despego, con interior mortificación y continuo recogimiento, y caminando de este modo no tienen necesidad de prepararse actualmente, porque su vida es una continua y perfecta preparación.

101. Si tú no conoces en tu alma estas virtudes, por

la misma razón debes llegar con frecuencia a esta soberana mesa para alcanzarlas. No te impida el verte seca, defectuosa y fría, porque la frecuente comunión es medicina que sana los males y aumenta las virtudes. Por el mismo caso que estás enferma, te has de llegar al médico, y por estar fría, al fuego.

102. Si tú llegas con humildad, con deseo de hacer la divina voluntad y con la licencia del confesor, cada día le puedes recibir, y cada día te mejorarás y aprovecharás. No te acobardes por verte sin aquel afectuoso y sensible amor que dicen algunos es necesario; porque este efecto sensitivo no es perfecto y de ordinario se da a las almas flacas y delicadas.

103. Dirás que te sientes mal dispuesto, sin devoción, sin fervor y aun sin deseo de este divino manjar; ¿que cómo le has de frecuentar? Ten por cierto que nada de esto te impide ni te daña mientras tuvieres firme propósito de no pecar y voluntad determinada de huir de todo género de ofensa. Y si de todas las que te acordaste te confesaste, no dudes que estás bien aparejada para llegar a esta divina y celestial mesa.

CAPITULO XIV

PROSIGUE LO MISMO

104. Sabrás que en este inefable sacramento se une Cristo con el alma y se hace una misma cosa con ella, cuya fineza es la más alta y admirable y la más digna de consideración y gratitud. Grande fué la fineza de hacerse hombre, mayor la de morir por nuestro amor ignominiosamente en la cruz; pero el darse todo entero al alma en este maravilloso sacramento no admite comparación. Este es el singular favor y la infinita fineza; porque no hay

más que dar ni más que recibir. ¡Oh si lo pensásemos!
¡Oh si lo conociésemos!

105. ¡Que quiera Dios, siendo quien es, comunicarse a mi alma! ¡Que quiera Dios hacer un recíproco vínculo de unión con ella, siendo la misma miseria! ¡Oh, almas, si comiésemos en esta celestial mesa! ¡Oh si nos quemásemos en esta ardiente zarza! ¡Oh si nos hiciésemos un espíritu con este Señor soberano! ¿Quién nos engaña? ¿Quién nos estorba para que no lleguemos a abrazarnos, como la salamandra, con el divino fuego de esta santa mesa?

106. Es verdad, Señor, que vos entráis en mí, todo miserable; pero es también verdad que vos quedáis en vuestra gloria, en vuestros esplendores y en vos mismo. Recibíos, pues, ¡oh, mi Jesús!, en vos mismo, en vuestra belleza y majestad. Yo me alegro infinito que la vileza de mi alma no pueda perjudicar vuestra hermosura. Entrad, pues, en mí sin salir de vos. Vivid en medio de vuestros esplendores y de vuestra magnificencia, aunque estéis en mi obscuridad y miseria.

107. ¡Oh, alma mía, qué grande es tu vileza y qué grande tu pobreza! ¿Quién es, señor, el hombre que así os acordáis de él, que así le visitáis y engrandecéis? (*Job*, cap. VII.) ¿Quién es el hombre, que así le estimáis, queriendo tener con él vuestras delicias y habitar personalmente en él con vuestras grandezas? ¿Cómo, Señor, la miserable criatura podrá recibir la infinita majestad? Humíllate, alma mía, hasta el profundo de la nada; confiesa tu indignidad, mira tu miseria y reconoce la maravilla del divino amor que se deja envilecer en este incomprendible misterio para comunicarse y unirse contigo.

108. ¡Oh grandeza del amor! ¡Que se encierre el amoroso Jesús en una pequeña hostia! ¡Que se encierre este gran Señor en una cárcel por mi amor! ¡Que se haga, en cierto modo, esclavo del hombre, dándose todo El y

sacrificándose por él al Padre Eterno! ¡Oh, divino encarcelado! Encarcelad fuertemente mi corazón para que no vuelva jamás a su libertad, sino que todo aniquilado muera al mundo y quede con vos unido.

109. Si quieres alcanzar en sumo grado todas las virtudes, llega, alma bendita, llega con frecuencia, porque todas están represadas en esta sacrosanta mesa. Come, alma, de este celestial manjar; come y persevera, llega con humildad, llega con fe a comer el divino y blanco pan, porque es el blanco de las almas, y de allí tira el amor las flechas diciendo llega el alma y come este sabroso manjar si quieres alcanzar la limpieza, la caridad, la pureza, la luz, la fortaleza, la perfección y la paz.

En los párrafos antecedentes no es difícil descubrir el grosero cañamazo materialista sobre el que se cuajan los finos bordados místicos de Molinos. Solamente con la pérdida total del individualismo espiritual podrían cerrarse los ojos para esto. Hasta el símbolo de la Eucaristía presenta solamente su parte corpórea, y sólo como un tópico vago, sin fuerza expresiva, el reflejo del hálito de la Divinidad.

CAPITULO XV

DECLÁRASE EN QUÉ TIEMPO SE DEBEN USAR LAS EXTERIORES Y CORPORALES PENITENCIAS Y CUÁN NOCIVAS SON CUANDO SE HACEN INDISCRETAMENTE POR EL PROPIO JUICIO Y PARECER.

110. Sabrás que hay algunas almas que por estimarse más en santidad vienen a quedarse muy atrás en ella, haciendo penitencias indiscretas, como los que quieren can-

tar más de lo que sus fuerzas alcanzan, que por el mismo caso que las sacan de flaqueza para hacerlo mejor, lo hacen peor.

111. En este barranco han caído muchos sin querer rendir su juicio a sus padres espirituales, pareciéndoles que si no se arrojan a rigurosas penitencias, jamás llegarán a ser santos, como si en sólo ellos estuviera la santidad. Dicen que quien poco siembra, poco recoge, y ellos no siembran otra semilla, con sus indiscretas penitencias, que amor propio, en lugar de arrancarle.

112. Pero lo peor que hay en estas indiscretas penitencias es que con el uso de estos secos y estériles rigores se engendra y connaturaliza una amargura de corazón para consigo y para con los prójimos que es bien ajena del verdadero espíritu; para consigo, porque no se experimentan la suavidad del yugo de Cristo y la dulzura de la caridad, sino sólo la aspereza de las penitencias con que queda el natural desabrido, de donde viene a estarlo también con los prójimos, a notar y reprender muchos sus faltas, a tenerlos por imperfectos y defectuosos, por el mismo caso que los ve ir por otro camino menos rígido que el suyo. De ahí nace el ensoberbecerse con sus ejercicios y penitencias viendo que son pocos los que las hacen, y teniéndose por mejores que los otros, con que vienen a dar una gran baja en las virtudes. De aquí la envidia de los otros, por verlos menos penitentes y más favorecidos de Dios, indicio claro que ponían la confianza en sus propias diligencias.

113. El sustento del alma es la oración, y el alma de la oración es la interior mortificación; porque aunque las penitencias corporales y todos los demás ejercicios con los cuales se castiga la carne sean buenos, santos y loables—mientras sean con discreción moderados, según el estado y calidad de cada uno, y por el parecer del espíritu director—, sin embargo, no granjearás virtud alguna por estos medios, sino vanidad y viento de vanagloria, si

no nacen del interior. Por esto sabrás ahora en qué tiempo has de usar más principalmente las exteriores penitencias.

114. Cuando el alma comienza a retirarse del mundo y del vicio, debe domar el cuerpo con vigor para que se sujete al espíritu y siga la ley de Dios con facilidad. Importa entonces jugar las armas del cilicio, ayuno y disciplina, para arrojar de la carne las raíces del pecado. Pero cuando el alma se va entrando en el camino del espíritu, abrazando la interior mortificación, se deben templar las penitencias del cuerpo, por estar bastante trabajado del espíritu: el corazón se debilita, el pecho padece, el cerebro se cansa y todo el cuerpo queda pesado e inhábil para las funciones del alma.

115. Debe, pues, atender el sabio y experimentado director a no permitir a estas almas que ejecuten los excesos de penitencia corporal y exterior a que son movidas por la grande estimación de Dios, que conciben en el recogimiento interior tenebroso y purgativo, porque no es bien consumir el cuerpo y el espíritu a un mismo tiempo, ni cortar las fuerzas por las rigurosas y excesivas penitencias, ya que con la interior mortificación se van disminuyendo. Por eso dijo muy bien San Ignacio de Loyola en sus *Ejercicios*: "Que en la vía purgativa eran necesarias las corporales penitencias, que en la iluminativa se habían de moderar y mucho más en la unitiva."

116. Pero dirás que los santos usaban siempre horribles penitencias. No las hacían con indiscreción, ni por su propio juicio, sino por el parecer de sus superiores y guías espirituales, los cuales se la permitían porque reconocían eran movidas interiormente del Señor a estos rigores para confundir con su ejemplo la miseria de los pecadores, o por otros muchos fines. Otras veces se las permitían para que humillasen el fervor del espíritu y contrapesasen los raptos, todos los cuales son motivos particulares y no hacen regla general para todos.

CAPITULO XVI

LA DIFERENCIA GRANDE QUE HAY DE LAS PENITENCIAS EXTERIORES A LAS INTERIORES

117. Has de saber que son muy leves las mortificaciones y penitencias que uno se toma por sí, aunque sean las más rigurosas que hasta hoy se han hecho, en comparación de las que lleva por mano ajena, porque en las primeras entra él y la propia voluntad, que menoscaban el sentimiento cuanto es más voluntario, pues en fin hace lo que quiere. Pero en las segundas todo es penoso, lo que se lleva y el modo con que se lleva, que es por voluntad ajena.

118. Esto es lo que Cristo, Señor nuestro, dijo a San Pedro, y a todos en él, como cabeza de toda la Iglesia: "Cuando eras mozo y principiante en la virtud, tú te ceñías y mortificabas; pero cuando pases a escuelas mayores, otro te ha de ceñir y mortificar." Y entonces, si me quieres seguir perfectamente, negándote del todo a tí mismo, has de dejar esa tu cruz y tomar la mía, esto es, llevar bien que otro te crucifique."

119. No hay que hacer diferencia entre éstos y aquella; tu padre y tu hijo, tu amigo y tu hermano, han de ser los primeros en mortificarte, y lavántanse contra ti, y esto con razón y sin ella, pareciéndoles embuste, hipocresía o imprudencia la virtud de tu alma y poniendo estorbo a tus santos ejercicios. Esto y mucho más te sucederá si de veras quieres servir al Señor y dejarte purificar de su mano.

120. Desengáñate que, aunque son buenas las mortificaciones y exteriores penitencias que tú mismo tomarás por tu mano, no alcanzarás por ella la perfección, porque aunque doman el cuerpo, no purifican el alma ni purgan

las interiores pasiones, que son las que impiden la perfecta contemplación y divina unión.

121. Es muy fácil mortificar el cuerpo por medio del espíritu; pero no el espíritu por medio del cuerpo. Verdad es que en la mortificación interior y del espíritu para vencer las pasiones y desarraigar el amor y juicio propio importa trabajar hasta la muerte, sin perdonar punto, aunque el alma se halle en el más alto estado, y así en la interior mortificación se ha de poner el principal cuidado, porque no basta la corporal y exterior, aunque sea buena y santa.

122. Aunque uno reciba las penas de todos los hombres juntos y haga más ásperas penitencias que hasta hoy se han hecho en la Iglesia de Dios, si no se niega y mortifica con la mortificación interior, estará muy lejos de llegar a la perfección.

123. Buena prueba de esta verdad lo que le sucedió al beato Enrique de Suson, que después de veinte años de rigurosos cilicios, disciplinas y abstinencias tan grandes que sólo el leerlo mete grima, le comunicó Dios una luz por medio de un éxtasis, con la cual llegó a conocer que no había comenzado, y fué así que hasta que el Señor le mortificó con tentaciones y grandes persecuciones, no llegó a la perfección. (*Su vida*, cap. 23.) Con esto te desengañarás y conocerás la diferencia grande que hay de las persistencias exteriores a la interiores y de la mortificación interior a la exterior.

Hasta aquí las razones contrarias a la penitencia corporal. Desde este punto, la justificación de que sólo la recepción de las tentaciones y la comisión de los pecados constituyen por sí mismos la verdadera penitencia siempre que las acepte el

alma con la quietud y la autonegación a que tiene el molinosismo.

Es por demás característico este pasaje de la *Guía* en que el razonamiento de la verdad se va torciendo insensiblemente, como las estrías de una columna salomónica, hasta encontrarse en el lado opuesto de donde se partió. Seguir sin descanso por estos derroteros es convertir al hombre en un pobre ser vencido de todas las tentaciones y manchado de todos los pecados, cuya alma, muerta, como un cadáver transparente, se supone, engañosamente, morada de la Divinidad, que, según esto, goza de aquella frialdad y dureza impotentes.

CAPITULO XVII

CÓMO SE HA DE PORTAR EL ALMA EN LOS DEFECTOS QUE COMETIERE PARA NO INQUIETARSE Y PARA SACAR FRUTO DE ELLOS.

124. Cuando cayeres en algún defecto en cualquiera materia que sea, no te turbes ni te aflijas, porque son efectos de nuestra flaca naturaleza, manchada por la original culpa, tan propensa al mal, que tiene necesidad de especialísima gracia y privilegio, como le tuvo la Virgen Santísima para quedar libre y exenta de las veniales culpas. (*Concil. Trid. Ser.*, cap. 23.)

125. Si cuando caes en el defecto o negligencia te inquietas, es señal manifiesta que reina todavía en tu alma la soberbia secreta. ¿Pensabas que ya no habías de caer en defectos y flaquezas? Si aun a los más santos y per-

fectos les permite el Señor algunas leves caídas y les deja algunos resabios que tuvieran cuando principiantes, para tenerlos más seguros y humillados y para que piensen siempre que nunca han pasado de aquel estado, pues están todavía en las faltas de los principios, ¿de qué te maravillas tú si caes en algún leve defecto o flaqueza?

126. Humíllate, conoce tu miseria y dale a Dios las gracias de haberte preservado de infinitas culpas en que infaliblemente hubieras caído y cayeras según tu inclinación y apetito. ¿Qué se puede esperar de la deleznable tierra de nuestra naturaleza sino malezas, abrojos y espinas? Es milagro de la divina gracia no caer cada instante en innumerables culpas. Escandalizaríamos a todo el mundo si Dios continuamente no nos tuviera de su mano.

127. Te persuadirá el enemigo común, luego que cayeres en algún defecto, que no vas bien fundado en el camino, que vas errado, que no te enmendaste de veras, que no hiciste bien la confesión general, que no tuviste el verdadero dolor y que así estás fuera de Dios y en tu desgracia. Y si alguna vez repitieres, por desgracia, el venial defecto, ¡qué de temores, cobardías, confusiones y vanos discursos te pondrá el demonio! Te representará que empleas en vano el tiempo en que no haces nada; que tu oración es infructuosa; que no te dispones como debes para recibir la divina Eucaristía; que no te mortificas según lo prometes a Dios cada día; que la oración y comunión sin mortificación es una pura vanidad. Con esto te hará desconfiar de la divina gracia, representándote tu miseria y haciéndola gigante, dándote a entender que cada día se empeora tu alma, en lugar de aprovecharse, pues se ve con repetidas caídas.

128. ¡Oh, alma bendita, abre los ojos y no te dejes llevar de los engañosos y dorados silbos de Satanás, que procura tu ruina y cobardía con esas razones falsas y

aparentes! Cercena esos discursos y consideraciones y cierra la puerta a todos esos vanos pensamientos y diabólicas sugerencias. Depón esos vanos temores y ahuyenta la cobardía, conociendo tu miseria y confiando en la divina misericordia. Y si mañana volvieres a caer, como hoy, vuelve más y más a confiar en aquella suprema y más que infinita bondad, tan pronta a olvidarse de nuestros defectos y a recibirnos en sus brazos como amorosos hijos.

CAPITULO XVIII

PROSIGUE LO MISMO

129. Debes, pues, siempre que cayeres en algún defecto, sin perder tiempo ni hacer discursos sobre la caída, arrojar el vano temor y cobardía, sin inquietarte ni alterarte, sino conociendo tu defecto con humildad, mirando tu miseria; vuélvete con amorosa confianza al Señor, poniéndote en su presencia y pidiéndole perdón con el corazón, y sin ruido de palabras, quédate con sosiego, en haciendo esto, sin discurrir si te ha o no perdonado, volviendo a tus ejercicios y recogimiento como si no hubieras caído.

130. ¿No será necio el que habiendo salido con otros a correr la joya, por haber caído en lo mejor de la carrera, se estuviese en tierra llorando y afligiendo, discutiendo sobre la caída. ¡Hombre!—le dirán—, no pierdas tiempo: levántate y vuelve a correr, que el que con brevedad se levanta y continúa su carrera, es como si no cayera.

131. Si deseas alcanzar el alto grado de la perfección y de la interior paz, has de jugar la espada de la confianza en la divina bondad, de noche y de día y siempre que cayeres. Esta humilde y amorosa conversación y

total confianza en la divina misericordia has de usar en todas las faltas, imperfecciones y defectos que, con advertencia o sin ella, cometieres.

132. Y cuando caigas muchas veces y te veas pusilánime, procura animarte y no afligirte, porque lo que Dios no hace en cuarenta años lo hace tal vez en un instante, con particular misterio, para que vivamos bajos y humillados y para que conozcamos es obra de su poderosa mano el librarnos de los defectos.

133. Quiera Dios también, con su inefable sabiduría, que no sólo de las virtudes, pero también de los vicios y pasiones con que el demonio procura y pretende derribarnos hasta los abismos, hagamos escala para subir al cielo: *Ascendamus etiam per vitiam et passiones nostras*, dice San Agustín. (*Serm. III, Ascen.*) Para que no hagamos de la medicina ponzoña y de las virtudes vicios, desvaneciéndonos con ellas, quiere Dios hacer de los vicios virtudes, sanándonos con aquello mismo que nos había de dañar. Así lo dice San Gregorio: *Quia ergo nos de medicamento vulnus facimus, facit ille de vulnere medicamentum ut qui virtute percutimur vitio curemur.* (Lib. XXXVII, cap. 17.)

134. Por medio de las pequeñas caídas nos da el Señor a entender que Su Majestad es el que nos libra de las grandes, con lo cual nos trae humillados y desvelados, que es de lo que más necesidad tiene nuestra altiva naturaleza. Y así, aunque debes andar con mucho cuidado en no caer en ningún defecto ni imperfección, si te vieres caído una y mil veces, debes usar el remedio que te he dado, que es la amorosa confianza en la divina misericordia. Esta es el arma con que has de pelear y vencer la cobardía y los vanos pensamientos. Este es el medio que has de usar para no perder el tiempo, para no inquietarte y para hacer progreso. Este es el tesoro con que has de enriquecer tu alma. Y por aquí finalmente,

has de llegar al alto monte de la perfección, de la tranquilidad y de la interior paz.

Todo el texto de la *Guía* inserto a continuación se refiere esencialmente al logro de la interior paz, seguida ya la quietud del alma. Diferencia Molinos perfectamente dos seres conviventes en el hombre: el exterior y el interior. Aquél, en un principio admisible, conduce a veces a una fatal exaltación del amor propio, como consecuencia de la vecindad de Dios en el alma. En cambio, el camino interior conduce al desprecio de sí mismo, y de él a la exaltación de la divinidad. Esta teoría, claro es, ya la ha expuesto antes, al tratar de la penitencia; pero aquí se amplía en un carácter general de interpretación. El alma, libre de amor propio y entregada a los martirios espirituales a que Dios la somete, debe padecer "a ciegas" la tribulación y la tentación. Pero ni ha de afligirse ni buscar consuelo exteriormente, sino sufrir con paciencia y silencio.

Tal teoría trae como consecuencia inmediata el aislamiento total del individuo y la negación absoluta de la vida: "No está la dicha en gozar, sino en padecer con quietud y resignación." Y, sin embargo, según Molinos, sólo cuando el alma ha llegado a este estado de desesperación es merecedora de que Dios la infunda el amor divino que ha de abrasarla.

Es decir, que para alcanzar el amor divino es preciso que el alma esté vacía de esperanza y henchida de sufrimientos, aunque ha de conservar inmutablemente su quietud.

LIBRO III

De las espirituales materias con que Dios purga a las almas, de la contemplación infusa y pasiva, de la resignación perfecta, humildad interna, divina sabiduría, verdadera aniquilación e interior paz.

CAPITULO I

LA DIFERENCIA QUE HAY DEL HOMBRE EXTERIOR AL INTERIOR

1. Hay dos maneras de espirituales personas: unas interiores y exteriores otras. Estas buscan a Dios por afuera, por discurso, por imaginación y consideración; procuran con gran conato para alcanzar las virtudes muchas abstinencias, maceración de cuerpo y mortificación de los sentidos, se entregan a la rigurosa penitencia, se visten de cilicios, castigan la carne con disciplinas, procuran el silencio y llevan la presencia de Dios, formándosele presente en su idea o imaginación, ya como pastor, ya como médico, ya como amoroso padre y señor: se deleitan de hablar continuamente de Dios, haciendo muy de ordinario fervorosos actos de amor, todo lo cual es arte y meditación.

2. Por este camino desean ser grandes a fuer de voluntarias y exteriores mortificaciones; van en busca de

los sensibles afectos y fervorosos sentimientos, pareciéndoles que sólo cuando los tienen reside Dios en ellos.

3. Este es camino exterior y de principiantes, y aunque es bueno, no se llegará por él a la perfección, ni aun se dará un paso, como lo manifiesta la experiencia en muchos que, después de cincuenta años de exterior ejercicio, se hallan vacíos de Dios y llenos de sí mismos y sólo tienen de espirituales el nombre.

4. Hay otros espirituales verdaderos que han pasado por los principios del interior camino, que es el que conduce a la perfección y unión con Dios, al cual los llamó el Señor, por su infinita misericordia, de aquel exterior camino en que se ejercitaron primero. Estos, recogidos en el interior de sus almas, con verdadera entrega en las divinas manos, con olvido y total desnudez aun de sí mismos, van siempre con levantado espíritu en la presencia del señor, por fe pura, sin imagen, forma ni figura, pero con gran seguridad fundada en la interior tranquilidad y sosiego, en cuyo infuso recogimiento tira el espíritu con tanta fuerza, que hace recoger allá dentro del alma el corazón, el cuerpo y todas las corporales fuerzas.

5. Estas almas, como han pasado ya por la interior mortificación y Dios las ha purgado con el fuego de la tribulación con infinitos y horribles tormentos, recetados todos de su mano y a su modo, son señoras de sí mismas, porque en todo se han vencido y negado, y así viven con gran sosiego y paz interior. Y aunque en muchas ocasiones sienten repugnancia y tentaciones, salen presto vencedoras; porque como ya son almas probadas y dotadas de la divina fortaleza, no pueden perseverar por largo tiempo las vehementes tentaciones y penosas sugestiones del enemigo, quedan todas vencidas con infinita ganancia, porque es Dios quien dentro de ellas pelea.

6. Han alcanzado ya estas almas una gran luz y conocimiento verdadero de Cristo Señor Nuestro, así de

la divinidad como de la humanidad. Ejercitan este infuso conocimiento con silencio quieto, en el interior retiro y parte superior de sus almas, con un espíritu libre de imágenes y exteriores representaciones, y con un amor puro y desnudo de todas las criaturas. Se levantan, aun de las acciones exteriores, el amor de la humanidad y divinidad. Tanto cuanto conocen, aman, y tanto cuanto gozan, se olvidan, y en todo experimentan que aman a su Dios con todo su corazón y espíritu.

7. Estas felices y elevadas almas no se alegran de nada del mundo, sino del desprecio, y de verse solas, y que todos las dejen y olviden. Viven tan despegadas, que aunque reciben continuamente muchas gracias sobrenaturales, no se mudan, ni se inclinan a ellas, más que si las recibieran, conservando siempre en lo íntimo del corazón una grande bajeza y desprecio de sí mismas, humilladas siempre en el abismo de su indignidad y vileza.

8. Del mismo modo que se están quietas, serenas, y con igualdad de ánimo en las glorias y favores extraordinarios, como en los más rigurosos y acerbos tormentos. No hay nueva que las alegre, ni suceso que las entristezca. Las tribulaciones no las perturban, ni la interior, continua y divina comunicación las desvanece; quedando siempre llenas del santo y filial temor en una maravillosa paz, constancia y serenidad.

CAPITULO II

PROSIGUE LO MISMO

9. En el exterior camino procuran hacer continuos actos de todas las virtudes, una después de la otra, para llegar a conseguirlas. Pretenden purgar las imperfecciones con industrias proporcionadas a su destrucción. Los apegos procuran desarraigarlos de uno en uno con dife-

rencia y opuesto ejercicio, pero nada llegan a conseguir por mucho que se cansen, porque nosotros nada podemos hacer que no sea imperfección y miseria.

10. Pero en el interior camino, y recogimiento amoroso en la divina presencia, como el Señor es que obra, se establece la virtud, se desarraigan los apegos, se destruyen las imperfecciones, y se arrancan las pasiones, y al alma se halla libre y despegada, cuando se ofrecen las ocasiones sin haber jamás pensado el bien que Dios por su infinita misericordia le tenía preparado.

11. Has de saber, que estas almas, aunque son perfectas, como tienen luz verdadera de Dios, con esa luz misma conocen profundamente sus miserias, flaquezas e imperfecciones, y lo mucho que les falta, para llegar a la perfección a que caminan: se descontentan y aborrecen a sí mismas, y se ejercitan en amoroso temor de Dios, y propio desprecio; pero con una verdadera esperanza en Dios y desconfianza de sí mismas.

12. Tanto cuanto se humillan con el verdadero desprecio, y propio conocimiento, tanto más agradan a Dios, y llegan a estar con singular respeto y veneración en su presencia.

13. Todas las buenas obras que hacen y lo que continuamente padecen, así en lo interior, como en lo exterior, no lo estiman en nada delante de aquella divina presencia.

14. Su continuo ejercicio es entrarse dentro de sí en Dios con quietud y silencio; porque allí está su centro y su morada y sus delicias. Más estiman este interior retiro que hablar de Dios: retirarse en aquel interno secreto, y centro del alma para conocer a Dios y recibir su divina influencia, con temor y amorosa reverencia; si salen fuera, es sólo al conocimiento y desprecio de sí mismas.

15. Pero sabrás que son pocas las almas que llegan a este dichoso estado, porque son pocas las que quieren

abrazar el desprecio, y dejarse labrar y purificar; por cuya causa, aunque son muchas las que entran en este interior camino, es rara la que pasa adelante, y no se queda en los principios. Dijo el Señor a un alma: "Este interior camino es de pocos, y aun de raros; es de tan alta gracia, que no la merece ninguno: es de pocos, porque no es otra cosa este camino, que una muerte de los sentidos, y son pocos los que así quieren morir, y ser aniquilados, en cuya disposición se funda este tan soberano don."

16. Con esto te desengañarás y acabarás de conocer la diferencia grande que hay del camino exterior al interior; y cuán diferente es la presencia de Dios, que nace de la meditación de la presencia de Dios, infusa y sobrenatural, nacida del interior. Y finalmente sabrás la diferencia grande que hay del hombre exterior al interior.

Ya tenemos al alma replegada en sí misma. Va a avanzar por el camino interior, sin contacto con el mundo que la rodea. Pero aun dentro de ese camino interior, dentro de ese apartamiento, es imprescindible lograr un grado más de aislamiento espiritual: destruir el amor propio, originado, al fin, de la autocomparación del individuo con la colectividad.

CAPITULO III

EL MEDIO PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ NO ES EL GUSTO SENSIBLE NI EL ESPIRITUAL CONSUELO, SINO LA NEGACIÓN DEL AMOR PROPIO.

17. Dice San Bernardo, que servir a Dios no es otra cosa que hacer bien y padecer mal. El que quiere caminar a la perfección por la dulzura y consuelo vive engañado. No has de querer de Dios otro consuelo, que acabar la vida por su amor, en estado de verdadera obediencia y sujeción.

18. No fué el camino de Cristo, Señor nuestro, el de la dulzura y suavidad, ni fué éste el que nos convidó con sus palabras y ejemplo cuando dijo: *El que quiera venir después de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Math., XXIV, 26). Al alma que quiere unirse con Cristo, le conviene conformarse con él, siguiéndole por el padecer.

19. Apenas comenzarás a gustar la dulzura del divino amor en la oración, cuando el enemigo con cautelosa astucia te pondrá deseos de desierto y soledad, para que puedas sin embarazo de nadie tender las velas a la continua y gustosa oración.

20. Abre los ojos, y advierte que este consejo y deseo no se conforma con el verdadero consejo de Cristo Señor nuestro, el cual no nos convidó a seguir la dulzura, y consuelo de la propia voluntad, sino a la propia negación, diciendo: *Abneget semet ipsum*. Como si dijera: el que quisiere seguirme, y venir a la perfección, venda totalmente su propio arbitrio, y dejando todas las cosas, se exponga en todo al yugo de la obediencia, y sujeción por la propia negación, la cual es la más verdadera cruz.

21. Muchas almas se hallarán dedicadas a Dios, que reciben de la divina mano grandes sentimientos, visiones

y mentales elevaciones, y con todo esto no las habrá el Señor comunicado la gracia de hacer milagros, penetrar los escondidos secretos y de anunciar los frutos, como a otras almas, que pasaron constantes por la tribulación, tentaciones y verdadera cruz, en este estado de perfecta humildad, obediencia y sujeción.

22. ¡Oh qué gran dicha ser súbdita y sujeta! ¡Qué gran riqueza es ser pobre! ¡Qué gran honra el ser despreciada! ¡Qué alteza el estar abatida! ¡Qué consuelo el estar afligida! ¡Qué sublime ciencia el estar reputada por necia! Y finalmente: ¡Qué felicidad de felicidades el ser con Cristo crucificada! Esta es aquella dicha de que el Apóstol se gloriaba: *Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Jesu-Christi* (Ad Gal., 14); gloriense los otros con sus riquezas, dignidades, delicias y honras, que para nosotros no hay más honra que ser con Cristo, negados, despreciados y crucificados.

23. Pero ¡ay dolor! que apenas se hallará un alma que desprecie los espirituales gustos, y quiera ser negada por Cristo, abrazando su cruz con amor: *Multi sunt vocati, pauci vero electi* (Math., XXII), dice el Espíritu Santo. Son muchos los llamados a la perfección, pero pocos los que llegan, porque son pocos los que abrazan la cruz con paciencia, constancia, paz y resignación.

24. Negarse a sí mismo en todas las cosas, estar sujeto al parecer ajeno, mortificar continuamente todas las pasiones interiores, aniquilarse en todo y por todo a sí mismo, seguir siempre lo que es contrario a la propia voluntad, al apetito y juicio propio, es de pocos: muchos son los que lo enseñan; pero pocos los que lo practican.

25. Muchas almas emprendieron y emprenden cada día este camino y perseveran mientras gustan la sabrosa dulzura de la miel del primitivo fervor; pero apenas cesa esa suavidad y sensible gusto, por la tempestad que sobreviene de la tribulación, tentación y sequedad, necesarias para llegar al monte de la perfección, cuando

declinan y vuelven las espaldas al camino: señal manifiesta que se buscaban a sí mismas y no a Dios ni a la perfección.

26. Plegue a Dios que las almas que tuvieron luz y fueron llamadas a la interior paz, y por no estar constantes en la sequedad y tribulación, volvieron atrás, no sean echadas a las tinieblas exteriores, como el que fué hallado sin vestidura de boda, aunque era siervo, por no haberse dispuesto, dejándose llevar del amor propio.

27. Este monstruo se ha de vencer. Esta hidra de siete cabezas del amor propio se ha de degollar para llegar a la cumbre del alto monte de la paz. Cébase en todo este monstruo; ya se introduce entre los deudos, que impiden extrañamente con su comunicación, a que el natural se deja llevar con facilidad. Ya se mezcla, con buena cara de gratitud, en la afición apasionada y sin límite al confesor. Ya en la afición a las vanaglorias espirituales utilísimas, ya a las temporales y honrillas muy delicadas, apegadas a todos los huesos. Ya se apega a los gustos espirituales y aun se asienta en los mismos dones de Dios, y gracias gratis dadas. Ya desea con demasía la conservación de la salud y con disimulo el tratamiento y propia comodidad. Ya quiere parecer bien con sutilezas muy delicadas, y, finalmente, se apega con notable propensión a su propio juicio y parecer en todas las cosas, cuyas raíces están enrañadas en la propia voluntad. Todos son efectos del amor propio, y si no se niegan, es imposible subir a la alteza de la perfecta contemplación, a la suma felicidad de la amorosa unión y sublime trono de interior paz.

CAPITULO IV

DE LOS MARTIRIOS ESPIRITUALES CON QUE DIOS PURGA AL
ALMA QUE QUIERE CONSIGO UNIRLA

28. Ahora sabrá cómo suele Dios usar dos modos de purgar las almas que quiere perfeccionar y alumbrar para unir las estrechamente consigo. El primero del cual trataremos en éste, y el siguiente capítulo, es con amargas aguas de aflicciones, tentaciones, angustias, apreturas e interiores tormentos.

29. El segundo es con fuego ardiente de inflamado amor, impaciente y hambriento. Tal vez se vale de entrambos en aquellas almas, que quiere colmar de gracias, de amor, de luz y de paz interior. Ya las mete en la lejía fuerte de tribulaciones y amarguras internas y externas, abrasándolas con el fuego de la rigurosa tentación; ya en el crisol del amor ansioso y celoso, apretándolas fortísimamente, porque al paso que quiere el Señor que sea mayor la iluminación y unión de un alma, tanto es más fuerte el tormento y purgación; porque todo el conocimiento y unión con Dios nace del padecer, que es la prueba verdadera del amor.

30. ¡Oh, si entendieses los provechos grandes de la tribulación! Esta es la que forma los pecados, purga el alma y obra la paciencia. Esta es la que en la oración la inflama, la dilata, y hace ejercitar el más sublimado acto de caridad. Esta es la que alegra al alma, la acerca a Dios, la hace llamar y entrar en el cielo. Esta es la que prueba a los verdaderos siervos del Señor, y los hace fuertes y constantes. Esta es la que hace oír a Dios, con presteza: *Ad Dominum cum tribularet clamavi et exaudivit me* (Psalm. CXIX). Esta es la que aniquila y perfecciona. Esta es, finalmente, la que hace a las almas de terrestres, celestiales, y de humanas, divinas,

transformándolas y uniéndolas con modo maravilloso a su humanidad y divinidad. Bien dijo San Agustín, que la vida del alma sobre la tierra es la tentación.

31. Bienaventurada el alma que siempre es combatida, si resiste constante a la tentación. Este es el medio que el Señor toma para humillarla, aniquilarla, consumirla, mortificarla, negarla, perfeccionarla y llenarla de sus divinos dones. Por este medio de la tribulación y tentación la llega a coronar y transformar. Persuádete que al alma, para ser perfecta, le son necesarias tentaciones y batallas.

32. ¡Oh, alma bendita! Si tú supieses estar constante y quieta en el fuego de la tribulación, y te dejaste lavar con el agua amarga de la aflicción, ¡qué presto te hallarías rica de dones celestiales, y qué presto haría en tu alma la bondad divina un rico trono y habitación hermosa para solazarse en ella!

33. Sabe que no tiene este Señor su reposo, sino en las almas quietas, en aquellas que el fuego de la tribulación y tentación ha quemado la escoria de las pasiones; y en aquellas que el agua amarga de las aflicciones ha consumido las manchas sucias de los deformados apetitos. Y, finalmente, no descansa este Señor sino donde reina la quietud, y está desterrado el propio amor.

34. Pero no llegará su alma a este dichoso estado, ni experimentará la preciosa prenda de la interior paz, aunque haya salido vencedora con la divina gracia de los exteriores sentidos, mientras no estuviese purificada de las desordenadas pasiones de la concupiscencia, de la estimación propia, de los deseos, cuidados, aunque espirituales, y de otros muchos apegos y ocultos vicios que están dentro de ella misma, impidiendo miserablemente la pacífica entrada de aquel gran Señor, que quiere unirse y transformarse contigo.

35. Impiden también este gran don de la paz del alma las mismas virtudes adquiridas y no purificadas.

También está el alma impedida por el desordenado deseo de los sublimes dones, por el apetito de sentir el espiritual consuelo, por el apego a las infusas y divinas gracias, entreteniéndose en ellas y deseando muchas otras para gozarlas. Y, finalmente, por el deseo de ser grande.

36. ¡Oh, cuánto hay que purificar en un alma que ha de llegar al santo monte de la perfección y transformación con Dios! ¡Oh, qué dispuesta, desnuda, negada y aniquilada debe estar el alma para no impedir la entrada de este divino Señor, y su continua comunicación!

37. Esta disposición de preparar el alma en su fondo para la divina entrada es necesario que la haga la divina sabiduría. Si un serafín no es bastante a purificar el alma, ¿cómo se purificará la misma alma frágil, miserable y sin experiencia?

38. Por eso el mismo Señor te dispondrá, y preparará pasivamente, sin que tú lo entiendas, con el fuego de la tribulación y tormento interior, sin más disposición de tu parte que el consentimiento en la interior y exterior cruz.

39. Experimentarás dentro de ti misma la pasiva sequedad, las tinieblas, las angustias, las contradicciones, la repugnancia continua, los interiores desamparos, las horribles desolaciones, las continuas e importunas sugerencias, y vehementes tentaciones del enemigo. Y, finalmente, te verás tan atribulada, que no podrás alcanzar el corazón, lleno de amargura, aun para hacer un mínimo acto de fe, esperanza, ni de amor.

40. Aquí te verás desamparada y sujeta a las pasiones de impaciencia, ira, rabia, blasfemia y desordenados apetitos, pareciéndote ser la más miserable criatura, la mayor pecadora, la más aborrecida de Dios, y, desnuda de toda virtud, con pena casi de infierno, viéndote afligida y desolada, por rencor que has perdido del todo a Dios: éste será tu cruel cuchillo y más acerbo tormento.

Pero si bien te verás oprimida, pareciéndote con evi-

dencia ser soberbia, impaciente y airada, no tendrán fuerza ni lugar en tu alma estas tentaciones, por la oculta virtud, y don interior de la fortaleza, que reina en lo íntimo de ella, superando la más terrible pena, y vehemente tentación.

42. Está constante, ¡oh, alma bendita!, está constante, que nunca más amas, ni estás más cerca de Dios, que en semejantes desamparos; que si bien el sol está escondido por las nubes, no muda un lugar, ni pierde por eso su hermoso resplandor. Permite el Señor este penoso desamparo en tu alma, para purgarte, limpiarte, negarte y desnudarte de ti misma, y que de este modo seas tú toda suya, y del todo te entregues a él, así como su infinita bondad se da del todo a ti para que seas sus delicias, que aunque tú gimes, te lamentas y lloras, él se alegra, y goza en lo más secreto y escondido de tu alma.

Pero a Molinos no le pasa inadvertido el tormento espiritual que supone su labor destructora. Acabamos de leer las amarguras infinitas por que pasa el alma hasta purgarse de sus pecados. Aún, sin embargo, podría reaccionar y huir de esta atmósfera enrarecida, escaparse afuera a respirar el aire de la naturaleza con los demás humanos. Hace falta evitarlo, impedir esta lejana posibilidad, convenciendo al alma que además debe cegar, obedecer su destino, sin volver atrás hasta llegar a la total mortificación interior.

CAPITULO V

CUÁN IMPORTANTE Y NECESARIO LE SEA AL ALMA INTERIOR PADECER A CIEGAS ESTE PRIMERO Y ESPIRITUAL MARTIRIO

43. Para que el alma, de terrestre se haga celestial y llegue a aquel sumo bien de la unión con Dios, es necesario que se purifique en el fuego de la tribulación y tentación.

44. Y aunque es verdad y máxima experimentada que todos los que sirven al Señor han de padecer trabajos, persecuciones y tribulaciones, las dichosas almas que son guiadas de Dios, por la vía secreta del interior camino y contemplación purgativa, han de padecer sobre todo fuertes y horribles tentaciones, y más atroces tormentos que aquellos con que se coronaron los mártires de la primitiva Iglesia.

45. Los mártires, a más de ser breve el tormento, que apenas era de días, se gozaban con clara luz y especial socorro en la esperanza de los vecinos y seguros premios. Pero el alma desolada, que ha de morir en sí misma, y desnudar, y limpiar el corazón, viéndose desamparada de Dios, cercada de tentaciones, tinieblas, angustias, congojas, afanes y rigurosas sequedades, prueba cada instante la muerte en su penoso tormento y tremenda desolación, sin experimentar un mínimo consuelo, con una aflicción tan grande, que no parece su pena, sino una prolongada muerte y continuo martirio. Pero ¡ay, dolor! qué raras son las almas que siguen a Cristo, Señor nuestro, con paz y resignación en semejantes tormentos.

46. Allá martirizaban los hombres, y consolaba Dios al alma; ahora quien desconsuela es Dios, que se esconde, y los demonios, como crueles sayones, atormentan de mil modos al cuerpo y al alma, quedando dentro y fuera, todo el hombre crucificado.

47. Te parecerán insuperables tus angustias e inconsolables aficciones, y que el cielo ya no llueve sobre ti: te verás circuída de dolores, rodeada de tormentos internos, las tinieblas de las potencias, la impotencia de los discursos, te afligirán las vehementes tentaciones, las penosas desconfianzas, y los modestos escrúpulos; hasta la luz y el juicio te desamparán.

48. Todas las criaturas te darán molestia, los consejos espirituales te darán pena; la lección de los libros, aunque santos, no te consolará como solía; si te hablan de paciencia, te afligirán sobre manera; el temor de perder a Dios por tus ingratitudes y malas correspondencias te atormentará hasta lo más íntimo de las entrañas. Si gimen y piden socorro a Dios, hallarás en vez de alivio, la interior reprehensión, y el disfavor, como otra cananea, que al principio no la respondió, y después la trató de perra.

49. Y aunque en este tiempo no te desampará el Señor, porque fuera imposible pasar un solo instante sin su ayuda; pero será tan oculto el socorro, que no lo conocerá tu alma, ni será capaz de la esperanza, y el consuelo, antes bien, le parecerá estar sin remedio, padeciendo como los condenados las penas del infierno; y las trocaría por las suyas a muerte violenta, y le sería de mucho alivio; pero le parecerá imposible, como a ellos, el fin de las aficciones y de los desconsuelos.

50. Pero, ¡ay, alma bendita!, si tú supieras cuánto eres amada, y defendida de aquel divino Señor en medio de tus amorosos tormentos, los experimentarías tan dulces que sería necesario hiciese Dios un milagro para que vivieses. Está constante—¡oh, alma dichosa!—, está constante y ten buen ánimo, que aunque a ti misma seas insufrible, serás de aquel sumo bien amparada, enriquecida y amada, como si no tuvieras otra cosa que hacer que encaminarte a la perfección, por los grados más altos del amor.

51. Y si no vuelves la cara, y perseveras con constancia, sin dejar la empresa, sabe que haces a Dios el más agradable sacrificio, de tal manera, que si este Señor fuera capaz de pena, no hallaría jamás quietud hasta la unión amorosa que haría con tu alma.

52. Si del caos de la nada ha sacado tantas maravillas su omnipotencia, ¿qué hará en un alma, hecha a su imagen y semejanza, si tú perseveras constante, quieta y resignada, con el conocimiento verdadero de tu nada! Feliz el alma que, aun cuando turbada, afligida y desolada, se está constante allá dentro, sin salir fuera a buscar el exterior consuelo.

53. No te aflijas demasiado y con inquietud porque continúen estos martirios atroces; persevera en humildad, y no te salgas fuera a buscar la ayuda, que todo tu bien está en callar, sufrir y tener pacienciar, con quietud y resignación. Ahí hallarás la divina fortaleza para superar tan acerba guerra; dentro de ti está el que por ti pelea, que es la misma fortaleza.

54. Cuando llegares a este penoso estado de tremenda desolación, no le es prohibido a tu alma el llanto, y el lamento, mientras en la parte superior estuvieses resignada. ¿Quién podrá sufrir la pesada mano del Señor sin el llanto y el lamento? Se lamentó aquel gran campeón, Job, y aun el mismo Cristo, Señor nuestro, en sus desamparos; pero fueron sus llantos resignados.

55. No te aflijas porque Dios te crucifique y pruebe tu fidelidad; imita a la cananea, que siendo desechada, se humilló y le siguió aunque la trató de perra. Es necesario beber el cáliz y no volver atrás. Si te quitaran las escamas de los ojos como a San Pablo, verías la importancia del padecer, y te gloriarías como él, estimando en más ser crucificado que ser apostolado.

56. No está la dicha en gozar, sino en padecer con quietud y resignación. Santa Teresa apareció después de

muerta a un alma y la dijo que sólo la habían premiado las penas, y que no había tenido un adarme de premio de cuantos éxtasis, revelaciones y consuelos había gozado acá en el mundo.

57. Aunque este penoso martirio de la horrible desolación y pasiva purgación, es tan tremendo que, con razón, le dan nombre de infierno los místicos—porque parece imposible vivir un sólo instante con tan atroz tormento, de tal manera, que se puede decir con mucha verdad, que el que lo padece vive muriendo, y muriendo vive una prolongada muerte—, con todo eso sabe que es necesario sufrirla para llegar a la dulce, suave y abundante riqueza de la alta contemplación y amorosa unión; y no ha habido alma santa que ha llegado a este estado, que no haya pasado por este espiritual martirio y penoso tormento. San Gregorio le padeció los dos últimos meses de su vida. Dos años y medio San Francisco de Asís; cinco, Santa María Magdalena, de París; Santa Rosa del Perú, quince. Y después de tantos prodigios que pasaron al mundo, le padeció Santo Domingo, hasta media hora antes de su feliz tránsito. Y así, si tú quieres llegar a ser lo que los santos fueron, es necesario sufrir lo que ellos sufrieron.

CAPITULO VI

DEL SEGUNDO MARTIRIO ESPIRITUAL CON QUE DIOS PURGA
AL ALMA QUE QUIERE CONSIGO UNIRLA

58. El otro martirio, más útil y meritorio en las almas ya aprovechadas en la perfección y alta contemplación, es un fuego del amor divino, que abrasa al alma; y hace que pene con el mismo amor. Ya le aflige la ausencia del amado; ya la atormenta el suave, ardiente

y dulce peso de la amorosa y divina presencia. Este dulce martirio la hace siempre suspirar; unas veces si goza y tiene a su amado, con el gusto de decirle que no cabe en sí; otras, si no se manifiesta, con el ansia encñendida de buscarle, hallarle y gozarle: todo es suspirar, padecer y morir de amor.

59. ¡Oh, si se llegase a entender la contrariedad de accidentes que un alma enamorada padece! La guerra tan terrible y fuerte por una parte, y tan dulce, suave y amorosa por otra. El martirio tan penetrante y agudo con que el amor la atormenta, y la cruz tan penosa y dulce sin querer verse libre de ella en esta vida.

60. A la medida que crece la luz y el amor, crece el dolor por ver ausente el bien que tanto ama. El sentirlo cerca de sí es gozo, y el no acabar de conocerlo y poseerlo perfectamente la acaba la vida. Tiene la comida y la bebida junto a la boca, estando con mucha hambre y sed, y no puede satisfacerse. Se ve engolfada y anegada en un mar de amor, y la mano poderosa junto a sí que la puede remediar, y con todo eso no lo hace, ni sabe él cuánto verá lo que tanto desea.

61. Siente a veces la voz interior de su amado que la da prisa y llama, y un silbo muy delicado, que sale de lo íntimo del alma donde él mora, que la penetra fuertemente hasta derretirla y deshacerla, viendo cuán cerca lo tiene dentro de sí, y cuán lejos, pues no acaba de poseerlo. Esto la embriaga, desmaya, desfallece y llena de insaciabilidad; por eso se dice que el amor es fuerte como la muerte, pues también él mata, como ella.

Todavía es menester algo trascendental para alcanzar la interior paz. El resignarse totalmente con la mortificación interior. Molinos descubre el placer inefable de sufrir y sentirse miserable. Parece escucharse tras sus palabras, como un ex-

traño eco, incomprensible en su afinidad, la perversión sexual de Sacher Masoch. Es su teoría en este punto un verdadero masoquismo del espíritu, en el que no brillan las lágrimas ortodoxas dulcificando y humanizando el sufrimiento del corazón, sino los ojos secos y febriles, en que se atisban un relámpago de herejía y una perversión cerebral.

No ofrecen, en cambio, esta promiscuidad peligrosa sus opiniones acerca de la humildad y el corazón sencillo y verdadero. Descontando sus afanes de conectar estos conceptos con el quietismo, podrían juzgarse salidos de la pluma de cualquier místico católico. La idea de la soledad, tan frecuente en la literatura barrocorromántica del siglo XVII, halla su resonancia mística en Molinos. La "soledad irrespirable", como ha dicho el fino escritor Guillermo Díaz-Plaja en *El Arte de quedarse solo*.

Pero es entonces cuando el alma está recogida, el momento de la contemplación de Dios, puro, inefable, que brilla en la paz, silencio y soledad del alma.

En fin, Molinos expone los grados de contemplación y las señales del "hombre interior" y el "ánimo purgado", es decir, del estado de gracia que ha de preceder a la presencia de Dios en el alma.

CAPITULO VII

LA INTERIOR MORTIFICACIÓN Y PERFECTA RESIGNACIÓN
SON NECESARIAS PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ

62. La más sutil saeta que nos tira la Naturaleza, es inducirnos a lo ilícito, con pretexto de necesario y provechoso. ¡Oh, cuántas almas se han dejado llevar y han perdido el espíritu por este dorado engaño! No gastarás jamás del silencioso maná, *quod nemo nocet nisi qui accipit* (Apoc. II); si no vences perfectamente, hasta morir en ti misma; porque el que no procura morir a sus pasiones, no está bien dispuesto para recibir el don de entendimiento, sin cuya infusión es imposible que entre en la introversión y se mude en el espíritu, y así los que están fuera, viven sin él.

63. Resígnate y niégate en todo, que aunque la verdadera negación de sí mismo es áspera a los principios, es fácil en medio, y al fin es suavísima. Conocerás que estás muy lejos de la perfección, si no hallas a Dios en todas las cosas. El puro y perfecto y esencial amor, sabrás que consiste en la cruz, en la voluntaria negación y resignación, en la perfecta humildad, pobreza de espíritu y desprecio de ti misma.

64. En el tiempo de la rigurosa tentación, desamparo y desolación, importa entrarte y estarte, en lo íntimo de tu centro, para que sólo mires y contemples a Dios, que tiene su trono y quietud en el fondo de tu alma. La impaciencia y amargura de corazón, experimentarás que nacen del fondo del amor sensible, vacío y poco mortificado. Conócese el verdadero amor y sus efectos cuando el alma se humilla profundamente y quiere verdaderamente ser mortificada y menospreciada.

65. Muchos hay que se han dado a la oración y no

gustan de Dios, porque en saliendo de la oración, ni se mortifican, ni atienden más a Dios. Es necesario para alcanzar la pacífica y continua atención, gran pureza de intención de corazón, grande paz de alma y total resignación. A los sencillos y mortificados les es muerte la recreación de los sentidos, nunca van a ella sino forzados por necesidad y edificación del prójimo.

66. El fondo de nuestra alma sabrás que es el asiento de nuestra felicidad. Allí nos manifiesta el Divino Señor las maravillas. Allí nos engolfamos y perdemos en el mar inmenso de su infinita bondad, en quien quedamos estables e inmoviles. Allí la inefable fruición de nuestra alma humilde y resignada que llegó a este fondo, ya no busca sino el grado puro de Dios, y el divino y amoroso espíritu la enseña de todas las cosas su suave y vivífica unción.

67. Entre los santos se hallan algunos gigantes, que continuamente padecen con tolerancia los achaques del cuerpo, de los cuales tiene Dios mucho cuidado pero es alto y supremo don el de aquellos que por la fortaleza del Santo Espíritu toleran con resignación y paciencia las cruces interiores y exteriores. Este es aquel género de santidad raro, como precioso delante de los ojos de Dios. Son raros los espirituales que van por este camino, porque son pocos en el mundo los que totalmente se nieguen a sí mismos para seguir a Cristo crucificado, con sencillez y desnudez de espíritu, por los desiertos y espinosos caminos de la cruz sin hacer de sí mismos reflexión.

68. La vida negada es, sobre todos los milagros de los santos, ni conoce si es una, o muerta, si perdida o ganada; si consiente o resiste, porque a nada puede hacer reflexión: ésta es la vida resignada y la verdadera; pero aunque en mucho tiempo no llegues a este estado y te parezca no has dado un paso, no por eso desmayes, que

lo que se le ha negado a un alma en muchos años, suele Dios dárselo en un punto.

69. El que desea padecer a ciegas, sin consuelo de Dios, ni de criaturas, tiene mucho andado para resistir a las injustas acusaciones, que contra él hacen los enemigos, aun en la más tremenda e interior desolación.

70. El espiritual que vive para Dios, y en Dios, en medio de las adversidades del cuerpo y del alma, está interiormente contento, porque la cruz y la aflicción son su vida y sus delicias. La tribulación es un gran tesoro con el cual honra Dios en esta vida a los suyos; por esto los hombres malos son para los buenos necesarios, y también los demonios, que por solicitar nuestra ruina, nos afligen, y en vez de mal, nos hacen el mayor bien que se puede imaginar. Para que la vida humana sea a Dios aceptada, no puede estar sin la tribulación, así como el cuerpo sin alma; el alma sin la gracia y la tierra sin el sol. Con el viento de la tribulación reposa Dios en la era del alma la arista del grano.

71. Cuando Dios crucifica en lo íntimo del alma, no puede ninguna criatura consolarla, antes bien, los consuelos le son graves y amargas cruces. Y si está bien instruída en las leyes y disciplinas de los caminos del amor puro, en el tiempo de las grandes desolaciones y trabajos anteriores, no debe, ni podrá buscar fuera el consuelo en las criaturas, ni lamentarse con ellas; ni podrá leer libros espirituales, porque éste es un culto modo de apartarse del padecer.

72. Ten lástima a las almas que no se les puede persuadir; es el mayor bien la tribulación y el padecer. Los perfectos siempre han de desear morir y padecer; siempre muriendo y siempre padeciendo. Es raro el hombre que no padece, porque nació para trabajar y padecer, y mucho más los amigos y escogidos de Dios.

73. Desengáñate que para llegar el alma a la total transformación con Dios es necesario que se pierda y nie-

gue a su vivir, sentir, saber, poder y morir; viviendo y no viviendo, muriendo y no muriendo, padeciendo y no padeciendo, y resignándose y no resignándose, sin hacer a nada reflexión.

74. La perfección en sus sequedades no recibe sus esplendores sino por el fuego, martirio, dolores, tormentos, penas y desprecios de buena gana sufridos. Y el que desea ver siempre dónde poner el pie para descansar y no traspasa la región de la razón y del sentido, no entrará jamás al retrete secreto de la ciencia mística, aunque leyendo guste y saboree por fuera su inteligencia.

CAPITULO VIII

PROSIGUE LO MISMO

75. Sabrás que no se manifestará el Señor dentro de tu alma mientras no estuviere negada en sí misma y muerta en sus sentidos y potencias. Ni llegará jamás a este estado hasta que, resignada perfectamente, se resuelva a estar con Dios a solas, estimando tanto los dones como los desprecios, la luz como las tinieblas y la paz como la guerra. Finalmente, para que el alma llegue a la perfecta quietud y suprema paz interior, debe primero morir en sí misma y unirse sólo en Dios y para Dios.

76. Sabe que tanto cuanto estará muerta tu alma en sí misma, tanto más conocerá a Dios. Pero si no atiende a la continua negación de sí misma y a la interior mortificación, no llegará jamás a este estado ni conservará a Dios dentro de sí, con que siempre estará sujeta a los accidentes y pasiones del ánimo, que son juzgar, murmurar, resentirse, excusarse, defenderse por conservar su honra y estimación propia, enemigos de la quietud, de la perfección, de la paz y del espíritu.

77. La diversidad de los estados entre los espirituales sólo consiste en no morirse todos igualmente. Pero en los dichosos que mueren continuamente tiene Dios su paraíso, su honra, sus bienes y sus delicias en la tierra. Grande es la diferencia que hay entre el hacer, padecer y morir; el hacer es deleitable y de principiantes; padecer con deseo es de los que se aprovechan; el morir siempre en sí mismos es de los aprovechados y perfectos, de cuyo número son bien raros los que se hallan en el mundo.

78. ¡Qué feliz serás si no cuidas de otra cosa que de morir en ti misma! Entonces, no sólo saldrás vencedora de los enemigos, sino de ti misma, en cuya victoria hallarás de cierto el puro amor, la perfecta quietud y la divina sabiduría. Es imposible que pueda nadie sentir y vivir místicamente, en sencilla inteligencia de la divina e infusa sabiduría, si no muere primero en sí, por la total negación del sentido y racional apetito.

79. La verdadera lección del espiritual y lo que tú debes aprender es dejar todas las cosas en su lugar y no mezclarte ni introducirte en ninguna que no sea por obligación de oficio; porque el alma que se mortifica en dejarlo todo por Dios, entonces comienza a tenerlo todo para la eternidad.

80. Hay algunas almas que buscan el descanso; otras, sin buscarlo, gustan de él; otras gustan de pena, y otras la buscan. Las primeras, no andan nada; las segundas, caminan; las terceras, corren, y las cuartas, vuelan.

81. Sentir mal del regalo y tenerlo por tormento es propiedad de verdadero mortificado. El gozo y la paz interior son frutos del divino espíritu, y ninguno los llega a poseer si en lo íntimo del corazón no está resignado. Mira que los enojos de los buenos pasan pronto; pero con todo eso, procura no tenerlos, ni pararte en ellos, porque dañan la salud, perturban la razón e inquietan el espíritu.

82. Entre otros santos consejos que has de observar, atiende al que se sigue: No mires los efectos ajenos, sino los propios; guarda el silencio con un trato interior continuado; mortifícate en todo y a todas horas, y con eso te librarás de muchas imperfecciones y te harás señora de grandes virtudes. No juzgues jamás mal de nadie, porque la mala sospecha del prójimo turba la pureza del corazón, le inquieta, hace salir fuera al alma y la desasosiega.

83. No tendrás jamás perfecta resignación si miras los respetos humanos y reparas en el idolillo del qué dirán. El alma que camina por la vía interior, si entre las criaturas y su trato mira la razón, se perderá: no hay más razón que no mirar a la razón y pensar que Dios permite se nos hagan sinrazones para humillarnos y aniquilarnos, y para que en todo vivamos resignados. Mira que estima Dios más un alma que vive interiormente resignada que otra que hace milagros, aunque resucite muertos.

84. Hay algunas almas que aunque tienen oración, por no mortificarse, siempre se quedan imperfectas y llenas de amor propio. Ten por verdadera máxima que el alma de sí misma despreciada, y que en su conocimiento es nada, nadie la puede hacer agravio ni injuria. Finalmente, espera, sufre, calla y ten paciencia; nada te turbe, nada te espante, que todo se acaba; sólo Dios no se muda, y la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene, todo lo tiene; quien a Dios no tiene, todo le falta.

No siempre el molinosismo tiene como eje un sentido iluminativo en sus palabras. A veces, como en los pasajes que siguen, busca un fundamento falso, pero de apoyo perfectamente lógico, para justificar sus afirmaciones. Si antes viene recomen-

dando el aislamiento del alma, la destrucción del amor propio, que impiden la completa mortificación, ahora ha de buscar el motivo, la especiosa razón lógica de ello. Hela aquí: el hombre tiene un alma tan miserable, tan odiosamente plagada de malos instintos, que ha de sentir desprecio por sí misma. Un desprecio absoluto, que puede nacer solamente de la verdadera humildad.

CAPITULO IX

PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ ES NECESARIO CONOZCA
EL ALMA SU MISERIA

85. Si el alma no cayese en algunos defectos, jamás llegaría a penetrar su miseria, aunque oiga vivas voces y lea libros espirituales. Ni podrá jamás alcanzar la preciosa paz si primero no conoce su miserable flaqueza; porque es difícil el remedio donde no hay conocimiento claro del defecto.

86. Permitirá Dios en ti uno y otro defecto, para que con ese conocimiento de ti misma, viéndote tantas veces caída, te persuadas que eres nada, en donde se funda la humildad perfecta y la paz verdadera. Y para que mejor penetres tu miseria y lo que eres, quiero darte a entender algunas de tus muchas imperfecciones.

87. Estás tan viva, que si por ventura caminando te detienen el paso o estorban el camino, sientes el infierno. Si te niegan lo debido o se oponen a tu gusto, te embravecés con sentimiento. Si ves algún defecto en el prójimo, en vez de compadecerle y pensar estás sujeta a la misma caída, le reprendes con imprudencia. Si deseas algo de propia comodidad y no lo puedes alcanzar, te melancoliz-

zas y llenas de amargura. Si recibes del prójimo algún pequeño agravio, te alteras y lamentas. De manera que por cualquier niñería te descompones dentro y fuera, y te pierdes a ti misma.

88. Bien quisieras ejercitar la paciencia; pero con la paciencia ajena. Y si dura toda la impaciencia, das con mucha industria la culpa al compañero, sin atender que a ti misma eres insufrible. Pasado el rencor, te vuelves con astucia a hacerte virtuosa, dando documentos y refiriendo sentencias espirituales con sutileza de ingenio, sin enmendarte de tus pasados defectos. Aunque te acusas de buena gana, reprendiendo tus culpas en presencia de otras personas, más es justificarte con quien ve tus defectos, para volver de nuevo a la antigua estima, que es defecto de humildad perfecta.

89. Otras veces alegas con sutileza que no por vicio, sino por celo de justicia, te lamentas con el prójimo: te persuades las más veces que eres virtuosa, constante y valerosa, hasta dar la vida en manos del tirano, sólo por el amor divino, y apenas oyes la palabrita amarga, cuando te afliges, te turbas y te inquietas. Todas son industriosas mañas del amor propio y soberbias secretas de tu alma. Conoce, pues, que reina en ti el amor propio, y que para alcanzar esta preciosa paz es el mayor impedimento.

CAPITULO X

SE ENSEÑA Y DESCUBRE CUÁL SEA HUMILDAD FALSA Y VERDADERA, Y SE DECLARAN SUS EFECTOS

90. Sabrás que hay dos maneras de humildad: una falsa y fingida, y otra verdadera. La fingida es de aquellos que, como el agua ha de subir, toman una caída exterior y artificiosa de rendimiento, para subir luego. Estos huyen la estimación y honra, para que los tengan

por humilde; dicen de sí que son muy malos, para que los tengan por buenos; y aunque conocen su miseria, no quieren que de los otros sea conocida. Esta es humildad falsa y fingida, y soberbia secreta.

91. Hay otra humildad verdadera, y es de aquellos que alcanzaron perfecto hábito de humildad. Estos jamás piensan en ella, sino que juzgan humildemente de sí, obran con fortaleza y tolerancia, viven y mueren en Dios, ni atienden a sí, ni a las criaturas: en todo se están constantes y quietas; sufren con gozo las molestias, deseando siempre mayores para imitar a su amado y despreciado Jesús; desean ser tenidos en el vulgo por fábula y escarnio; se contentan con lo que Dios les da, y se encogen con sosegada confusión en los defectos; no se humillan por el consejo de la razón, sino por el afecto de la voluntad: no hay honra que apetezcan, ni injuria que los turbe; no hay trabajo que los inquiete, ni prosperidad que les ensoberbezca; porque se están siempre inmóviles en su nada y en sí mismos con perfecta paz.

92. Y porque te desengañes de la interior y verdadera humildad, sabrás que no consiste en los actos exteriores, en tomar el ínfimo lugar, ni vestir pobre, hablar bajo, cerrar los ojos, suspirar afectuoso, ni en acusarse defectos, diciendo que es miserable para dar a entender que es humilde. Sólo está en el desprecio de sí mismo y en el deseo de ser despreciado, con un bajo y profundo conocimiento, sin que el alma se tenga por humilde, aunque un ángel se lo revele.

93. El arroyo de la luz con que en las mercedes ilustra el Señor al alma hace dos cosas: descubre la grandeza de Dios y al mismo paso hace conocer al alma su hediondez y miseria, de manera que no hay lengua que pueda decir el abismo en que queda sumergida, deseosa que todos conozcan su vileza, y está tan lejos de la vanagloria y de la complacencia cuanto conocida que es

sola bondad de Dios y pura misericordia suya aquella merced que la franquea.

94. Nunca serás dañada de los hombres ni de los demonios, sino de ti misma, de tu propia soberbia y de la violencia de tus pasiones. Guárdate de ti, porque tú misma eres para ti el mayor demonio del infierno. No quieras ser estimada cuando Dios hecho hombre és tenido por necio, embriado y endemoniado. ¡Oh necedad de los cristianos, que queremos gozar de bienaventuranza sin querer imitarle en la cruz, en los oprobios, en la humildad, pobreza y demás virtudes!

95. El verdadero humilde se está en la quietud de su corazón reposado; allí sufre la prueba de Dios, de los hombres y del demonio, sobre toda razón y dirección, poseyéndose a sí mismo en paz y en quietud, esperando con toda humildad el agrado puro de Dios, así en la vida como en la muerte. No le inquietan las cosas de afuera más que si no fuesen. A éste la cruz y muerte son delicias, aunque exteriormente no lo manifieste. Pero ¡ay de quién hablamos, que se hallan pocos de estos humildes en el mundo!

96. Desea, espera, sufre y muere incógnita, que aquí está el amor humilde y el perfecto. ¡Oh qué de paz experimentarás en el alma si te humillas profundamente y abrazas los desprecios! No serás perfectamente humilde, aunque conozcas tu miseria, si no deseas que sea de todos conocida; entonces huirás las alabanzas, abrazarás las injurias, despreciarás todo lo criado, hasta a ti misma, y si te viniese alguna tribulación, no culparás a ninguno, sino que juzgarás que viene de la mano del Creador, como dador de todo bien.

97. Si quieres llevar bien los defectos de tus prójimos, pon los ojos en los tuyos propios. Y si piensas haber hecho algún provecho en la perfección de ti misma, sabe que no eres humilde ni has dado un paso en el camino del espíritu.

98. Los grados de la humildad son las calidades del cuerpo enterrado; estar en el infierno lugar sepultado como muerto; estar hediendo y corrompido asimismo, y en su propia estimación ser polvo y nada, menospreciar y ser menospreciada.

Y esta humildad, como todas las virtudes que ensalza el molinosismo, tiene sus características, sus señas inconfundibles. El singular hereje aragonés demuestra en éstas que pudieran llamarse reglas prácticas para conocer al perfecto humilde una observación tan penetrante, tan minuciosa del alma humana, que con dificultad hallará semejanza en su época. Estos capítulos y otros análogos nos revelan claramente cómo Miguel de Molinos hizo una autopsia cruel y pesimista, pero concienzuda, del espíritu inmortal que propugnaba a destruir con una engañosa salvación.

CAPITULO XI

MÁXIMAS PARA CONOCER EL CORAZÓN SENCILLO, HUMILDE Y VERDADERO

99. Aliéntate a ser humilde, abrazando las tribulaciones como instrumento de tu bien. Alégrate en el desprecio y desea que sólo Dios te sea único refugio, amparo y consuelo. Ninguno, por grande que sea en este mundo, es más de aquello que fuere en los ojos de Dios, y así, el verdadero humilde desprecia todo cuanto hay, hasta sí mismo, y sólo Dios tiene un reposo y descanso.

100. El verdadero humilde sufre con quietud y pa-

ciencia los trabajos interiores, y éste en poco tiempo camina mucho, como el que navega con viento en popa.

101. El verdadero humilde halla a Dios en todas las cosas, y así todo lo que le sucede de desprecio, injuria y afrenta por medio de las criaturas, lo recibe con gran paz y quietud interior, como enviado de la divina mano, y ama sumamente al instrumento, con el cual le prueba el Señor.

102. No ha llegado a tener humildad propia el que se complace en la alabanza, aunque no la desee ni la busque, y aunque huya de ella, porque al corazón humilde las alabanzas le son amargas cruces, aunque en todo se está quieto e inmóvil.

103. No tiene humildad interior el que no se aborrece a sí mismo con un mortal odio, pero pacífico y quieto. No llegará jamás a alcanzar este tesoro el que no tuviese un bajo y profundísimo conocimiento de su vileza, de su hediondez y miseria.

104. El que se excusa y replica, no tiene corazón sencillo y humilde, especialmente si es con los superiores; porque las réplicas nacen de la secreta soberbia que reina en el alma, y de ésta la total ruina.

105. La porfía supone poco rendimiento, y éste menos humildad, y ambas a dos son fomento de inquietud, discordia y turbación.

106. Al humilde corazón no le inquietan las imperfecciones, aunque le traspasen el alma de dolor, puramente por ser contra su amoroso Señor. A éste no le turba tampoco el no poder hacer cosas grandes, porque siempre se está en su nada y su miseria; antes bien se admira a sí mismo, cuando hace alguna cosa de virtud, y luego da las gracias al Señor con un verdadero conocimiento de que es sólo Su Majestad el que lo hace todo y de si queda en cuanto obra descontento.

107. El verdadero humilde, aunque lo ve todo, no mira nada para juzgarlo, porque sólo de sí juzga mal.

108. El verdadero humilde siempre halla excusa para defender al que le mortifica, por lo menos en la sana intención. ¿Quién se enojará, pues, con el bienintencionado?

109. Tanto y más desagrada a Dios la falsa humildad como la verdadera soberbia; porque aquélla es también hipocresía.

110. El verdadero humilde, aunque le sucedan todas las cosas al revés, ni se inquieta ni se aflige, porque le coge prevenido y le parece que ni aun eso merece. Este no se inquieta en los molestos pensamientos con que el demonio le atormenta, ni en las tentaciones, tribulaciones y desolaciones, antes bien se conoce indigno y lo tiene a gran consuelo que el Señor le atormente por el demonio, aunque tan vil instrumento y todo lo que padece le parece nada, ni hace jamás cosa que juzgue merece se haga caso de ella.

111. El que ha llegado a la perfecta e interior humildad, aunque no se inquiete de nada, como se aborrece por conocer en todo su imperfección, su ingratitude y miseria, padece gran cruz en sufrirse a sí mismo. Esta es la señal para conocer la verdadera humildad de corazón; pero esta dichosa alma que ha llegado a este santo odio de sí misma vive anegada, abismada y sumergida en su nada, de donde la eleva el Señor para comunicarle la divina sabiduría y hacerla rica de luz, de paz, de tranquilidad y amor.

CAPITULO XII

LA SOLEDAD INTERIOR ES LA QUE PRINCIPALMENTE CONDUCE
PARA ALCANZAR LA INTERIOR PAZ

II. Sabrás que aunque la soledad exterior ayuda mucho para alcanzar la interior paz, no es ésta de la que habló el Señor cuando dijo por su profeta: *Llevaréla a la soledad y hallaré al corazón* (Oseas II), sino de la inte-

rior, que es la que únicamente conduce para alcanzar la preciosa margarita de paz interior. Consiste la interior soledad en el olvido de todas las criaturas, en el despego y perfecta desnudez de todos los afectos, deseos y pensamientos, y de la propia voluntad. Esta es la verdadera soledad, donde descansa el alma con una amorosa e íntima serenidad, en los brazos del sumo bien.

113. ¡Oh qué infinitos espacios hay dentro del alma que ha llegado a esa divina soledad! ¡Oh qué íntimas, que retiradas, qué secretas, qué anchas y qué inmensas distancias hay dentro de la feliz alma que ha llegado a ser verdaderamente solitaria! Allí trata y se comunica el Señor interiormente con el alma. Allí la llena de sí, porque está vacía; la viste de su luz y amor, porque está desnuda; la eleva, porque está baja, y la une y la transforma en sí porque está sola.

114. ¡Oh apacible soledad y cifra de eternos bienes! ¡Oh espejo donde se mira de continuo el Padre Eterno! Con razón te llaman soledad, porque está sola, que apenas hay un alma que te busque, que te ame y te conozca. ¡Oh, divino Señor! ¿Cómo las almas no caminan a esta gloria de la tierra? ¿Cómo pierden tanto bien por un solo afecto y deseo de lo creado? ¡Oh qué dichosa serás si lo dejas todo por Dios! A él solo busca, a él solo anhela y por él solo suspira. No quieras nada, y nada te dará molestia, y si desearas algún bien, aunque espiritual, sea de manera que no te inquiete cuando no se consiga.

115. Si con esta libertad dieres a Dios el alma despegada, libre y sola, serás la más feliz de las criaturas de la tierra; porque en esta santa soledad tiene el Altísimo su habitación secreta. En este desierto y paraíso se deja Dios tratar, y solamente en este interior retiro se oye aquella maravillosa, eficaz, interior y divina voz. Si quieres entrar en este cielo de la tierra, olvida todo cuidado y pensamiento, desnúdate de ti misma, para que viva el amor de Dios en tu alma. Viva cuanto pudieras

abstraída de las criaturas, entrégate en todo a su Creador y ofrécete en sacrificio de paz y quietud de espíritu.

116. Sabe que cuanto más el alma se desnuda, tanto más se va entrando en la interior soledad, y tanto más queda de Dios vestida; y cuanto más el alma queda sola y vacía de sí misma, tanto más el divino espíritu la llena.

117. No hay vida más beata que la solitaria; porque en esta feliz vida se da Dios todo a la criatura y la criatura toda a Dios por su íntima y suave unión de amor. ¡Oh qué pocos llegan a gustar esta verdadera soledad! Para ser el alma verdadera solitaria, debe olvidarse de todas las criaturas y aun de sí misma; de otro modo no podrá llegarse interiormente a Dios.

118. Muchos dejan todas las cosas temporales; pero no dejan su gusto, su voluntad y a sí mismos, y por eso son tan pocos los verdaderos solitarios, porque si el alma no se despega de su gusto, de su despego, de su voluntad, de los espirituales dones y del descanso, aun en el mismo espíritu no podrá llegar a esta suma felicidad de la interior soledad.

119. Camina, ¡oh alma bendita!, camina sin detenerte a esta bienaventuranza de la interior soledad. Mira que te da Dios voces para que te entres en su interior centro, donde te quiere renovar, mudar, llenar, vestir y enseñar un nuevo y celestial reino lleno de alegría, de paz, de gozo y serenidad.

Adormecida mortalmente el alma en la “soledad irrespirable”, desasida del mundo exterior, de la vida que la rodea, no puede encauzarse más que por una ruta: la contemplación. Pero estamos ya en plena doctrina herética. Ya no basta el trastrueque y la interpretación sofística de los textos

ortodoxos. Comienzan a sostenerse afirmaciones categóricas. Esa contemplación de que va a gozar el alma es la contemplación pasiva e infusa característica del quietismo, y la Divinidad descenderá por ella en vez de elevarse el alma al Ser Supremo.

CAPITULO XIII

SE EXPLICA QUÉ COSA SEA LA CONTEMPLACIÓN INFUSA Y PASIVA, Y SE DECLARAN SUS MARAVILLOSOS EFECTOS

Sabrás que cuando el alma está ya habituada al interior recogimiento y contemplación adquirida que hemos dicho; cuando ya está mortificada y en todo desea negarse a sus apetitos; cuando ya muy de veras abraza la interior y exterior mortificación, y quiere muy de corazón morir a sus pasiones y propias operaciones, entonces suele Dios tirarla, elevándola, sin que lo advierta, a un perfecto reposo, en donde suave e íntimamente la infunde su luz, su amor y fortaleza, encendiéndola e inflamándola con verdadera disposición para todo género de virtud.

121. Allí el divino Esposo, suspendiéndole las potencias, la adormece con un suavísimo y dulcísimo sueño; allí dormida y quieta recibe y goza, sin entender lo que goza, con suavísima y dulcísima calma. Allí el alma elevada y sublimada en este pasivo estado se halla unida al sumo bien, sin que le cueste fatiga esta unión. Allí, en aquella suprema región y sagrado templo del alma, se agrada el sumo bien, se manifiesta y deja gustar de la criatura, con un modo superior a los sentidos y a todo humano entender. Allí el solo espíritu, que es Dios, no siendo la pureza del alma capaz de las cosas sensibles, la domina y se hace dueño, comunicándole sus ilustracio-

nes y sentimientos necesarios para la más pura y perfecta unión.

122. Vuelta en sí el alma de estos dulces y divinos abrazos, sale rica de luz, de amor y de una estima de la divina grandeza y conocimiento de su miseria, hallándose toda divinamente mudada y dispuesta a abrazar, a padecer y a practicar la más perfecta virtud.

123. Es, pues, la sencilla, pura e infusa y pasiva contemplación una experimental e íntima manifestación que da Dios de sí mismo, de su bondad, de su paz y de su dulzura, cuyo objeto es Dios puro, inefable, abstraído de todos los particulares pensamientos dentro del silencio interno. Pero es Dios gustoso, Dios que nos atrae, Dios que dulcemente nos levanta con un modo espiritual y purísimo: don admirable que le concede Su Majestad a quien quiere, como quiere y cuando quiere, y por el tiempo que quiere, aunque el estado de esta vida más es de cruz, de paciencia, de humildad y de padecer que de gozar.

124. Jamás gustarás este divino néctar, si no te adelantas a la virtud, y a la interior mortificación; si no procuras muy de corazón establecer en tu alma una gran paz, silencio, olvido y soledad interior, ¿cómo se ha de oír la suave, interna y eficaz voz de Dios en medio de los bullicios y tumultos de las criaturas? ¿Y cómo se ha de oír el puro y divino espíritu en medio de las artificiosas consideraciones y discursos? Pero si tu alma no quiere continuamente morir en sí, negándote a todas estas materialidades y satisfacciones, no será otra cosa tu contemplación que una pura vanidad, una complacencia y una presunción.

CAPITULO XIV

P R O S I G U E L O M I S M O

125. No siempre se comunica Dios con igual abundancia en esta suavísima e infusa contemplación; unas veces se franquea más que otras, y no guarda tal vez que esté el alma tan muerta y negada, que como este don es gracia, le da cuando quiere, a quien quiere y como quiere, sin que en esto se pueda dar regla general ni poner tasa a su divina grandeza; antes bien, por medio de la misma contemplación, la hace negar, aniquilar y morir.

126. Tal vez da el Señor más luz al entendimiento, tal vez mayor amor a la voluntad. No necesita aquí el alma de fatigarse, debe recibir lo que Dios la da, y quedar unida como él la quiere; porque Su Majestad es el dueño, y en el mismo tiempo que la adormece, la posee, la llena y obra poderosa y suavemente en ella sin su industria, y sin que lo conozca; de manera, que antes de advertir esta gran misericordia, se halla ganada, vencida y divinamente mudada.

127. El alma que se halla en este dichoso estado ha huir de dos cosas, que son la actividad del humano espíritu y el apego. No quiere nuestro humano espíritu morir en sí mismo, sino obrar y discurrir a su modo, usando sus propias operaciones: es necesaria una gran fidelidad y desnudez de sí misma, para llegar a la perfecta y pasiva capacidad de las divinas influencias; los continuos hábitos que tiene de obrar con libertad la impiden su aniquilación.

128. La segunda es el apego a la misma contemplación. Debes, pues, procurar en tu alma una perfecta desnudez de todo cuanto hay, hasta del mismo Dios,

sin buscar en lo interior ni en lo exterior otro fin ni interés que la divina voluntad.

129. Finalmente, el modo con que de tu parte has de disponer para esta pura, pasiva y perfecta oración, es una total y absoluta entrega en las divinas manos, con una perfecta sumisión en su santísima voluntad, para estar ocupada a su gusto y disposición, recibiendo con igualdad y perfecta resignación cuanto ordenare.

130. Sabrás que son pocas las almas que llegan a esta infusa y pasiva oración; porque son pocas las capaces de estas divinas influencias; con tal desnudez y muerte de su propia actividad y potencias. Solamente aquellos que lo experimentan lo saben. Esta perfecta desnudez se alcanza mediante la divina gracia con una continua e interior mortificación, muriendo a todas las propias inclinaciones y deseos.

131. En ningún tiempo has de mirar los efectos que se obran en tu alma, pero con especialidad en éste; porque será poner impedimento a las divinas operaciones que la enriquecen. Sólo ha de ser tu anhelo a la indiferencia, a la resignación y olvido, y sin que tú lo adviertas, dejará el sueño bien en tu alma una apta disposición para la práctica de las virtudes; un verdadero amor a la cruz, a tu desprecio, a tu aniquilación y deseos íntimos y eficaces de la mayor perfección, y de la más pura y efectiva unión.

Nuevamente nos enfrentamos con el sentido práctico, objetivo, del molinosismo. El orden agrupa conceptos tan quebradizos, que solamente por él hallan estabilidad posible, y la observación detallada, frágil, en fuerza de sutil, señala características que se borran en una grisura de dudas.

CAPITULO XV

DE DOS MEDIOS POR DONDE SUBE EL ALMA A LA CONTEMPLACIÓN INFUSA, Y SE EXPLICA CUÁNTO Y CUÁLES SEAN SUS GRADOS.

132. Dos son los medios por los cuales sube el alma a la felicidad de la contemplación y afectivo amor. El gusto y los deseos. Suele Dios al principio llenar el alma de sensibles gustos, porque es tan frágil y miserable, que sin este prevenido consuelo no puede volar a la fruición de las cosas del cielo. En este primer grado se dispone con la contrición y se ejercita con la penitencia, meditando la Pasión del Redentor, desarraigando con grande ahinco los mundanos deseos y viciosas costumbres; porque el reino de los cielos padece violencia y no le conquistan los pusilánimes y delicados, sino los que se violentan.

133. El segundo son los deseos. Cuanto más se gustan las cosas del cielo, tanto más se apetecen, y así, a los gustos espirituales se siguen los deseos de gozar los bienes celestiales y divinos y despreciar los terrenos. De estos deseos nace la inclinación de imitar a Cristo, nuestro señor, que dijo *Yo soy el camino* (Juan, XIV). Los pasos de su imitación donde se ha de subir son: la caridad, la mansedumbre, la paciencia, la pobreza, el desprecio propio, la cruz, la oración y la mortificación.

134. Los grados de la infusa contemplación son tres. El primero es la hartura. Cuando el alma se llena de Dios concibe odio a todo lo mundano: entonces se quieta, y sólo con el divino amor se sacia. El segundo es la embriaguez. Es este grado un mental exceso y elevación del alma, nacida del divino amor y de su hartura.

135. El tercero es la seguridad, cuyo grado destierra todo temor. Está el alma tan embebida en el amor di-

vino, y queda tan resignada en el divino beneplácito, que si supiese era voluntad del Altísimo, se iría de muy buena gana al infierno. Experimenta en este grado un cierto vínculo de la divina unión, que le parece imposible separarse de su amado y de su infinito tesoro.

136. Otros seis grados hay de contemplación, que son: fuego, unción, elevación, iluminación, gusto y descanso. Con el primero se enciende el alma; encendida, se unge; ungida, es elevada; elevada, contempla; contemplando, gusta, y gustando, descansa y reposa. Por estos grados sube el alma abstraída y experimentada en la vía espiritual e interior.

137. En el primer grado, que es el fuego, se ilustra el alma, mediante el divino y ardiente rayo, encendiendo los divinos afectos y secando los humanos. El segundo grado es la unción, la cual es un suave y espiritual licor, que difundiéndose por toda el alma, la enseña, corrobora y dispone para recibir y contemplar la divina verdad. Y tal vez se extiende hasta la misma naturaleza, corroborándola para la tolerancia, con un gusto sensible que parece celestial.

138. El tercero es una elevación del hombre interior, sobre sí mismo, para llegar más apto a la parte clara del puro amor.

139. El cuarto, que es la iluminación, es un infuso conocimiento emanado de la divina verdad, suavidad y dulzura, a quien el alma contempla subiendo de claridad en claridad y de luz en luz, conducida del divino espíritu.

140. El quinto es un sabroso gusto de la divina dulzura, emanado de la abundante y preciosa fuente del Santo Espíritu.

141. El sexto es una suave y admirable tranquilidad, nacida del vencimiento y de la interior guerra, y frecuente oración, de muy pocos, y aun de raros experimentada. Aquí es tanta la abundancia del júbilo y de la paz, que le parece al alma que, como en suave sueño,

está solazándose y descansando en el divino y amoroso pecho.

142. Otros muchos grados hay de contemplación, como son: éxtasis, raptos, liquefacción, deliquio, júbilo, ósculo, abrazo, exaltación, unión, transformación, desposorio y matrimonio, los cuales dejo de explicar por huir la especulación y porque hay libros enteros que tratan de estos puntos, aunque todos son para quien no los experimenta como el color al ciego, y al sordo la armonía. Finalmente, por estos escalones se asciende al reclinatorio y descanso del rey pacífico y verdadero Salomón.

CAPITULO XVI

SEÑALES PARA CONOCER EL HOMBRE INTERIOR Y EL ÁNIMO PURGADO

143. Cuatro son las señales para conocer el hombre interior. La primera, si ya el entendimiento no produce otros pensamientos que aquellos que excitan a la luz de la fe, y la voluntad está ya tan habituada, que no engendra otros actos de amor sino de Dios y en orden a Dios. La segunda, si cuando cesa de la obra exterior en que estaba ocupado, luego, y con facilidad, se convierten a Dios el entendimiento y la voluntad. La tercera, si en entrando en la oración se olvida de todas las cosas como si no lo hubiera visto ni tratado. La cuarta, si se porta, en orden a las cosas exteriores, como si de nuevo entrara en el mundo, temiendo contrastar con los negocios, aborreciéndolos naturalmente, si no es cuando obliga la caridad.

144. Esta alma ya está libre de lo exterior, y con facilidad se entra en la interior soledad, donde sólo ve a Dios, amándole con quietud, paz y verdadero amor. Allí, en aquel íntimo centro, está el Señor hablándola amo-

rosamente, enseñándola un nuevo reino, la verdadera paz y alegría.

145. Ya a esta alma espiritual, abstraída y retirada, no se le turba la interior paz, aunque en lo exterior padezca guerra, porque no llegan con infinita distancia las tempestades al serenísimo cielo interior, donde reside el puro y perfecto amor, que, si bien algunas veces se ve desnuda, desamparada, combatida y desolada, es furor de la borrasca, que bravea por afuera.

146. Cuatro efectos engendran este íntimo amor. El primero se llama ilustración, que es un sabroso y experimental conocimiento de la grandeza de Dios y de la propia nada. El segundo es inflamación, la cual es un encendido amor y deseo de abrasarse como las salamandra en el amoroso y divino fuego. El tercero es la suavidad, que es una pacífica, alegre e íntima fruición. El cuarto es absorbimiento de potencias en Dios. Las tiene el Señor tan ocupadas y embebidas en sí, que ya no puede el alma buscar, desear ni querer otra cosa que a su sumo e infinito bien.

147. De esta plenisíma hartura nacen dos efectos. El primero, un grande aliento para padecer por Dios. El segundo, una cierta esperanza o seguridad, que jamás le ha de perder, ni de él se ha de separar. Aquí, en este interior retiro, tiene el amado Jesús su paraíso, al cual podemos subir, estando y conservando en la tierra. Y si deseas saber quién es el que totalmente es tirado al interior retiro, con alumbrada simplificación en Dios, digo que es aquel que en la adversidad, en la desolación del espíritu y en la falta de lo necesario se está firme e inmovible. Estas constantes e interiores almas están por afuera desnudas y totalmente en Dios difundidas, a quien continuamente contemplan. No tienen ninguna mancha; viven en Dios, y de Dios mismo; resplandecen sobre mil soles; son amadas del Hijo, hijas queridas del Padre y esposas del Santo Espíritu.

148. Por tres señales se conoce el ánimo purgado, como dice Santo Tomás en un opúsculo. La primera, la diligencia, que es una fortaleza de ánimo que arroja toda negligencia y pereza, para disponerse con solícitud y confianza a obrar bien las virtudes. La segunda, la severidad, que es una fortaleza de ánimo contra la concupiscencia, acompañada con ardiente amor de la aspereza, de la vileza y santa pobreza. La tercera, la benignidad, que es una dulzura del ánimo que despidе todo rencor, envidia, aversión y odio contra el prójimo.

149. Hasta que el ánimo esté purgado, purificado el afecto, desnuda la memoria, ilustrado el entendimiento y la voluntad negada e inflamada, nunca el alma llegará a la íntima y afectiva unión con Dios, que como el espíritu de Dios es la misma pureza, la luz y la quietud, se requiere en el alma donde ha de morar gran pureza, paz, atención y quietud. Finalmente, el precioso don del ánimo purgado solamente es de aquellos que buscan con continua diligencia el amor y se tienen y desean ser tenidos por los más viles del mundo.

Un grado más, definitivo, para llegar al ideal molinosista. Esa contemplación infusa, esa invasión divina del alma inerme, concluyen por conseguir tres etapas místicas para el alma: la sabiduría divina, la perfecta aniquilación y, por último, la quietud. Ya está jalonada la ruta herética del alma, del espectro de alma destruída, que no puede rebelarse ya.

CAPITULO XVII

DE LA DIVINA SABIDURÍA

150. La divina sabiduría es un conocimiento intelectual e infuso de las divinas perfecciones y de las cosas eternas, que más debe llamarse contemplación que especulación. La ciencia es adquirida y engendra la noticia de la naturaleza. La sabiduría es infusa, y engendra el conocimiento de la divina bondad. Aquélla quiere conocer lo que no se alcanza sin trabajo ni sudor; ésta desea ignorar lo mismo que conoce, aunque lo alcanza todo. Finalmente, los científicos están en el conocimiento de las cosas del mundo, y los sabios viven en el mismo Dios sumergidos.

151. La razón iluminada en el sabio es una alta y sencilla elevación del espíritu, por donde se ve con sencilla y aguda vista todo lo que es a él inferior y cuanto toca a su vida y estado. Esto es lo que hace al alma sencilla, ilustrada, uniforme, espiritual y totalmente introvertida y de todo lo creado abstraída. Esta es la que mueve y atrae con suave violencia los corazones de los humildes y dóciles, llenándoles con abundancia de suavidad, paz y dulzura. Finalmente, dice el Sabio de ella que le trajo todos los bienes juntos en su compañía: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa* (Sap., VII, 11).

162. Sabrás que la mayor parte de los hombres vive de la opinión y juzga según la falibilidad de la imaginación y sentido. Pero el sabio juzga todas las cosas según la verdad que hay en ellas, cuyos efectos son entender, concebir, penetrar y trascender todo lo creado hasta sí mismo.

153. Es muy propio del sabio obrar mucho y hablar poco.

154. La sabiduría se gusta en las obras y palabras

del sabio, porque como es Señor absoluto de todas sus pasiones, movimientos y afectos, se manifiesta en todas sus obras como una quieta y agradable agua en la cual se ve lucir la sabiduría con claridad.

155. La inteligencia de las verdades místicas está oculta y cerrada para los hombres puramente escolásticos, porque es ciencia de los santos, la cual no se manifiesta sino a los que aman muy de veras y buscan su propio desprecio. Por las almas que por abrazar este medio llegaron a ser puramente místicas y verdaderamente humildes, penetran hasta las más profundas noticias de la divinidad, y los hombres tanto más se apartan de esta ciencia mística, cuanto más sensualmente viven según la carne y sangre.

156. Por ordinario, en el sujeto donde hay mucha ciencia escolástica y especulativa, no predomina la divina sabiduría; pero hacen un admirable compuesto cuando entre ambas van unidas. Son signos de veneración y alabanza en la religión, los varones doctos, que por la misericordia del Señor llegaron a ser místicos.

157. Las acciones exteriores de los místicos y sabios que obran más *pasive* que *active*, aunque les son cruelísima muerte, las ordena con prudencia, número, peso y medida.

158. Los sermones de los doctos no tienen espíritu, aunque se compongan de varias fábulas, de descripciones elegantes, de agudos discursos y exquisitos textos, no son de ninguna manera la palabra de Dios, sino la de los hombres, con fingido oro adulterada. Estos predicadores corrompen los cristianos, apacentándolos con viento y vanidad, y así unos y otros quedan de Dios vacíos. Estos maestros pacen los vientos de las sutilezas venenosas, dando a los oyentes piedras por pan, hojas por frutos, y por verdadero alimento tierra desabrida con venenosa miel mezclada. Estos son los cazadores de la honra, fabrican-

do siempre un ídolo de estimación y aplauso, en vez de solicitar la gloria de Dios, y espiritual provecho.

159. Los que predicán con celo y desengaño, predicán a Dios; los que predicán sin él se predicán a sí. Aquellos que dicen la palabra de Dios con espíritu, la imprimen en el corazón; los que la predicán sin él, la llegan sólo al oído. No consiste la perfección en enseñarla, sino en obrarla, porque no es más sabio, ni más santo el que sabe más verdades, sino el que las ejecuta.

160. Es máxima constante que la divina sabiduría engendra humildad, y la adquirida de los doctores, soberbia.

161. No está la santidad en formar altos y sutiles conceptos de la ciencia y atributos de Dios, sino en el amor de Dios y la negación de la propia voluntad. Por esto se halla más de ordinario la santidad en los sencillos y humildes que en los doctos. ¡Cuántas viejecitas se hallan pobres de ciencia humana y riquísimas de amor divino! ¡Cuántos vanos teólogos se ven sumergidos en su vana sabiduría y pobríssimos de la verdadera luz y caridad!

162. Advierte que es bueno hablar siempre, como quien aprende, y no como quien sabe, y estima más que te tengan por ignorante que por sabio y prudente.

163. Aunque los doctos puramente especulativos comprenden por afuera algunas centellitas de espíritu, no salen éstas del fondo sencillo de la eminente y divina sabiduría, la cual aborrece como la muerte las formas y especies. La mezcla de poca ciencia impide siempre la eterna, profunda, pura, sencilla y verdadera sabiduría.

CAPITULO XVIII

PROSIGUE LO MISMO

164. Dos son los caminos que guían al conocimiento de Dios; el uno es remoto, y el otro, próximo. El primero se llama especulación, y el segundo, contemplación.

Los doctos que siguen la ciencia especulación con la dulzura de los sensibles discursos suben por este medio como pueden a Dios, para que con este socorro puedan amarle; pero ninguno de los que siguen este camino, que llaman Escolástica, llega por él solo a la vía mística, ni a la excelencia de la unión, transformación, sencillez, luz, paz, tranquilidad y amor; como llega a experimentar el que es conducido con la divina gracia, por la vía mística de la contemplación.

165. Estos doctos meramente escolásticos no saben qué cosa es espíritu, ni perderse en Dios, ni han llegado a gustar las suaves ambrosías en el fondo íntimo del alma, donde está su trono y se comunica con increíble, íntima y regalada influencia. Antes bien, algunos, sin entender esta ciencia—porque nadie la entiende sino el que la gusta—, la condenan, y su parecer es seguido y aplaudido y venerado por la falta de luz que hay en el mundo y sobra de ceguedad.

166. El teólogo que no gusta de la dulzura de la contemplación es porque no entra por la puerta que enseña San Pablo cuando dice: *Si quis inter vos videtur sapiens esse, stultus fiat, ut sit sapiens*: Si alguno entre vosotros se tuviere por sabio, hágase necio para serlo, humíllese, reputándose por ignorante. (Ad Cori. I, cap. III, 18.)

167. Es regla general, y aun máxima en la mística teología, que primero es alcanzar la práctica que la teórica; primero se ha de experimentar el ejercicio de la sobrenatural contemplación, que inquirir el conocimiento e investigar la plena noticia de aquella divina gracia.

168. Aunque la ciencia mística, por ordinario, sea de los humildes y sencillos, no por eso son los doctos incapaces, si no se buscan a sí mismos, ni hacen caso de su artificiosa ciencia; y más si se olvidan de ella, como si no la tuvieran, y sólo la usan en su tiempo y lugar para predicar y disputar cuando importa; y después vacan a

sencilla, y desnuda contemplación de Dios, sin forma, figura, ni consideración.

169. El estudio que no se ordena sólo para la gloria de Dios, es breve camino para el infierno, no por el estudio, sino por el viento de la soberbia que engendra. Miserable es la mayor parte de los hombres de este tiempo, que sólo estudian para satisfacer la insaciable curiosidad de la naturaleza.

170. Muchos buscan a Dios y no le hallan; porque les lleva más la curiosidad que la sincera, pura y limpia intención; más desean los consuelos espirituales que al mismo Dios; y como no le buscan con verdad, ni hallan a Dios, ni a los espirituales gustos.

171. El que no procura la total negación de sí mismo, no será verdaderamente abstraído, y así nunca será capaz de las verdades y luces del espíritu.

172. Son raros los hombres en el mundo que aprecian más el oír que el hablar; pero el sabio y puro místico no habla sino forzado, ni se pone en cosa que no le toca por oficio, y entonces con gran prudencia.

173. El espíritu de la divina sabiduría llena con suavidad, domina con fortaleza y alumbra con excelencia a los que se sujetan a su dirección.

174. Y el alma santa dotada de la divina sabiduría ama todas las cosas, no por la apariencia, sino por el grado de bondad y santidad que hay en ellas.

175. Donde mora el divino espíritu, siempre se halla la sencillez y la santa libertad; pero la astucia, el doblez, la ficción, el artificio, la política y mundanos respetos, son infierno para los hombres sabios y sencillos.

176. Sabrán que se ha de despegar y negar de cinco cosas el que ha de llegar a la ciencia mística. La primera, de las criaturas; la segunda, de las cosas temporales; la tercera, de los mismos dones del Espíritu Santo; la cuarta, de sí misma; y la quinta se ha de despegar del mismo Dios. Esta última es la más perfecta, porque el alma que

ni se sabe despegar, es la que se llega a perder en Dios, y sólo la que así se llega a perder, es la que se acierta a hallar.

177. Más se paga Dios del afecto del corazón, que del efecto de las mundanas ciencias. Una cosa es limpiar el corazón de todo aquello que le hace prisionero e impuro; y otra hacer ciento y mil cosas, aunque buenas y santas, sin atender a esta pureza del corazón, que es la principal para alcanzar la divina sabiduría.

178. Muchas almas dejan de llegar a la quieta contemplación, a la divina sabiduría y ciencia verdadera, aunque tienen muchas horas de oración, y comulgan cada día porque no se entregan del todo a Dios con perfecta desnudez y despego. Finalmente, hasta que en el fuego de las penas interiores y exteriores se purifique el alma, jamás llegará a la renovación, a la transformación y perfecta contemplación, a la afectiva unión y divina sabiduría.

El capítulo que sigue es, a no dudar, el epicentro del molinosismo. Nótese cómo el autor de la *Guía espiritual* se cree obligado a resumir brevemente las jornadas del camino de la lógica por las que ha pasado hasta llegar aquí. Esta es la decisiva para alcanzar el fin. Aniquilada el alma, la quietud absoluta no sólo será factible, sino irremediable.

CAPITULO XIX

DE LA VERDADERA Y PERFECTA ANIQUILACIÓN

179. Has de saber que en solos dos principios está fundada toda esta fábrica de aniquilación. El primero es tenerse en baja estima a sí mismo y a todas las cosas del mundo, de donde ha de nacer el poner en práctica la desnudez y renunciación de sí mismo, y de todas las cosas, con una santa resolución, con el afecto y la obra.

180. El segundo principio ha de ser una grande estimación de Dios, para amarle, adorarle y seguirle sin género de interés propio, aunque sea el más santo. De estos dos principios ha de nacer una plena conformidad con la divina voluntad. Esta eficaz y práctica conformidad con la divina voluntad en todas las cosas, conduce al ánimo a la aniquilación y transformación con Dios, sin mezcla de raptos, ni de éxtasis exteriores, ni afectos vehementes, porque este camino es sujeto a muchas ilusiones, con peligro de enfermedades y fatigas del entendimiento, por cuya senda es raro el que llega a la cima de la perfección, que se alcanza por este otro camino seguro, firme y real, aunque no sin pesada cruz, porque en ella está fundada la vía regia de la aniquilación y perfección. A la cual se siguen muchos dones de luz y divinos afectos, con otros infinitos gratis datos; pero de todos se ha de desnudar el alma aniquilada, si no quiere que le sean de impedimento para pasar a la deificación.

181. Haciendo el alma continuo progreso de su bajeza, debe caminar a la práctica de la aniquilación, que consiste en el aborrecimiento de la honra, dignidad y alabanza; porque a la vileza y al puro nada no es de razón se le dé la dignidad y la honra.

182. Al alma que conoce su vileza, le parece imposible merecer nada; antes bien, se confunde y se conoce indig-

na de la virtud y alabanza. Esta abraza con igualdad de ánimo todas las ocasiones de menosprecio, persecución, infamia, confusión y afrenta, y conociéndose verdaderamente merecedora de semejantes oprobios da al Señor las gracias cuando se ve en las ocasiones; porque la trata como merece, y aun se reconoce indigna de que con ella obre su justicia; pero sobre todo se alegra del precio y afrenta, porque resulta para su Dios una gran gloria.

183. Elige siempre esta alma lo más bajo, vil y despreciado, así de lugar como de vestido y todo lo demás, sin afectación ninguna de singularidad, juzgando que la mayor vileza excede siempre a sus méritos, y aun de aquélla se reconoce indigna. Esta práctica hace llegar al alma a una verdadera aniquilación de sí misma.

184. Comienza el alma que quiere ser perfecta a mortificar sus pasiones; aprovechada ya en este ejercicio, se niega; luego, con la divina ayuda, pasa al estado de la nada, donde se desprecia, se aborrece a sí misma, y se humilla conociendo que es nada, que puede nada y que vale nada; de aquí nace el morir en los sentidos, y en sí misma de muchas maneras, y a todas horas, y finalmente, de esta espiritual muerte se origina la verdadera y perfecta aniquilación, de manera que cuando ya el alma está muerta a su querer y entender, se dice con propiedad que llegó al perfecto y dichoso estado de la aniquilación sin que la misma alma lo llegue a entender; porque no sería aniquilada si llegase ella a conocerlo. Y aunque llegue a este feliz estado de aniquilada, importa saber que siempre tiene más y más que caminar, que purificar y aniquilar.

185. Sabrás que esta aniquilación, para que sea perfecta en el alma, ha de ser en el propio juicio, en la voluntad, en los afectos, inclinaciones, deseos, pensamientos y en sí misma, de tal manera, que se ha de hallar el alma muerta al querer, al desear, procurar, entender y pensar, queriendo como si no quisiera; desando como si no

deseara; entendiendo como si no entendiera; pensando como si no pensara, sin inclinarse a nada, abrazando igualmente los desprecios como las honras, los beneficios como los castigos.

186. ¡Oh, qué dichosa alma la que así se halla muerta y aniquilada! Ya ésta no vive en sí porque vive Dios en ella; ya con toda verdad se puede decir que es otra fénix renovada, porque está trocada, espiritualizada, transformada y deificada.

CAPITULO XX

ENSÉÑASE CÓMO LA NADA ES EL ATAJO PARA ALCANZAR LA PUREZA DEL ALMA, LA PERFECTA CONTEMPLACIÓN Y EL RICO TESORO DE LA INTERIOR PAZ.

187. El camino para llegar a aquel alto estado del ánimo reformado, por donde inmediatamente se llega al sumo bien, a nuestro primer origen y suma paz, es la nada. Procura estar siempre sepultada en esa miseria. Esa nada y esa conocida miseria es el medio para que el Señor obre en tu alma maravillas. Vístete de esa nada, de esa miseria, y procura que esa miseria y esa nada sea tu continuo sustento y morada, hasta profundarte en ella; yo te aseguro que, siendo tú de esta manera la nada, sea el Señor el todo en tu alma.

188. ¿Por qué piensas que embarazan infinitas almas la abundante corriente de los divinos dones? Porque quieren hacer algo y desean el ser grandes; todo es salirse de la interior humildad y de su nada; y así impiden las maravillas que quiere obrar aquella infinita bondad. Apéganse a los mismos dones espirituales por salir del centro de la nada y todo lo malogran. No buscan a Dios con verdad, y así no le hallan; porque ha de saber que no se halla sino en el desprecio de nosotros mismos y en la nada.

189. Nos buscamos a nosotros mismos siempre que salimos de la nada, y por eso no llegamos jamás a la quieta y perfecta contemplación. Entrate en la verdad de tu nada, y de nada te inquietarás; antes bien, te humillarás, confundirás y perderás de vista tu propia reputación y estima.

190. ¡Oh, qué baluarte tan fuerte has de hallar en esa nada! ¿Quién te ha de dar pena, si te guareces en esa fortaleza? Porque el alma, que es de sí misma despreciada, y que en su conocimiento es nada, nadie la puede hacer agravio, ni injuria. El alma que está dentro de su nada, guarda silencio interno, vive transformada en el sumo bien, no apetece nada de todo lo creado, vive en Dios sumergida y resignada en cualquier tormento, porque siempre juzga es más lo que merece. Estándose el alma quieta en su nada, la perfecciona, enriquece, y pinta el Señor en ella sin embarazo su imagen y semejanza.

191. Por el camino de la nada has de llegarte a perderte en Dios, que es el último grado de la perfección; y así te sabes perder, serás dichosa, te ganarás y te acertarás a hallar. En esta oficina de la nada se fabrica la sencillez, se halla el interior e infuso recogimiento; se alcanza la quietud y se limpia el corazón de todo género de imperfección. ¡Oh, qué tesoro descubrirás si haces en la nada su morada! Y si te entras en el centro de la nada, en nada te mezclarás por afuera (escalón en donde tropiezan infinitas almas), sino solamente en aquello que por oficio te toca.

192. Si te estás encerrada en la nada, adonde no llegan los golpes de las adversidades, nada te dará pena, nada te inquietará. Por aquí has de llegar al señorío de ti misma, porque sólo en la nada reina el perfecto y verdadero dominio. Con el escudo de la nada vencerás las vehementes tentaciones y terribles sugerencias del envidioso enemigo.

193. Conociendo que eres nada, que puedes nada y que

vales nada, abrazarás con quietud las pasivas sequedades, tolerarás las horribles desolaciones, sufrirás los espirituales martirios e interiores tormentos. Por medio de esa nada has de morir en ti misma de muchas maneras, en todos tiempos y a todas horas. Y cuanto más fueres muriendo, tanto más te irás profundando en tu miseria y baja; y tanto más te irá el Señor elevando y a sí mismo uniendo.

194. ¿Quién ha de despertar al alma de aquel dulce y sabroso sueño, si se duerme en la nada? Por aquí llegó David, sin saberlo, a la perfecta aniquilación. *Ad nihilum redactus sum et nescivi.* (Psal. XVII). Estándote en la nada, cerrarás la puerta a todo lo que no es Dios; te retirarás aun de ti misma y caminarás a aquella interior soledad, adonde el divino Esposo habla al corazón a su Esposa, enseñándola la alta y divina sabiduría. Anégate en esa nada, y hallarás en ella sagrado asilo para cualquiera tormenta.

195. Por este camino has de volver al dichoso estado de la inocencia, que perdieron nuestros primeros padres. Por esta puerta has de entrar a la tierra feliz de los vivos, donde hallarás al sumo bien, la latitud de la caridad, la belleza de la justicia, la derecha línea de la equidad y rectitud; y en suma, toda la perfección. Últimamente no mires nada, no desees nada, no quieras nada, no solicites saber nada, y en todo vivirá tu alma en quietud y gozo descansada. Este es el camino para alcanzar la pureza del alma, la perfecta contemplación y la interior paz. Camina, camina por esta segura senda, y procura en esa nada sumergirte, perderte, abismarte, si quieres aniquilarte, unirte y transformarte.

Es sorprendente y maravillosa la finísima, pero fortísima cadena de razonamientos que trae atado al lector hasta aquí. Inútil es buscar en ella una

solución de continuidad, un descuido de orden, un punto débil de contradicción. Insensiblemente se han ido admitiendo apoyos que ahora es imposible apenas concretar y menos lícito aún rechazar. La captación es completa. Aquí se afirma y admite, sin reparos, lo que en el título de la obra se anunciaba vagamente y se insinuaba al comienzo como posibilidad. La evolución de la idea molinosista es curiosa: primero se le ha buscado una lejana aproximación ortodoxa; luego, se ha ido acortando el camino y allanándolo con singulares interpretaciones de textos, y, finalmente, cuando la distancia casi no existe, en fuerza de hábiles deducciones, es cuando precisamente el lector está en su totalidad sumergido en la más completa herejía. Tal es el talento expositivo de Miguel de Molinos: esporádico y asombroso.

CAPITULO XXI

DE LA SUMA FELICIDAD DE LA INTERIOR PAZ Y DE SUS MARAVILLOSOS EFECTOS

196. Aniquilada ya el alma, y con perfecta desnudez renovada, experimenta en la parte superior una profunda paz y una sabrosa quietud, que la conduce a tan perfecta unión de amor, que en todo jubila. Ya esta alma ha llegado a tal felicidad, que no quiere ni desea otra cosa que lo que su amado quiere; con esta voluntad se conforma en todos los sucesos, así de consuelo como de pena; y juntamente se goza de hacer en todo el divino beneplácito.

197. Ya no hay cosa que no la consuele, ni le falta nada que pueda afligirla; el morir le es gozo, y el vivir, su alegría. Tan contenta está en el paraíso como en la tierra; tan gozosa en la privación como en la posesión, en la enfermedad como en la salud; porque sabe que esa es la voluntad de su Señor; esta es su vida, esta su gloria, su paraíso, su paz, su sosiego, su quietud, su consuelo y suma felicidad.

198. Si a esta alma, que ha subido ya por los escalones de la aniquilación a la región de la paz, le fuese necesario el escoger, elegiría primero la desolación que el consuelo, el desprecio que la honra; porque el amoroso Jesús hizo sumo aprecio del oprobio y de la pena. Si padeció antes hambre de los bienes del cielo, si tuvo sed de Dios, temor de perderle, llanto en el corazón y guerra del dominio, ya se han convertido el hambre en hartura, la sed en saciedad, el temor en seguridad, la tristeza en alegría, el llanto en gozo y la fiera guerra en suma paz. ¡Oh, dichosa alma que goza ya en la tierra tan gran felicidad! Estas almas (aunque pocas) son las columnas fuertes que sustentan la Iglesia y las que templan la divina indignación.

199. Ya esta alma, que ha entrado en el cielo de la paz, se reconoce llena de Dios y de sus sobrenaturales dones, porque vive fundada en un puro amor, agradándole igualmente la luz como las tinieblas, la noche como el día, y la aflicción como el consuelo. Por esta santa y celestial indiferencia no pierde la paz en las adversidades, ni la tranquilidad en las tribulaciones; antes se mira llena de inefables gozos.

200. Y aunque el príncipe de las tinieblas mueve contra ella todos los asaltos del infierno, con horribles tentaciones, resiste en esta guerra, como la firme columna, sucediéndole lo que pasa en el alto monte y profundo valle en el tiempo de la tempestad.

201. Estáse el valle obscurecido con densas tinieblas,

fieras tempestades de piedras, de truenos, rayos y relámpagos, que parece un retrato del infierno; y en este mismo tiempo está el alto monte resplandeciente, recibiendo los hermosos rayos del sol, con paz y serenidad, quedando todo él como un cielo claro, pacífico y luminoso.

202. Lo mismo sucede en esta dichosa alma. Está el valle de la parte inferior sufriendo tribulaciones, combates, tinieblas, desolaciones, tormentos, martirios y sugerencias; y en el mismo tiempo, en el alto monte de la parte superior del alma, ilustra, inflama e ilumina el verdadero sol, con que queda clara, pacífica, resplandeciente, tranquila, serena y hecha un mar de alegría.

203. Es, pues, tanta la quietud de esta pura alma, que llegó al monte de la tranquilidad; es tanta la paz en su espíritu, tanta la serenidad y sosiego en lo interior, que redunda hasta en lo exterior un resabio y vislumbrar de Dios.

204. Porque en el trono de quietud se manifiestan las perfecciones de la espiritual hermosura; aquí la luz verdadera de los secretos y divinos misterios de nuestra santa fe; aquí la humildad perfecta, hasta la aniquilación de sí misma; la plenísima resignación, la castidad, la pobreza de espíritu, la inocencia y sencillez de paloma, la exterior modestia, el silencio y soledad interior, la libertad y pureza del corazón; aquí el olvido de lo creado; hasta de sí misma; la alegre simplicidad, la celestial indiferencia, la oración continua, la total desnudez, el perfecto despego, la sapientísima contemplación, la conversación del cielo, y finalmente, la perfectísima y serenísima interior paz de quien puede decir esta alma lo que dijo el Sabio de la sabiduría, que con ella le vinieron las demás gracias: *Et venerum mihi omnia bona pariter cum illa* (Sap. VII, 11).

205. Este es el rico y escondido tesoro. Esta la dracma deseada del Evangelio; ésta la vida beata, la vida feliz, la vida verdadera y la bienaventuranza de la tierra.

¡Oh, hermosa grandeza no conocida de los hijos de los hombres! ¡Oh, excelente vida sobrenatural, cuánto eres admirable y cuánto inefable, porque eres un remedo de la bienaventuranza! ¡Oh, cuánto levantas del suelo al alma que pierde de vista todas las cosas de la vileza de la tierra! Tú eres la pobre en lo exterior; pero riquísima en lo interior. Tú pareces baja, pero eres altísima. Tú, en fin, eres la que haces vivir en la tierra vida divina. Dadme, Señor y suma bondad, dadme una buena porción de esta celestial felicidad y verdadera paz que el mundo, por sensual, no es capaz de recibir ni conocer. *Quem mundus non potest accipere.*

Llegamos al final de la *Guía espiritual*, de Molinos. La "divina sabiduría" es el conocimiento que se confunde con la contemplación. No se consigue con la ciencia adquirida, sino infusamente, y predispone a la perfecta aniquilación.

¡La perfecta aniquilación! Aquí resalta más trágico que en parte alguna el fracaso humano del quietismo molinosista. El desprecio absoluto a cuanto hay alrededor y a sí mismo. Nada más lejos del Renacimiento. Destruir la obra divina más perfecta: el hombre, el alma humana, en fuerza de envilecerla. ¿Qué paz es ésta? El confusionismo de la paz con la muerte. De la serenidad con la rigidez, del silencio con el eco tenebroso del sepulcro. La huída cobarde de la lucha espiritual, aquella lucha espiritual llena de amor y de vida en el genio divino de San Juan de la Cruz.

Cuando sobreviene la quietud, el no desear, el no querer más que el deseo divino, nos surge en la mente si todo esto no será la afirmación, única en el libro de Molinos, la terrible afirmación que transe de angustia y de renunciamiento: que el hombre, el alma humana, es incapaz de bien mientras existe. No es posible hallar mayor heretismo en un juicio: la imperfección plena de la más excelsa obra de Dios.

Así, cuando leemos la exclamación de paso de la unión divina con el alma, no tiene acentos de amanecer, como en San Juan de la Cruz, sino ecos sombríos de muerte, que van apagándose lentamente.

CAPITULO XXII

EXCLAMACIÓN AMOROSA Y GEMIDO LAMENTABLE CON DIOS
POR LAS POCAS ALMAS QUE LLEGAN A LA PERFECCIÓN, A LA
AMOROSA UNIÓN Y DIVINA TRANSFORMACIÓN.

206. ¡Oh, Divina Majestad, ante cuya presencia tiemblan y se estremecen las columnas del cielo! ¡Oh, bondad más que infinita, en cuyo amor se abrasan los serafines! Dadme, Señor, licencia para llorar nuestra ceguera e ingratitud. Todos vivimos engañados, buscando al mundo loco, dejándonos vos, siendo nuestro Dios. Todos por los charcos hediondos del mundo, os dejamos a vos, fuente de aguas vivas.

207. ¡Oh, hijos de los hombres! ¿Hasta cuándo habemos de seguir la mentira y vanidad? ¿Quién así nos engañó para dejar el sumo bien y nuestro Dios? ¿Quién

nos habla más verdad? ¿Quién más nos ama? ¿Quién más nos defiende? ¿Quién es más sino para amigo, más tierno para esposo y más bueno para padre? ¡Que sea tanta nuestra ceguedad que desamparemos todos a esta suma e infinita bondad!

208. ¡Oh, Divino Señor, qué pocas almas hay en el mundo que os sirvan con perfección! ¡Qué pocas son las que quieren padecer, que sigan a Cristo crucificado, que abracen la cruz y se desprecien a sí mismas! ¡Oh, qué pocas almas se hallan despegadas y totalmente desnudas! ¡Qué pocas almas hay muertas en sí, y vivas para Dios, y que perfectamente se resignen en el divino beneplácito! ¡Qué pocas almas hay de sencilla obediencia, de profundo conocimiento de sí mismas y de humildad verdadera! ¡Qué pocas son las que con tal indiferencia se dejan en las manos de Dios para que haga en ellas su divina voluntad! ¡Qué pocas almas hay puras, de corazón sencillo y despegado, y que, vacías a su entender, saber, desear y querer, anheien a su negación y muerte espiritual! ¡Qué pocas almas hay que quieran dejar obrar en sí al divino Creador, que padezcan por no padecer y mueran por no morir! ¡Qué pocas almas hay que quieran olvidarse de sí mismas, que quieran desnudar el corazón de los afectos, de sus deseos, satisfacción, amor propio y juicio! ¡Qué pocas almas hay que quieran dejarse guiar por la vía regia de la negación e interior camino! ¡Qué pocas almas hay que quieran dejarse aniquilar, muriendo en los sentidos y en sí mismas! ¡Qué pocas almas hay que quieran dejarse vaciar, purificar y desnudar para que Dios las vista, las llene y perfeccione! Finalmente, ¡qué pocas, Señor, son las almas ciegas, mudas, sordas y perfectamente contemplativas!

209. ¡Oh, confusión de la hija de Adam! ¡Que por una vileza despreciemos la verdadera felicidad, y que impidamos al sumo bien, al rico tesoro y a la infinita bondad! Con justa razón se quejan los cielos que son pocas

las almas que quieren seguir sus preciosos caminos: *Via Sion lugent eo quod non sint qui veniam ad solemnitatem.* (Trenos II.)

LAUS DEO

En el original sigue el *Indice*, que, por no repetirlo, se suprime, ya que va al final con el de la obra. Como curiosidad, en cambio, he conservado a continuación la protestación de ortodoxia del autor y la fe de erratas de la edición reproducida.

* *

Todo lo sujeto, postrado humildemente, a la corrección de la Santa Iglesia Católica Romana.

FE DE ERRATAS

Folio 142, línea 22, codo, diga *Todo*. Este libro, intitulado *Guía espiritual*, con estas erratas, corresponde al que antes estaba impresso, que, subsanado, le sirve de original. Madrid y Abril a 22 de 1676.—*Lic. Don Francisco Farero de Torres.*

FIN

INDICE

	Páginas
I.—Su vida.....	7
II.—Sus obras.....	32
III.—Su ideario.....	39
IV.—Bibliografía	51
V.—Antología	61

GUÍA ESPIRITUAL

Portada	62
Preliminares	63
Aprobaciones	68
Al que leyere.....	78
Proemio	82

LIBRO PRIMERO

De las tinieblas, sequedades y tentaciones con que Dios purga a las almas, y del recogimiento interior o contemplación adquirida.

Capítulo primero.

Para que Dios descanse en el alma, se ha de pacificar siempre el corazón en cualquier inquietud, tentación y tribulación..... 92

Capítulo II

Aunque el alma se vea privada del discurso, debe perseverar en la oración y no afligirse, porque ésa es su mayor felicidad..... 94

Capítulo III

Prosigue lo mismo..... 97

Capítulo IV

No se ha de afligir el alma ni ha de dejar la oración por verse rodeada de sequedades..... 100

Capítulo V

Prosigue lo mismo, declarando cuántas maneras hay de devoción, y cómo se debe despreciar la sensible, y que el alma, aunque no discurra, no está ociosa..... 103

Capítulo VI

No se ha de inquietar el alma por verse circuída de tinieblas, porque éstas son el instrumento de su mayor felicidad..... 105

Capítulo VII

Para que el alma llegue a la suprema paz interior es necesario que Dios la purgue a su modo, porque no bastan los ejercicios y mortificaciones que ella puede tomar por su mano..... 107

Capítulo VIII

Prosigue lo mismo..... 108

Capítulo IX

No se ha de inquietar el alma ni ha de volver atrás en el espiritual camino por verse combatida de tentaciones 110

Capítulo X

Prosigue lo mismo..... 112

Capítulo XI

Se declara qué cosa sea el recogimiento interior y cómo se ha de portar el alma en él y en la espiritual guerra con que el demonio procura perturbarla en aquella hora..... 113

Capítulo XII

Prosigue lo mismo..... 117

Capítulo XIII

Lo que debe hacer el alma en el interior recogimiento 120

Capítulo XIV

Se declara cómo puesta el alma en la presencia de Dios, con perfecta resignación por el acto puro de fe, va siempre en la oración y fuera de ella en virtual y adquirida contemplación..... 125

Capítulo XV

Prosigue lo mismo..... 127

Capítulo XVI

Modo con que se puede entrar en el recogimiento interior por la santísima humanidad de Cristo Nuestro Señor..... 131

Capítulo XVII

Del silencio interno y del místico..... 134

LIBRO II

Del padre espiritual y su obediencia, del celo indiscreto y de las penitencias interiores y exteriores.

Capítulo primero.

Para vencer las astucias del enemigo, el mejor medio es sujetarse a un padre espiritual..... 137

Capítulo II

Prosigue lo mismo..... 140

Capítulo III

El celo de las almas y el amor al prójimo pueden embarazar la interior paz..... 143

Capítulo IV

Prosigue lo mismo..... 144

Capítulo V

Para guiar almas por el camino interior son necesarias luz, experiencia y divina vocación..... 146

Capítulo VI

Instrucción y avisos a los confesores y guías espirituales 148

Capítulo VII

Prosigue lo mismo, descubriendo los apegos que suelen traer algunos confesores y guías espirituales, y declarar las cualidades que han de tener para el ejercicio de la confesión y también para guiar almas por el camino místico..... 151

Capítulo VIII

Prosigue lo mismo..... 154

Capítulo IX

Cómo la sencilla y pronta obediencia es el único medio para caminar con seguridad por el interior camino y para alcanzar la interior paz.... 156

Capítulo X

Prosigue lo mismo..... 159

Capítulo XI

Cuándo y en qué cosas le importa más obedecer al alma interior..... 161

Capítulo XII

Prosigue lo mismo..... 163

Capítulo XIII

La frecuente comunión es medio eficaz para alcanzar todas las virtudes, y en especial la paz interior 166

Capítulo XIV

Prosigue lo mismo..... 168

Capítulo XV

Declárase en qué tiempo se deben usar las exteriores y corporales penitencias y cuán nocivas son cuando se hacen indiscretamente por el propio juicio y parecer..... 170

Capítulo XVI

La diferencia grande que hay de las penitencias exteriores a las interiores..... 173

Capítulo XVII

Cómo se ha de portar el alma en los defectos que cometiere para no inquietarse y para sacar fruto de ellos..... 175

Capítulo XVIII

Prosigue lo mismo..... 177

LIBRO III

De las espirituales materias con que Dios purga a las almas, de la contemplación infusa y pasiva, de la resignación perfecta, humildad interna, divina sabiduría, verdadera aniquilación e interior paz

Capítulo primero.

De la diferencia que hay del hombre interior al exterior 180

Capítulo II

Prosigue lo mismo..... 182

Capítulo III

El medio para alcanzar la interior paz no es el gusto sensible ni el espiritual consuelo, sino la negación del amor propio..... 185

Capítulo IV

De los martirios espirituales con que Dios purga al alma que quiere consigo unirla..... 188

Capítulo V

Cuán importante y necesario le sea al alma interior padecer a ciegas este primero y espiritual martirio 192

Capítulo VI

Del segundo martirio espiritual con que Dios purga al alma que quiere consigo unirla..... 195

Capítulo VII

La interior mortificación y perfecta resignación son necesarias para alcanzar la interior paz..... 198

Capítulo VIII

Prosigue lo mismo..... 201

Capítulo IX

Para alcanzar la interior paz es necesario conozca el alma su miseria..... 204

Capítulo X

Se enseña y descubre cuál sea humildad falsa y verdadera, y se declaran sus efectos..... 205

Capítulo XI

Máximas para conocer el corazón sencillo, humilde y verdadero..... 208

Capítulo XII

La soledad interior es la que principalmente conduce para alcanzar la interior paz..... 210

Capítulo XIII

Se explica qué cosa sea la contemplación infusa y pasiva, y se declaran sus maravillosos efectos... 213

Capítulo XIV

Prosigue lo mismo..... 215

Capítulo XV

De dos medios por donde sube el alma a la contemplación infusa, y se explica cuánto y cuáles sean sus grados..... 217

Capítulo XVI

Señales para conocer el hombre interior y el ánimo purgado..... 219

Capítulo XVII

De la divina sabiduría..... 222

Capítulo XVIII

Prosigue lo mismo..... 224

Capítulo XIX

De la verdadera y perfecta aniquilación..... 228

Capítulo XX

Enséñase cómo la nada es el atajo para alcanzar la pureza del alma, la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz..... 230

Capítulo XXI

De la suma felicidad de la interior paz y de sus maravillosos efectos..... 233

Capítulo XXII

Exclamación amorosa y gemido lamentable con Dios por las pocas almas que llegan a la perfección, a la amorosa unión y divina transformación 237



Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01293 6904

